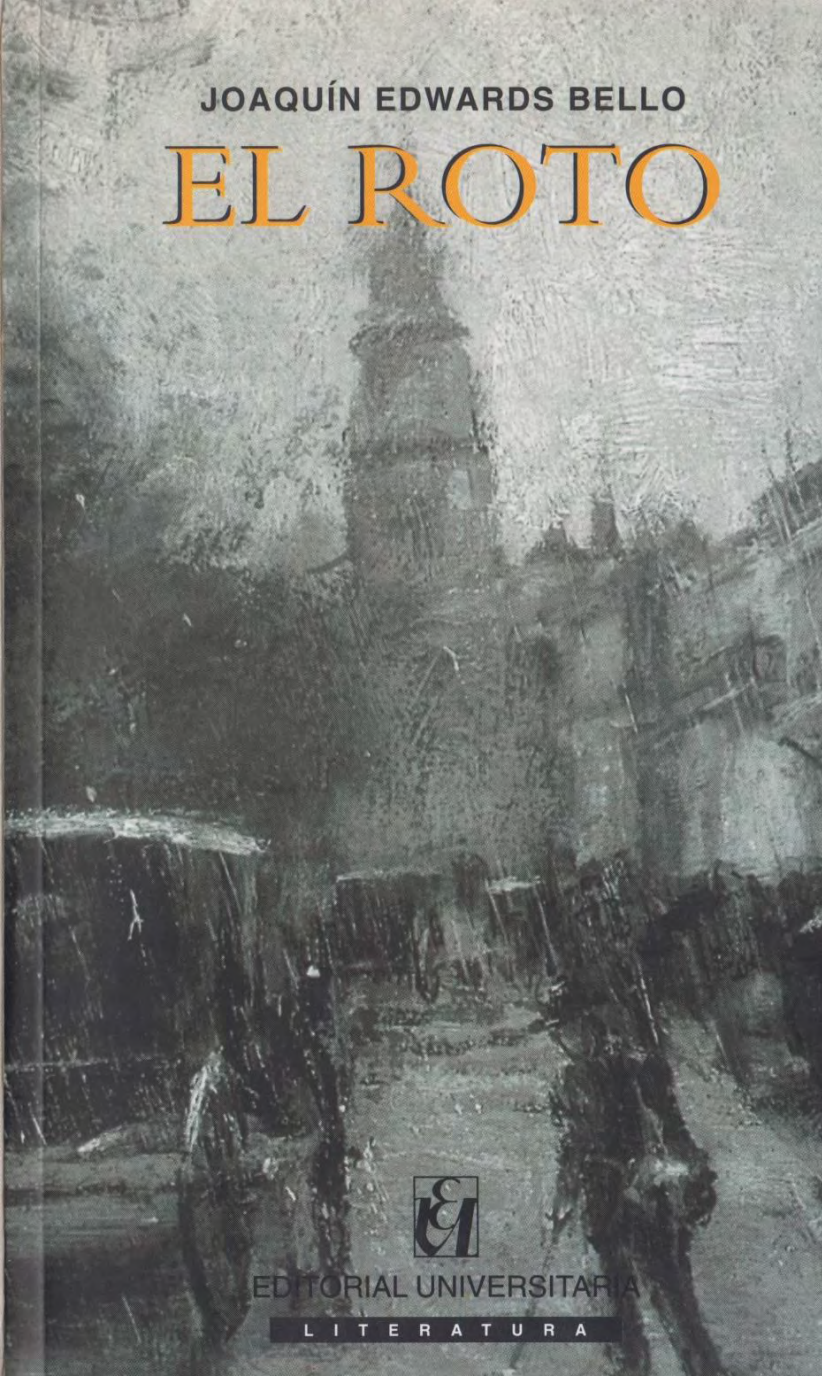
JOAQUÍN EDWARDS BELLO

EL ROTO



EDITORIAL UNIVERSITARIA

LITERATURA

CUBIERTA
Juan Francisco González.
La Alameda Bernardo O'Higgins, (detalle).
Óleo sobre tela, 45 x 25 cm.
Museo Histórico Nacional,
Santiago, Chile.

El roto

LITERATURA

© 1968, EDITORIAL UNIVERSITARIA.
Inscripción N° 34.652, Santiago de Chile.

Derechos de edición reservados para todos los países por
© EDITORIAL UNIVERSITARIA, S.A.
María Luisa Santander 0447. Santiago de Chile.

www.universitaria.cl

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada,
puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por
procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o
electrónicos, incluidas las fotocopias,
sin permiso escrito del editor.

ISBN 956-11-0854-2

Texto compuesto en tipografía *New Baskerville 9/11*

Se terminó de imprimir esta
DÉCIMO NOVENA EDICIÓN,
de 2.000 ejemplares,
en los talleres de Imprenta Salesianos S.A.
General Gana 1486, Santiago de Chile,
en agosto de 2003.

Proyectó la edición Mauricio Amster

1ª edición, 1968.
18ª edición, 2002.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ADVERTENCIA

ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES

QUEDA PROHIBIDA
LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN

- El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas incluidas en el Tratado de Marrakech o de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
- Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
- Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
- Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que yo quede a oscuras" ,

—Thomas Jefferson

Para otras publicaciones visite :
www.lecturasinegoismo.com
Facebook: Lectura sin Egoísmo
Twitter: @LectSinEgo
Instagram: Lectura_sin_Egoismo
o en su defecto escríbanos a:
lecturasinegoismo@gmail.com

El roto - Joaquín Edwards Bello
Referencia: 1882

NO COPIAR

Joaquín Edwards Bello

El roto

EDITORIAL UNIVERSITARIA

NOTA PRELIMINAR

Hay quienes, cegados por las luces del mito araucanista que Ercilla fijara, lamentan la existencia de El roto *(1920), de Joaquín Edwards Bello. Se conduelen profundamente —y por muy diversas razones— de no hallarse ante una epopeya, sino frente a un documento.*

La formación naturalista de Edwards le lleva, fiel a los principios que sustenta, devoto de los maestros de su formación, honesto consigo mismo, a plantearse su novela como obra "de observación *y de compasión humanas"*[1] *y a explicar que ha surgido como "un reflejo del sadismo y de la crueldad nacionales"*[2].

Al inscribirse en una órbita naturalista, el escritor debe ser fiel a las leyes de su propia caballería andante. Operará sobre una carne viva, sabiendo establecer fueros y premáticas. Sustentará una tesis definida y sus personajes no vagarán, arbitraria y románticamente, por el mundo, calavera en mano.

Los caminos de éstos estarán prefijados en la medida en que cada uno de sus pasos sirva para explicar algo. Son "estudios", según la expresión naturalista, más que personas civiles. El medio actuará sobre ellos, los moldeará, trazará los pasos de sombra. Es la probeta dentro de la cual se agitan y transforman. "Estimamos que el hombre es indivisible del ambiente, que sus vestidos, su casa, su ciudad y su provincia lo completan . . . , escribe Zola[3].

El momento histórico es otro objeto de la observación. Más que un ojo de estadista o de profitador, lo que se pide es una "mirada moral" que atraviese la piel de las situaciones y desbroce las superficies, se pose en las lacras y se abra camino en la maraña de opiniones cristalizadas y hondas

[1]*J. E. B. "La obscenidad en la literatura". En* Recuerdos de un cuarto de siglo *(Editorial Zig-Zag, Santiago, 1966, pp. 85-89).*

[2]*Id. Ibid.*

[3]La novela experimental *(cit. por P. Martino,* El naturalismo francés, *B. Aires, 1967, p. 87).*

tergiversaciones para obtener una visión de "tercer ojo", puesta sobre lo real.

Todo ello se ha de cumplir cabalmente en El roto.

Hemos visto muchas veces, instalados en esa sutil máquina del tiempo que es el archivo de Joaquín Edwards Bello, arsenales de datos, papeles minúsculos, fotografías con referencias en el dorso, cifras, frases anotadas al pasar, notas para un personaje, indicación del color de sus zapatos, de modos de hablar, de "tics" verbales, o listas destinadas a comprobar al pie de página lo que se afirmaba narrativamente.

De allí irían brotando, una a una, las crónicas, las novelas, los cuentos.

El "estudio de personajes" se mueve en una curiosa línea. Hay quienes representan una miseria física, harto degradante (las asiladas del burdel). Paralelamente existe una miseria moral que se encarna en Madroño, en los policías y en los políticos. En ese juego de paralelas, son los últimos quienes aspiran a persistir en la degradación. Fernando ("un pateperro de la horda"), que quiere jugar al alza, siempre, "es el retrato del roto utilizado por el político, quien, una vez obtenidos sus objetivos, se deshace de él"[4].

Como corresponde a una novela naturalista, tipos y ambientes se complementan. El burdel, el barrio pobre, los garitos[5], *las calles, son elementos activos en la narración. Y*

[4]*Conversación con el autor de esta nota preliminar (27-v-1967).*

[5]*"Los clubes de juego que figuran son resumen de tres, en los que actuaba como jugador "grueso" don Malaquías Concha. Tallaban unos alemanes de la Tracción Eléctrica y vi tallar a ciertos franceses de la trata o* milieu. *Uno de los concesionarios era el catalán Manuel Jilarrán, que usaba una plancha magnífica y un enorme solitario. Años más tarde dormía en un banco de la Rambla, en Barcelona. Había vendido hasta la dentadura. Otro era español calvo y delgado como esqueleto, con voz de trueno, al que decían escapado de Ceuta. Otros más eran el Enguantado, el Chipe Tapia y el Matón Valdivieso. Solía ir Moisés Ossa, que negociaba las esmeraldas de unas tías. Otro era el gran Enrique Tagle Moreno. En la misma época conocí el prostíbulo de Ema Laínez, en la calle Borja Nº 227, en el que anduve perdido después de publicar* El inútil, *en 1910. De mis observaciones de di-*

también gozan de una rara participación en el desarrollo de la novela, los objetos. Una legión de harapos, utensilios desportillados, litografías infamadas, chucherías inservibles, constituyen una corte de los milagros de las cosas. Lo nuevo es un acontecimiento histórico (recuérdese la historia del sombrero, júbilo de las asiladas).

Cuando asistimos a la crucifixión del barrio, un hálito de Nietzsche y de Darwin sopla ante el cadáver:

> "*Con las primeras luces del día siguiente caería sobre esos escombros la cuadrilla de obreros demoledores, los contratistas, arquitectos, martilleros y compradores. La vida iría a repartirse el cadáver.* Los fuertes, los vivos, *que se alimentan de los muertos, caerían sobre esos escombros,* poniendo una nota sana y vigorosa *en ese desastre urbano, pálido y mudo. Todas las mañanas llegaban hombres bien vestidos, limpios y fuertes, a examinar su presa. La carroña estaba vendida, dividida, subastada, adjudicada a veinte especuladores. El arzobispado se había despojado de todo eso con horror. En la parte más alta, en el espinazo de la ruina, habían plantado un letrero:* Se venden materiales. *El sitio donde estuvo* La Gloria *quedó en manos del señor Gatti, que levantaría un almacén.* El Hospital *se lo arrebató un alemán del Tattersal; la parte más grande fue adquirida por la casa Wilkinson Strand. El roto se iba con la sífilis y la viruela, borracho, cojo, tuerto, trágico, arrastrando el espectro de la ramera pobre, dejando en esos escombros lo mejor de sus energías, lo más fuerte de su alma y cuerpo. Se iba para otro lado, mudo y fatalista, sin preguntar a quién dejaba todo eso, abriendo cancha al burgués, al gringo y al futre que venían en nombre de la civilización y de Darwin. En las luchas de la vida, que eran nada más que una cacería en la cual el grande se come al chico para mejoramiento y continuación de la especie,* el roto, fuerte, inteligente,

---

cho prostíbulo, y de otro, de Rosa San Martín, hice el prostíbulo y la patrona que aparecen retratados en El roto. ("Recuerdos . . . , ibid.).

audaz temerario, sucumbía irremediablemente por las condiciones en que vivía y la falta de educación..."

Las implicaciones sociológicas que el libro tiene no pueden silenciarse. Es la etapa anterior al alessandrismo. El imperio de un caciquismo abominable, de un paternalismo corrupto, que se encubren bajo la apariencia de un orden constitucional. Agudamente, apunta Manuel Seoane que "Fernando es el símbolo del máximum de porvenir a que podía aspirar un proletario dentro de la organización semifeudal de hace treinta años, es decir un instrumento: maquereau *o* croupier, *simple herramienta ciega, rendida a los caprichos y arbitrariedades del patrón. Y don Pantaleón Madroño, conservador y beato, mujeriego y millonario, el arquetipo de esa decena de hombres-pilares sobre los que descansaba el edificio institucional del país"*[6].

"El roto", por sobre el envejecimiento de ciertas modalidades técnicas y el desgaste de las palabras, sigue fiel a su propósito: denunciar críticamente un momento histórico, cuyos ecos aún perviven, quizás por no muy largo tiempo. La presente versión[7]*, revisada por Joaquín Edwards Bello poco antes de su muerte, busca a las nuevas generaciones. A ellas, según lo manifestara, está dirigida esta edición, ya definitiva.*

ALFONSO CALDERÓN

[6] *"Pentágono alrededor de* El roto", ATENEA, *Nº 61, marzo de 1930, p. 59.*

[7] *A pedido del autor, se ha agregado al final un apéndice que incluye una nota crítica de Omer Emeth y la reproducción facsimilar de una carta de Francisco A. Encina.*

Se trata de la vida del prostíbulo chileno, que tuvo un sentido social profundo, por la constancia con que influyó en el pueblo y por el carácter aferradamente nacional de sus componentes. En pocas partes de Iberoamérica tuvo el pueblo una manifestación tan personal. La vida alegre chilena extravasó triunfalmente a Bolivia, Perú y otros países del Continente. Pueril sería hacer ascos a este fenómeno de vitalidad.

Ahora que se cerraron esos salones donde las asiladas sonreían ceremoniosamente; ahora que se apagaron esas cuecas tamboreadas, este libro adquiere un valor especial de documento. Es una reconstitución apasionada de vida popular que se extingue.

Los cuadros crudos de *El Roto,* vienen a ser como esas fotografías de fieras que los turistas toman de noche en plena selva. El autor sorprendió las actividades íntimas del pueblo chileno en su fatal obscuridad, con luz de magnesio.

La primera parte de esta novela se publicó en París, en 1918, en la Librería Rosier con el título de: *La Cuna de Esmeraldo.* La edición completa se publicó en Santiago, en 1920, en la Librería Bindis.

A la siga de esta pluma han aparecido débiles antítesis, no por débiles y mediocres menos tartufas y calculadoras, pero el público —supremo juez—, las ha rechazado volviendo siempre a este cosmorama intuitivo del pueblo chileno.

J. E. B.

I

DETRAS DE LA ESTACION Central de ferrocarriles, llamada Alameda, por estar a la entrada de esa avenida espaciosa que es orgullo de los santiaguinos, ha surgido un barrio sórdido, sin apoyo municipal. Sus calles se ven polvorientas en verano, cenagosas en invierno, cubiertas de harapos, desperdicios de comida, chancletas y ratas podridas. Mujeres de vida airada rondan por las esquinas al caer la tarde; temerosas, embozadas en sus mantos de color indeciso, evitando el encuentro con policías... Son miserables busconas, desgraciadas del último grado, que se hacen acompañar por obreros astrosos al burdel chino de la calle Maipú al otro lado de la Alameda. La mole gris de la Estación Central, grande y férrea estructura, es el astro alrededor del cual ha crecido y se desarrolla esa rumorosa barriada.

Algún trabajo costó llevar el riel a la capital cerrada en sus murallas de granito, enemiga del mar. La influencia anglosajona, patente en la costa, no llega a Santiago, baluarte colonial, clerical y reaccionario, donde se conserva vivo el espíritu vanidoso y retrógrado de los mandarines que en 1810 hicieron acto de sumisión a Dios y al rey contra el gran Rozas. Un político santiaguino se opuso al ferrocarril: "Ese sistema de locomoción traerá la ruina de los propietarios de carretas", decía en memorables sesiones: al sapiente Bello llamó "miserable aventurero" porque defendía el riel. A pesar de la oposición parlamentaria y los inconvenientes materiales, llegó la locomotora a despertar la Alameda apacible y franciscana, con sus acequias de pueblo. Los santiaguinos empezaron a transformarse; los primeros que fueron a ver el mar llevaron a la fonda colchones, frazadas y comestibles; en el tren iban comunicativos y desordenados como en los paseos en carreta.

El que fue extrarradio desierto, triste en el día y peligroso en la noche, con cruces y velas al borde de los caminos marcando el sitio donde cayeron los asesinados, ha llegado a ser un barrio hirviente, lleno del ruido de las máquinas, los motores, la gritería de los pilluelos y vendedores ambulantes.

Un poco de la vida de Europa, del ajetreo moderno, ha llegado con el riel desde Valparaíso a la capital amodorrada, catedralicia y apática. Actualmente la Estación Central es soberbia. Un reloj, colocado en el centro del triángulo que abarca todo el frente del edificio, marca las horas con la impasible constancia de las cosas mecánicas, en tanto pasan bajo él palpitantes locomotoras, transpirando vapor, sudando por sus poros de metal, enviando hacia el cielo en penachos esponjados el humo turbulento y espeso que parece ser el alma del barrio. Innumerables postes contrahechos, negruzcos, del telégrafo y alumbrado se destacan por todas partes sin simetría, cual si espontáneamente brotaran del asfalto onduloso. Los potentes pitazos y el estrépito que sacude las casas al rodar de los trenes arrancan un eco a la serenidad bucólica de los viñedos, potreros y arboledas, que empiezan en la Quinta Normal y más allá, por la Avenida de los Pajaritos. En la plaza y en las callejuelas vecinas hay multitud de pensiones o fondas sospechosas, a dos pesos el rato, o tres pesos la noche, con criadas jóvenes y complacientes que por las tardes se destacan en las puertas, sonriendo a los transeúntes de manera extraña.

Se adivina que el barrio es nuevo, de esos que brotan como setas en las ciudades de América; improvisado en una comuna rural donde no hace más de tres años triunfaban las carreras a la chilena, con su alborotado colorido de chupallas y chamantos. Se siente el campo; se nota que el contacto con la parte verdadera de la capital es escaso; está marcado ese arrabal por el roce incesante con los campesinos que llevan al amanecer las hortalizas a un mercado local, o las reses a una feria o Tattersall que está al otro lado de la plaza. La gente tiene un sello propio, característico; es recia y áspera como el ají verde y la cebolla cruda; con la piel tostada por el sol que preside las fiestas del buen chacolí, del rico mote y la fruta sabrosa. Los mocetones, como de bronce, las fisonomías rotundas y belígeras, las extremidades cortas y rollizas, tienen más de Arauco que de España; las muchachas, de grandes ojos bovinos, pasivos y sensuales, con el cabello espeso y cabrilleante reduciendo la frente, completan ese cuadro vigoroso de ciudad hispanoamericana pura, cerrada a la inmigra-

ción internacional. Pero a pesar de la vitalidad excesiva, del rápido progreso material que salta a la vista, se nota en ese barrio un no sé qué de fatalismo y fatiga, impreso en los semblantes y las cosas como si un velo de extenuación y tristeza lo cubriese todo. Puede dividirse en dos partes esa barriada: la nueva y la vieja. La nueva, con edificios de material ligero, construidos rápidamente a la sombra protectora de la gran estación: pura apariencia, como se construye en esta tierra de negociados, de especulaciones, donde las escrituras se hacen a la carrera en el mesón de un bar, donde la ley no se respeta y la justicia está en bancarrota. Dos veces se han derrumbado en la plaza misma edificios en construcción, por las especulaciones criminales de los contratistas, trayendo al suelo, en la red de andamios quebrados, docenas de obreros cuya desgracia a nadie conmueve. Es como una cascarita de casas de tabique, una bambalina que continúa poco menos cínica por la Alameda, tapando la ignominia de los conventillos podridos y los prostíbulos que están detrás, a dos pasos, y que todos parecen ignorar. La parte nueva y la vieja se diferencian entre sí de una manera cortante y simbólica, como el roto y el futre, la leva y el poncho: ese maridaje fenomenal que constituye la sociedad chilena.

Al lado de la estación, pero casi invisibles, como conviene en una ciudad que sólo tolera al roto en la fiesta patria, empiezan las sucias madrigueras; de las cocinerías y cantinas llegan a la calle acres emanaciones de humo y frituras y el rumor de voces roncas. En el interior mismo de los edificios altos de la parte nueva, con letreros llamativos en la fachada, empieza la tragedia de la mugre, del desorden y la miseria tapada con cemento y estucos. Por esos bodegones y cantinas con pianola, hay un movimiento incesante de forasteros, maquinistas, cargadores, soldados y obreros que acuden a ese rincón sensual, apostado ante los rieles y los férreos talleres para dar descanso a sus músculos y expansión a sus naturalezas fustigadas por el calor de las fraguas y calderas.

La llegada y la salida de trenes pide alcohol, como la boda, el baile, el velorio, las carreras de caballos y todo lo demás; antes de pasar al andén los viajeros visitan un mostrador en un bar que comunica con la estación. Los viajes se hacen

casi siempre a *media mona;* los vagones comedores son más bien tabernas rodantes. *Biblias, tongos, ginsauer, martinis, gin-cocktail,* toda la fantástica variedad de tragos conocida en Chile, todas las raras combinaciones de bebidas se sirven en los trenes de lujo y las cantinas de los andenes; los ricos beben el champán y el *whisky* en la estación y en el tren como en el club. En Llay-Llay, Los Andes y Rancagua, donde los expresos se detienen media hora, existen cantinas donde se bebe *Moet Chandon* y *Veuve Cliquot* sin ceremonias.

En el barrio de la Estación Central no hay más que dos fondas de aspecto decente, pero abundan las casas de huéspedes para todo, con taberna en el piso bajo; el servicio lo hacen muchachas gordas, descaradas. Encima de las puertas o en los balcones vense anuncios sugestivos para llamar al cliente. Tan sólo de mirar las angostas escaleras, grasientas, llenas de polvo, se adivinan los camastros estrechos, sucios, las ropas plagadas de manchas sospechosas y los parásitos y bichos nocturnos espiando el sueño pasado de la carne proletaria.

Es un arrabal bravío que se despereza en las mañanas al son de los pitazos de las locomotoras, las fábricas y la maestranza. Minutos después de llegar el expreso del puerto, al mediodía, se recoge y duerme un par de horas; la noche trae la remolienda que lo hace vibrar entero con toques de vihuela, zapateo de cueca, tamboreo y gritería destemplada. Desde el sábado al atardecer y todo el domingo es osado aventurarse por esos contornos donde flota la influencia asesina del licor. Los obreros pagan tributo a Baco, obedeciendo a un salvaje atavismo que les llama con fuerza ciega. Por todos lados se percibe el rumor de la orgía que arranca hombres y mujeres de sus hogares sórdidos donde se revuelcan los críos harapientos abandonados a su suerte.

Por las casas de préstamos de tercer orden, esas ferias piojosas de los barrios bajos santiaguinos, hay aglomeración de mujeres lamentables que empeñan zapatos, faldas, hasta colchones, para dar un mendrugo a la prole que chilla en la mugre de la covacha. Cuando las luces del alba clarean ese cuadro dantesco donde muere un rumor de orgía pobre, los policías empiezan a descubrir, entre los montones de estiércol,

hundidos en los baches, hombres destripados, caídos aquí y allá con un estertor de agonía aguardentosa, sin chaqueta ni zapatos en el charco de sangre que se convierte en barro.

La chiquillería da la nota riente de esas calles; de cinco a quince años se les ve, cínicos y traviesos, jugando, vendiendo periódicos o llevando maletas pequeñas hasta los coches; saltando sin sombrero ni zapatos, se ponen negros, los pies se les endurecen y alargan. La estación les llama, les atrae con fuerza; conocen los nombres de las locomotoras, se saben de memoria el horario de los trenes que llegan regularmente, envueltos en su calina, como a decir que son la razón misma de esa vida febril y enérgica que transformó a la ciudad.

Una tarde de mayo, a la hora del expreso, unos chiquillos esperaban a los viajeros junto a la puerta de arco que está a la izquierda de la estación; casi desnudos, empezaban a sentir en sus carnes la mordedura del primer frío que echaba el invierno sobre la ciudad. No eran las siete y ya el plafón del cielo se llenaba de sombras.

Los chiquillos eran tres, igualmente sucios, de casposas pelambres, con pulseras de mugre en las piernas. Uno era débil y contrahecho, le llamaban *Pata de Jaiva* por tener los dedos de los pies abiertos y puntiagudos: otro, como de quince años, con costras en la cabeza, picado de viruelas; y por último uno chico, bien proporcionado, de facciones regulares, pero con la expresión torva y todas las marcas del vicio precoz. Parecían hechos bíblicamente con material del arroyo, con estiércol podrido y barro. Estaban separados unos de otros, pero se entendían por medio de signos y silbidos.

Un coche avanzó majestuoso por el asfalto; mostraba la soberbia y el estrépito de una biga romana. Cuando se detuvo, saltó el lacayo del pescante y ayudó a bajar a una dama gruesa, de gran rumbo y a una señorita insignificante, seca de expresión y de carnes.

—*¡Pata e Jaiva!* —gritó el más fuerte al chiquillo débil, que fue a ofrecerse descaradamente a la dama: pero el lacayo, sin abandonar la inmovilidad facial, le apartó con elegante energía.

No se vio más. Los tres chiquillos desaparecieron en un minuto; pero a poco la dama notaba la ausencia de la escar-

cela, cortada hábilmente de su agarradero, cuya mitad quedó en su mano derecha como una herradura de cuero. Entonces se vio que el *Pata de Jaiva* corría velozmente por la Alameda en dirección a la calle Esperanza; los otros se perdían cruzando la vía férrea hacia la calle Borja.

El lacayo gritó: —¡Atájenlo!, ¡a ese! —señalando al *Pata de Jaiva* y unos cuatro o cinco hombres que habían presenciado la escena echaron a correr tras el chiquillo que ya desaparecía de la vista cruzando la calle al otro lado de la Alameda. El grito ¡A ese!, que despierta generalmente el instinto de cacería en cuantos hombres lo escuchan, dejó impasibles a la mayoría de los espectadores. Los que corrieron tras el ratero eran caballeros, futres desconocidos en el barrio.

—Ya no lo pilla nadie —dijo, riendo maliciosamente, un viejo vendedor de periódicos con cara de momia que había permanecido sentado y mudo durante el incidente.

—Aunque lo pillen... —dijo una mujer muy negra que vendía masas populares. —El que lleva la plata no es ese—. Y miró su mercancía con una formalidad perfecta; no volvió a despegar los labios.

Decía verdad la mujer; el que llevaba la prenda era el picado de viruelas, que se internó por la calle Borja acompañado del más pequeño. Con los ojos ardillescos, palpitante, llegó a un prostíbulo famoso, llamado *La Gloria,* que estaba por la mitad de la calle.

Dos mujeres, sentadas en el quicio de la puerta, se levantaron rápidamente y le hicieron pasar. El pequeño llegó poco después y entró en la casa contigua; era hijo de la tocadora del prostíbulo y vivía ahí desde que nació. Las dos casas se comunicaban por una puerta interior.

—¡Si supiera Clorinda que estás aleccionando al chiquillo, se moría de rabia! —dijo al ratero una de las mujeres.

—Déjalo que aprenda pa loro; ya tiene edad, —dijo la otra, que era flaca, con la mirada turbia. Se asomó cautelosamente y cerró la puerta.

Entonces el ratero puso la prenda en sus rodillas y contó los billetes y la plata ante los ojos ávidos de las mujeres. Después sacó unas llaves y finalmente un escapulario, que besó con agradecimiento.

II

LA GLORIA, DONDE

entró el randa, y la casa colindante, donde entró el loro, estaban en la calle Borja y pertenecían al Arzobispado[1]. Buena parte de la propiedad santiaguina ha pasado en forma de herencias a ese poderoso organismo político. No es broma el miedo al infierno.

La calle Borja, situada detrás de la estación, es una calle típica de los barrios bajos santiaguinos, el reverso de esa decoración flamante que se llama Alameda. Pasa por ahí hedionda acequia sobre la cual volotean nubes de mosquitos; por las noches corren en sus bordes esas ratas imponentes que llaman pericotes y que hacen frente a los gatos del barrio. Está separada de la vía férrea por una larga y fea muralla desconchada, con rayas de carbón o tiza que dejan los chiquillos que pasan, cuando no escriben palabras obscenas.

La casa que comunicaba con el prostíbulo era el hogar de Clorinda, la tocadora, madre del chiquillo que hizo de loro, llamado Esmeraldo, y una chiquilla menor llamada Violeta. Los pobrecitos nacieron amarrados desde la cuna a los tabiques de *La Gloria*. Es común entre los pobres poner Esmeraldo a los chiquillos que nacen el 21 de mayo, cuando las ciudades celebran con gallardetes y fuegos artificiales el heroísmo de la nave vieja que se hundió en rada enemiga, rota y sangrienta, con la bandera clavada, disparando el último cañón a flor de agua. Era el caso del hijo de la tocadora. En los registros bautismales de la vieja San Borja aparecía inscrito: Lautaro, Jesús, Esmeraldo, Llanahue. Por la parte del padre, como puede adivinarse por el apellido Llanahue, tenía sangre india, de Arauco; la madre era de origen español puro, con antepasados vascos y andaluces; pero, quién sabe

[1]En 1918 fui censurado por asegurar que el casco de *La Gloria* pertenecía al Arzobispado. El novelista intuye basándose en hechos generales. Para el caso declaro que el edificio situado frente a la calle Borja y que abarca la calle Ecuador y la Avda. de los Pajaritos pertenece actualmente al Arzobispado. Ahí podrá ver el lector dos pensiones con piezas "por ratos", en los N.os 3405 y 3406.

por qué causa, tenía como los indígenas de Chile, los ojos melancólicos, el habla desmayada, el espíritu estoico e impasible al dolor.

El oficio de tocadora es solicitado entre la gente pobre, de piano o vihuela. A Clorinda le daban diez pesos por día y comida para ella y la familia; además liaba cigarrillos, lavaba y planchaba. Para un hogar plebeyo era la abundancia; por eso el marido olvidaba poco a poco su oficio de albañil. A Clorinda le gustaba verle activo, levantándose al alba para ir a las faenas; poníase de mal humor al encontrarle constantemente en la casa o el patio de *La Gloria*. Cuando llegó al mundo Esmeraldo esa inactividad del hombre ocasionaba disputas. Pero fatalmente, la mujer se amoldó a esa situación que la relegaba al nivel de las niñas con lacho[1].

Puede decirse que la tocadora vivía en el prostíbulo, pues no iba a su casa sino a dormir.

Era una mujer robusta, entrada en carnes, sin exageración, con esa lozanía lustrosa y morena de las hembras de Chile. Sus pestañas, recias y negrísimas como sus cabellos, parecían cerrar los párpados bajo su peso. El cuello, liso y bien torneado, hacía destacarse netamente el nacimiento de la cabellera, que arrancaba llena de vigor en remolinos de azabache. Cuando hacía calor despedía su carne un vago olorcillo de salud y se advertía dentro de ella el flujo impetuoso de la sangre generosa. Entre las mancebas de *La Gloria* tenía prestigio de lectora y pendolaria: les escribía cartas, les leía las que recibían y en alta voz les enseñaba los pormenores de los crímenes sensacionales. También sabía descifrar los sueños.

—¡Que la Julia soñó anoche con gato! . . . Clorinda ponía el gritó en el cielo: —¡Ay, Dios mío! . . . ¡Un gato ! . . . ¡¡Traición!!—. Cada una de estas sentencias desataba esas lenguas supersticiosas y espesas, llenas de sobresaltos primitivos. Como criaturas, se entretenían con cualquier bagatela. Supersticiosas, fatalistas, la vida les aparecía como cosa pasajera, llena de sobrenatural; preñada de imprevistos; una encadenación singular de cosas fantásticas, alzándose siempre el mañana como una interrogación cuya respuesta sería un acontecimien-

[1]Chulo.

to maravilloso. Del mundo positivo, de la vida exterior, les llegaba un eco vago. De la religión les seducía el lado sobrenatural: el Hombre extraordinario que pasó por el mundo perdonando personas parecidas a ellas: ladrones o adúlteras... La Semana Santa guardábanla con mayor recogimiento que las beatas: a nadie se entregaban durante esos días. Siempre tenían velas a la Virgen del Carmen, cuando no a los santos, para pedirle ayudas en el desempeño de su misión que, en homenaje a la verdad, cumplían sin artificios, con el ánimo más natural. En efecto, la niña de la vida en Chile, es un caso aparte. Algunas ocultaban sus nombres verdaderos y habían huido de su tierra para no manchar a la familia. Soportaban sin emoción la caída como soportarían en adelante los golpes y ultrajes, sin inmutarse, con el fatalismo indígena, hijo de la guerra apasionada de la conquista, la semiesclavitud de las encomiendas, los terremotos, inundaciones y saqueos. En sus rasgos llevaban impresa la historia violenta de conquista y sumisión.

Ofelia era de Quillota, prototipo de la mujerzuela pretenciosa, "señorita de familia, venida a menos", agregando eses y des a las palabras. Era gruesa, con esa gordura color masilla que da la alimentación ordinaria a los seres condenados al reposo; transpiraba copiosamente y en verano despedía un olor desagradable.

Laura, en el último grado de la tisis, sabía que una abuela suya era rica, con chacra en Yungay; recordaba haber *andado* en tren hacía muchos años, pero no conocía a sus padres e ignoraba su edad. Era franca y apasionada, flaca como una galga; tenía los ojos negros, llenos de expresión y fuego. Cuando se armaba una gresca en el prostíbulo, sin averiguar quién tenía la razón, defendía a sus amigas a bofetadas.

Etelvina era la gruesa, se complacía en medirse las caderas con la huincha de un carpintero amigo y anunciaba la cifra alarmante con orgullo. Sobona, pesada, contaba cuentos a los chicos de Clorinda y terminaba abrazándoles con furia besucona y bulliciosa. Julia, la bonita de la casa; desde las cuatro de la tarde empezaba a *ocuparse* sin descanso. Vivía en el mismo cuarto de Etelvina, que manifestaba por ella una

amistad violenta y extraña. Cuando no había parroquianos se acostaban juntas, diciéndose zalamerías.

Las otras tres: Rosalinda, Catita y *La Choca,* eran seres nebulosos, sin personalidad; pendencieras, borrachas y ladronas. Vivían en el mismo cuarto, hediondo como establo, armando grescas violentas.

Pero Clorinda era la dulce excepción. Tenía cierta gracia melancólica para cantar; sus ojos límpidos y sus dientes albos, descubiertos por la risa aveniente, denotaban a la mujer dócil y amante. Esto la hacía simpática y apetecible ahí donde llegaban los hombres ansiosos y violentos.

Era agradable verla sentada en la silla baja del piano, que destacaba las curvas de su cuerpo modelado en su blusa limpia de lavandera, cuando su voz, lánguida como un llamado de los campos, se esparcía por el salón rojo con emanaciones de obreros. Tenía una expresión fiera cuando llegaba el caso de demostrar que no era como las otras.

Se entraba al prostíbulo por una mampara iluminada en las noches con un pesado farol que recordaba la Colonia. Seguía un pasadizo y adentro estaba el patio, rodeado de piezas —corazón del lupanar. Además de las niñas, vivían ahí la criada y la patrona. En cada habitación había tres o cuatro lechos, separados unos de otros por cortinas corredizas colocadas sobre cordeles que cruzaban de una a otra pared; en los lavatorios —donde los había— veíanse flores de papel, cajitas redondas de polvos de Kananga; otras más pequeñas de crema de almendras y algunos frasquitos con medicamentos de raro aspecto, recetados por las *meicas* del vecindario. Las puertas en toda la casa no tenían chapas ni perillas y las ventanas, excepto algunas de la calle, estaban desprovistas de vidrios, sustituyendo a éstos, pedazos de diarios o cartelones con retratos de hombres públicos. Un balde de latón, colocado en un extremo del patio, a la intemperie y en sitio bastante visible, era el retrete. Por las paredes advertíase un toletole característico de fotograbados, imágenes, recortes de periódicos, anuncios en colores, viejos retratos desteñidos, abanicos sucios, con exuberantes escenas bucólicas o marinas. Al lado de cada lecho había cajones pintados, sillas, o frágiles mesitas de noche con sus respectivas palmatorias llenas de

horquillas, alfileres o agujas y, sobre el cabito de vela, la pulga inevitable, o una chinche quemada. En la caja, maleta ordinaria cual las que usan los emigrantes, guardaban los paños de uso, pequeñas servilletas blancas, cuadradas, unas medias de color, usadas; unas botas altas, un peine grasiento y el *Libro de los sueños.*

Bajo el catre, la escupidera, pomposamente tapada como si encerrase un manjar. En los cajones de la cómoda, bajo el lavatorio, o colgando de alguna percha, guardaban los vestidos hechos ahí mismo por alguna amiga de la patrona que se los vendía a precios fabulosos, sistema magnífico para explotarlas, endeudándolas en tal forma que insensiblemente se hacían siervas. Un vestido sencillo, de satín, y las botas de tacón alto eran su lujo. Las prendas de vestir duraban poco en esa agitación, de tal manera que estaban siempre endeudadas, pero no respetaban al dinero. No le daban ninguna importancia.

El salón era lo más hermoso de la casa: ancho, grande, alfombrado de rojo y empapelado de verde, con gran espejo, piano y sillas poltronas tapizadas del mismo color de la alfombra. En el testero principal, una oleografía llamativa de la familia real italiana, y en los laterales estampas en colores y de grandes dimensiones representaban escenas polares: una caza de osos blancos en el Mar del Norte, y un barco de pescadores surcando un mar plagado de témpanos, bajo los rayos rojizos del Sol de Medianoche.

La habitación de la patrona era una especie de bazar con colgaduras de colores y olor a ratón. Constantemente entraban niñas preguntando: "¿Dónde estará el destapador?". En confusión estrafalaria se veían muebles dorados, un santo quiteño adornado como otra niña, un juego de ajedrez, una vaca de cartón, un anteojo de teatro, y un Balmaceda, de yeso, con la banda pintada en la barriga. Encima de la mesa un gato empajado era el dios de esa pagoda. La habitación tenía un vaho especial como las tiendas de fruta y chancaca. Ella se llamaba doña Rosa, estaba afligida de una cojera fenomenal y aseguraba, como todo chileno, que pertenecía a una gran familia. La vanidad suele tener caracteres de elefantiasis.

Pero la mayor debilidad, que la ballena no confesaba, era su *camote*. Se dejaba explotar por un chico de ojos garzos y cabellos ensortijados, vicioso y pervertido, que tiraba su dinero en las carreras de caballos, en los prostíbulos de lujo y los garitos del barrio central.

Le amaba con locura senil. Para ella los cabellos rubios eran la marca de todas las distinciones: el chico los tenía como el oro puro. Era un rapaz cínico y bonito, retoño postrero de una familia de hacendados devotos empobrecidos por el clero y la Bolsa. Sus manos finas y blancas revelaban el ocio elegante de tres generaciones cuyo tronco remontaba a un sillón de caoba y seda granate de una Real Audiencia.

III

ESMERALDO, DIO SUS primeros pasos ahí.

Hasta los tres años fue mimado por las niñas y se familiarizó con sus costumbres. Lanzaba palabrotas que eran muy celebradas y su madre sonreía con benignidad, encantada de ese cachorro que prometía ser todo un hombrecito. Violeta fue a usurparle gran parte de los halagos y caricias pesadas de esas mujeres besuconas, más cargosas cuando no se *quedaban*. En esos retoños plebeyos carnosos y tibios entretenían su secreto y hondo instinto de madres truncas. Violeta fue para ellas un regalo del cielo con su carita fina rodeada de bucles; en ella veían una futura mujer de la vida, una continuación de ellas mismas; pero ¡qué hermosa!; ¡cómo engañaría a los hombres con esos ojazos que ya despedían fulgores! ¡Y las manitas!... ¡Y los cabellos!... —Sin duda sería de las elegantes, ¡arrastraría coche y llevaría sombrero con plumas!... Aún no sabía decir mamá la criatura cuando ya le ponían polvos de arroz y la emperifollaban como si fuera otra igual.

Esmeraldo pasaba a segundo término. ¡Tan huaso! ¡Tan pavo! ¡Si fuera lindo ya le estarían enseñando para tocador!

A los ocho años reinaba en la calle; merodeaba por los terrenos baldíos con pilluelos corridos, saltando por el basural; arrastrando latas de conservas de un hilo, jugando a la

guerrilla o la barra. Era un pillín apto para el desarrollo de los vicios cuyas semillas esparcían los cuatro vientos en esas barriadas. Tenía ese color aceitunoso y esa figura rotunda y agresiva de los efebos indígenas. No le habían enseñado a respetar; no sabía amar ni cuidar. Las malezas de los instintos primitivos crecían en él sin freno. Si ante su vista pasaba un automóvil, una bicicleta o una persona elegantemente ataviada, sentía que una fuerza misteriosa, invencible, le impelía a atacar; su abrupta naturaleza de inadaptado vibraba rebelándose contra esas manifestaciones de la vida inaccesible, risueña, que eran como un reto a la inmundicia de su hogar, un desafío a su barrio pestilente.

Ya daba que hacer a la madre y regresaba tarde, la ropa en jirones, cubierto de polvo, con las manos negras, astroso, lleno de mugre y fatiga. Tan pequeño era que la banda miserable le había apodado *El Chincol;* sin embargo, ya se peleaba a bofetadas. Era arisco y salvaje, hablaba poco y comía con atropello perruno; tenía la mirada vaga y melancólica.

Violeta crecía entre los polvos de Kananga y el olor de las frituras, rodando de falda en falda, con grititos entrecortados, como perrilla regalona; las bocas la baboseaban y más de una mano maliciosa se había posado sobre su cuerpecito gordo, palpando las protuberancias femeninas que en sus cuatro años precoces ya inflaban las ropitas. En la noche, cuando aun no llegaban los parroquianos, la llevaban al salón, y ahí, en medio de la alfombra, la dejaban darse vuelta como un endiablado juguetito automático, provocándola, diciéndole mil tonterías para soltar su graciosa lengüecita y cada ocurrencia suya era un delirio, un transporte de alegría y pasaba de mano en mano, como una pelotilla de carne palpitante. A veces permanecía al lado de la madre, bajo el piano, o se pegaba a las faldas de las bailadoras para seguir el compás de la cueca con sus piernecitas. Empleaban con ella un lenguaje meloso, azucarado, que producía cosquillas.

—¡Lucero del alba! ¡Encanto! ¡Ricura! ¡Preciosura! —gritábanle entusiasmadas.

—¡Pototura! —repetía ella moneando... Y la palabra deformada se perdía en un eco de hilaridad.

A veces, en el mismo lecho de una niña *quedada,* se dor-

mía dulcemente, ante las visiones inefables de la inocencia; en tanto el viejo catre crujía rítmicamente. A ella y a Esmeraldo los convidaban con chicha y cerveza para que se fueran acostumbrando al delirio nacional.

Clorinda amaba a sus hijos y no les perdía de vista, pero carecía de educación para comprender que esa vida sería nefasta para ellos. La culpa era del marido, como en multitud de casos, por cuanto la mujer chilena vale más que el hombre, pero se deja guiar por ellos conforme al rito sexual. Su compañero era una bolsa de vino, pendenciero, incapaz. Por esa época llevaba a la casa a un amigo de bella apariencia, que presentó a su esposa. Este amigo, que había de tener gran influencia en *La Gloria,* mostraba tacto y cierta cultura, pero usaba términos extranjeros que despertaban desconfianza. Para completar su plebeyo exotismo, no se llamaba Juan de Dios, ni Manuel Jesús, ni José Julián, como los otros, sino Fernando, como los futres.

A Clorinda no le disgustaba. Le tomó miedo porque la miraba deseándola de una manera terca y decidida que ya las niñas habían notado. Solía llevarle regalos que rehuía con asco. Una vez la abrazó fuertemente en la obscuridad y ella le rechazó, pero no pudo dormir recordando los ojos de ese hombre. Su marido degeneraba con rapidez, perdía la memoria; faltaba de la casa semanas enteras. Comprendiendo que se le iba, procuraba retenerle con el poder de su piel, de sus ojos, pero ya nada podían sus encantos. La policía solía llegar preguntando por él. Para Esmeraldo, el padre era una especie de sátrapa, de bestia, que era preciso acallar con dinero, comidas y mentiras. Se inclinaba a odiarle. En la cabeza del niño empezaban a disiparse las gratas ilusiones infantiles. En sus rasgos se grababa la imagen del barrio. Del vasto panorama de la vida no percibía sino las tristezas; no sentía esos aleteos espirituales que nos hacen perdonar a la tierra sus tremendas imposiciones. ¡El padre! Eso que para otros niños es ley, amor, justicia... ¿Qué significaba para él? Vagamente adivinaba de la paternidad el lado materialista. Su progenitor era odioso y temido. Su vista le infundía miedo. A su paso estallaban las disputas como si tras él se encendiese un reguero de pólvora; las escenas violentas menudeaban.

El destino se ensañaba en él; había tenido la ironía de hacerle sensible. Su inteligencia despierta percibía la crueldad de su vida y así —a pesar de su naturaleza vigorosa—, la salud menguaba. Los diversos períodos de la niñez son los momentos más interesantes de la vida; cada transición, cada acontecimiento es un golpe maestro modelando ese bloque de cera del cual saldrá la personalidad futura.

La pérdida de su virginidad mental le produjo un trastorno. Cuando su precocidad hincó el diente en el fruto venenoso de las realidades, de agresiva y exuberante que era se tornó taciturna y miedosa.

Las noches interminables, pasadas en vela —nervioso—, mirando a su padre, que roncaba; investigándolo... El horror de un despertar sobresaltado, por una zapatilla que azotaba su sueño con un denuesto; las rabias impotentes, por las injusticias cometidas sobre él; la contracción de su cuerpecito cuando veía a su madre golpeada, indefensa, lamentándose con clamores agudos, donde asomaban indicios de histeria. Esa pesadilla constante e implacable le enfermó. Por la mañana empezó a sentir vahídos de cabeza; sus oídos zumbaban; luces extrañas, como fuegos fatuos, pasaban ante sus ojos y luego una nube que todo lo cubría; al anochecer un miedo morboso le aterraba; un miedo de alucinado.

En primavera, cuando la vida cantaba su renovación, se le declaró una fiebre cerebral. Deliraba en su camastro ante visiones que nadie osara imaginar y que eran las diferentes fases de su tragedia.

En el prostíbulo se decía con indiferencia que *El Chincol* estaba poseído.

Pasó el trance por milagro y cuando volvió a la vida, al abrir sus grandes ojos melancólicos a la desolación de esa ciudad doliente —de esa calle Borja cuya fisonomía era un rictus doloroso—, le pareció que salía de su crisis con un renovamiento de energías; apto para trabar la batalla que se adivinaba tan cruda en el ajetreo de ese rincón mísero, entre el polvo y los montones de estiércol.

¡Ya era un roto chileno! Era fuerte. Había vencido las pestes y vicios de su cuna.

IV

CLORINDA VISITABA A SU marido en la cárcel los días martes. Iba sola. Cuando dijo que llevaría a su hijo, éste sintió una curiosidad que alteró sus nervios. La visita tendría lugar la mañana siguiente. Clorinda durmió esa noche agitada por pesadillas. Una de sus pesadillas consistió en que la dejaba el tren y quedaba sola en la estación, sin maletas ni dinero. Despertó sobresaltada. No aclaraba todavía. Quedóse dormida otra vez. Durante la fiebre, Esmeraldo había pensado no pocas veces en su padre, asociándolo con el cuchillo que le había pertenecido y que Clorinda guardaba en uno de los cajones de la cómoda. El cuchillo paterno lo fascinaba. Su padre sería un héroe. Se lo figuraba hermoso y fuerte, con aspecto de guerrillero, como vio a uno en el circo. Quería ver a su padre. No le veía desde que cayó preso. La imagen verdadera de él había desaparecido, cediendo lugar al ideal de un niño. Por fin llegó el día. La mañana era fresca cuando su madre le despertó.

—¡Arriba! Vas a ver al papá. Lávate y péinate. No despiertes a la Violeta.

Su madre iba a la cocina. Se oyó la voz de una niña que gritaba:

—¿Onde quearía el paragua?

Había llovido en la noche y la calle aparecía mojada, con baches transformados en charcos. De pronto se despejó el cielo. Cuando Clorinda llevó el tecito con pan y arrollado, un rayito de sol caía en la cama.

Esmeraldo no podía ocultar el júbilo que le producía la idea de visitar a su padre. Le recordaba apenas. Alentaba la idea de conocerle. Esta idea crecía como un delirio. Esperaba ver un padre ideal, amante y generoso, con rasgos nobles, al que ayudaría a librarse de un castigo injusto. Cuando reapareció Clorinda y le amenazó con que no lo llevaría si no estaba listo para salir, se demudó. Lanzó un grito nervioso y se puso los zapatos de manera atolondrada.

Su madre terminaba de arreglarse, mirándose en el espejo quebrado y opaco. Tomaba los alfileres de entre los dientes para prender el manto en la espalda y en el pecho. Sacó una

pulga del pescuezo del niño, la aplastó entre dos uñas y dijo: ¡Vamos!

Salieron a la calle. Salir era ya una felicidad. En llegando a la plazuela de la estación, les parecía que iban a entrar en otra vida mejor. Desembocando en la Alameda iba un entierro pobre. Clorinda se persignó: ¡Dejó de sufrir!

Miró los rieles que seguían por la calle de Matucana en el sitio que su marido le señalara cuando pasaban por ahí. Era el sitio en que había muerto, atropellado por un tren, el novelesco bandido Ciriaco Contreras.

La ciudad se animaba. Dos mujeres, sentadas en la acera, hacían frituras en tarros que habían contenido parafina. Obreros embozados comían pequenes o huevos duros. Algunos leían *El Chileno*. Los tranvías llegaban a la plazuela atestados de trabajadores. Las campanillas de los tranvías mezclaban sus sones con el voceo de los chiquillos descalzos. *¡El Chileno!* Por fin llegaron.

Tuvieron que esperar un largo rato de pie. Era día de visita. Sólo con mirar el tumulto de mujeres dolorosas, con paquetes y ollas, se notaba cómo la vida violenta del pobre se resuelve en las cárceles y en los hospitales. Abundaba el tipo de mujeres descuidadas, sufridas y sin dientes, a veces con ojos hermosos y cabelleras magníficas. Un guardián abrió una de las puertas, otro abrió la reja y así hasta que llegaron a la parte donde estaban los reos. Clorinda y su hijo fueron conducidos a un corredor siniestro donde estaban las celdas. En una de ellas se dejó ver un tipo de depravado con barba grisácea y ojos hundidos. Al paso de Clorinda dejó salir una reflexión obscena. Los ojos de Esmeraldo cambiaron, súbitamente envejecidos, con una mezcla de sorpresa y de indignación.

—¿Y el papá? ¿Dónde está el papá?, preguntó.

—Ahí está, dijo Clorinda, avanzando a una de las celdas.

Cuando se acercó a la reja de la celda no pudo ocultar unas lágrimas. El marido demostraba en su aspecto que la cárcel había realizado en él un proceso de corrupción. Sus ojos escurridizos, sus labios burlones, demostraban la pérdida de esperanzas. La figura repelente produjo en el hijo una conmoción enfermiza.

Clorinda sintió que perdía su entereza. Se dominó para poder ofrecerle el paquete.

—Aquí te traía. Es una ropita.

—Ropa usada de tu lacho —dijo el marido con un estertor alcohólico.

Al mismo tiempo dio un manotón al paquete, que cayó al suelo.

La caída hizo volver el carácter sufrido y valiente de Clorinda. Comprendió con eso que había terminado. Con voz terrible gritó:

—No te veré más. ¡Canalla! ... ¡Por la Virgen Santísima, juro que no te quiero ver más! ¡Nunca más! ¡Canalla!

—¡Vámonos, mamita! ... ¡Vámonos! No quiero seguir aquí.

Clorinda estaba pálida, con su cara de los momentos peores. Arrastró al hijo de un brazo y le llevó hasta la puerta. Sin decirse una palabra siguieron hasta su casa.

Dos días más tarde recibió Clorinda un aviso oficial de la cárcel. El marido había muerto.

Los diarios publicaron la noticia del escándalo ocurrido en la cárcel. El conocido periodista que firmaba *Lux,* escribió una crónica en su diario llamado *La Verdad,* cuyo lema era: *Nunca ofendió la luz.* Decía así: "El caso del súbito trastorno mental seguido de actos sanguinarios ocurridos en la Cárcel Pública, merecen una seria meditación de parte de las autoridades y de la sociedad. El hecho mismo, el origen material, consiste en el uso por los reos de una bebida llamada *Pájaro Verde,* en jerga carcelaria. ¿Cómo llegó dicho brebaje infernal a manos de los recluidos? Esto es sólo un detalle. El *Pájaro Verde* es un bebistrajo compuesto con alcohol de madera, o metílico, con porciones de barniz cortado, ron de quemar o espíritu de vino. Esta mezcolanza es responsable en sus bebedores de trastornos mentales derivados en delirios sanguinarios. Es sabido que el alcohol metílico, en dosis pequeñas, produce ceguera o parálisis; en dosis grandes, la muerte. La bacanal que comentamos, basada en dicho trago, dejó el saldo de tres muertos, seis intoxicados y un loco furioso. Ahora vamos a tocar otra parte importante del asunto: ¿Qué clase de alcohol bebieron los reos, el día que cometieron los

crímenes que les significaron la pena carcelaria? ¿Quién es más culpable, el que vende el alcohol enloquecedor o el que comete locuras sanguinarias, después de comprarlo y de beberlo? Hemos conocido casos de personas con buenos antecedentes, transformados, de súbito, en monstruosos autores de asesinatos y de aberraciones sádicas que la razón se niega a concebir. Estos casos reclaman un estudio serio y profundo que un simple cronista o foliculario no es capaz de entender. Labor de periodista es el de señalarlo a los doctores y a los gobernantes".

V

LA CLIENTELA DE *LA Gloria* está formada en su mayoría por ese mundo que vive como las ratas, en los escondrijos y subterráneos sociales; gentuza que se muestra a la luz de las calles decentes en los días de catástrofes o revueltas; residuos del mundo inorgánico que flota por los arrabales de las poblaciones.

Acurrucados en el suelo, parecen acechar; uno es tuerto; otro tiene en lugar de la nariz un agujero siniestro, revelador del mal que pudre sus carnes; el de más allá, de quince años, está consumido por la peste blanca; otro, el gordo, se presta al vicio inenarrable y no se ruboriza cuando le llaman con los nombres más degradantes; aquél, blanco, alto, de rostro lívido, es un asesino que la policía persigue. El único ser noble que suele mezclarse con esa banda es *El Pescante,* ex marinero, veterano de Iquique, que de borrachera en borrachera ha rodado a ese lupanar donde vive respetado por su fuerza y por el sentimiento de justicia con que interviene en las reyertas. Es el defensor de las mujerzuelas. Ninguno de ellos usa camisa, ni cuello, ni corbata; camisetas sebosas, en jirones, cubren sus pechos bronceados, velludos, llenos de cicatrices. Astrosos, sucios, son la imagen de ese barrio, de esa calle sin pavimentos, donde las casas de adobe tienen jorobas y grietas, donde las inmundicias están esparcidas y por medio de la cual corre una acequia con emanaciones de matadero y basural.

Cuando menos la esperan aparece la policía secreta en el

prostíbulo. Son hombres vestidos de oscuro que conocen la vida de la capital en sus fases peligrosas.

¡La comisión!, gritan las niñas. Corren alborotadas un momento; empujan a Esmeraldo y Violeta a la casa del lado; se sacuden; esconden a sus amantes cuando son menores...

Los comisionados, en sus constantes irrupciones en las casas de tolerancia, cobrando fuertes multas, hacen una labor social negativa puesto que contribuyen a desorientar y desorganizar la prostitución, sin permitirle fijeza ni posibilidad de prosperar en bases definitivas. El nomadismo forzoso de las prostitutas y patronas, impuesto por las autoridades, impide que Chile tenga una vida galante decente como Francia, Alemania, Japón y otros países. *La Gloria* debe su relativa estabilidad al hecho de estar situada en una calle lejana y pobre, libre así de exagerada codicia.

La vida de las niñas es mortífera. Por las mañanas despiertan preguntando: "¿Dónde dejarían el destapador?". Tienen sed de Bilz y Papaya y lanzan en todas direcciones salivazos estropajosos que se adhieren al piso y las paredes con rigidez de trapos. Se quejan de dolores agudos en la nuca. "Tengo el cuerpo malo", es su expresión exacta. Se peinan; se ponen polvos; miran hacia la calle con sigilo, por las quebraduras de los vidrios o los intersticios de la mampara, siempre con la expresión astuta y medrosa de animalillos perseguidos. Almuerzan. El calor de la digestión despierta los recuerdos de la víspera. Se cuentan los sueños. Salen a pasear de a dos hasta la Alameda, capeando a los guardianes.

La hora del té es el momento sereno del día: momento de tregua. Caen alrededor del brasero, en el centro del patio, donde hierve el agua sobre dos adoquines renegridos. El té es su pasión. Las numerosas tazas desatan la lengua de la gorda Etelvina, que adquiere una volubilidad extraordinaria; súbenle a su mente recuerdos atropellados de su infancia y de aventuras posteriores a la caída. Pero sus compañeras permanecen silenciosas; la infusión oriental y el brasero las petrifican, las dejan sin ideas; quedan ahí inmóviles y mudas, preocupadas de que no se les desvanezcan los polvos o se les desaliñe el peinado. Es raro que falte una niña con dolor de muelas, la mitad de la cara de Dolorosa cubierta con un pa-

herméticamente cerradas a los encantos femeniles. Esta ilusión dura milagrosamente; se defiende con fuerza de la influencia del medio, pero morirá como las otras... Tiene unos modos para hablar, como chiquilla regalona, con dengues y mimos. Suele tener esos arranques de las chicas picaruelas y descaradas; sabe caricaturar el susto infantil más intenso. En el lecho, bajo la impresión de una caricia brutal, grita, fingiendo una vocecilla asustada, de guagua: ¡Mamá! ¡Niño malo hace nana a Culita!... Por esa gracia, tan celebrada en ese medio, le ha tocado satisfacer una sola noche a quince o veinte individuos. Etelvina, la venus estrepitosa del prostíbulo, manifiesta por ella una pasión cargosa y extraña, pero las otras mujeres no la perdonan el que con su inconsciencia sonriente y picaresca les arrebate amantes o amigos generosos.

Cuando el salón rebosa de gente, aparece Clorinda envuelta en un chal, luciendo con orgullo su exuberancia de hembra fecunda y amante. Algunas veces la acompaña Violeta. Pasa con majestad en medio del ambiente turbio del tabaco y el alcohol. Los piropos la asedian. Cuando la comparan con su hija, se siente feliz. Violeta se le parecerá. Tiene como ella la piel de terciopelo, los dientes albos y el mismísimo lunar picaresco en la nuca... ¡Ese lunar que es como un talismán misterioso!...

Subiéndose las mangas, cual lo hace ante la batea, descubriendo sus brazos rollizos, castiga al viejo piano, entonando al mismo tiempo con voz lánguida la cueca de moda, que trae trastornado al barrio:

El canario es muy bonito
Ay señorá!
Tiene las plumas doradas,
Señorá!...

Las parejas empiezan a bailar esgrimiendo el pañuelito.

Cuando muere el último acorde del piano, avanza la criada con los vasos.

A las dos de la mañana la borrachera es general; esa borrachera violenta y escandalosa que producen las bebidas gruesas.

El prostíbulo parece poseído por un demonio gritón y pendenciero; un hálito de locura pasa zumbando por esas cabezas caldeadas que amenazan estallar o desplomarse. Algunas mujeres lloran sin razón; otras se revuelcan con atroces convulsiones, gritando cosas sin sentido. Al patio salen sombras vacilantes que se inclinan con ademanes primitivos para satisfacer una imperiosa necesidad natural; el aire de la noche parece caer sobre ellas como un rayo; el fresco áspero y penetrante las aniquila; tienen que hacer un violento esfuerzo para volver al salón, donde el calor, la música, la confusión, vuelven a arrastrarlas en su engranaje.

Las disputas y grescas no se dan tregua; por un sí o un no, esos hombres que el alcohol hace de una susceptibilidad extraordinaria, se van a las manos; las niñas corren a llamar a doña Rosa, pues saben lo que degeneran esas discusiones entre hombres que llevan cuchillo, que desprecian su vida y no son dueños de sí mismos. La voluminosa alcahueta salva su responsabilidad haciendo salir a los más exaltados para que se destripen fuera de su casa. Si se resisten, recurre a la palabra decidora de Clorinda o a los puños irresistibles de *El Pescante*. Los hombres de armas tomar, *los aniñados*, bandidos de los barrios urbanos, son conocidos en el prostíbulo. Cuando algún novicio —obrero honrado e ingenuo— se desafía con alguna de esas fieras, las niñas lo disuaden, advirtiéndole el peligro y llegan muchas veces hasta el heroísmo para defenderle de esos facinerosos cuyas mañas conocen.

Cuando los borrachos salen a batirse en la calle, no alcanzan a poner la barra de fierro sobre la puerta antes de que rasgue el aire un quejido. Entonces se encomienda a *El Pescante* la tarea de trasladar el cuerpo de la víctima a algunos metros de distancia, cosa que hacen por insinuaciones confidenciales de la policía.

Muchas veces el matador vuelve al prostíbulo, con el furor asesino pintado en el semblante, convertido en bestia humana por el demonio del alcohol; la mujer que escoge de compañera se siente arrastrada a una horrible complicidad, condenada al silencio por el terror que inspiran esos ojos y el puñal rojo, que termina por lavar y esconder, servilmente, mientras el criminal ronca bajo las ropas como

hiena saciada. Es forzoso entregarse al que solicita —al asesino o al apestado—; si sus simpatías han sido por el otro, el que yace en medio de la calle con el vientre abierto, tanto peor; la cuestión es trabajar, entregar más y más dinero a la bolsa ávida de doña Rosa, para poder pagar los afeites, el agua Florida y los brillantes percales que han de lucir el Dieciocho, en la pampa engalanada.

A las cuatro de la mañana se sirve el café —enervante brebaje— en un rinconcito del patio, bajo el desván de la criada. Algunas mandan comprar un veinte de pescado en la cocinería de la calle Meiggs. La puerta se cierra definitivamente. Si alguno llega a golpear, doña Rosa murmura desde su cama:

Están todas quedáas...

Cada uno escoge compañera, entregando el precio adelantado a *El Pescante,* que lo pasa a su vez a la patrona. Con este motivo vuelven a estallar las discusiones, violentas y torpes. Es tal la inconsciencia de los hombres a esa hora, que muchos no saben con quien se acuestan, lo que guarda sorpresas para el siguiente día. En los camastros estrechos reposan de la ronda. Variados parásitos esperan ávidamente, entre las sábanas y maderas, a esa carne rendida tras la cópula enfermiza. Las estadísticas espantan: en siete años, la viruela consume más de 30.000 chilenos y la tuberculosis, en sus diversas manifestaciones, más de 60.000. La sífilis hace estragos mayores. En 1908, las policías de la República recogen por las calles y caminos 58.000 ebrios; en 1911 recogen ¡130.000! El alcoholismo es peor que cien terremotos: es un cataclismo constante que aniquila al país y contra el cual nada pueden los moralistas, porque las grandes familias son viñateras. La sífilis y otras enfermedades venéreas, que han sentado sus reales en el pueblo desorganizado, contribuyen al desquiciamiento general, dejando tras de sí su ignominioso estigma en la familia contaminada, raquítica e inservible. Las cárceles desorganizadas son escuelas del vicio; el hombre que pasa por ellas está perdido sin remedio. *El Mercurio* de Santiago del 20 de junio de 1914, hacía pública una estadística espantosa sobre cárceles de la nación; en 1905 se habían indultado 144 reos y se habían evadido 180; en 1907

y 1908 el número de reos evadidos era asimismo superior al de indultados. En 1907, indultados: 103, evadidos: 102, en 1908 indultados:154, evadidos 212... Estas son las cifras oficiales, lo que el público puede saber; pero lo demás, lo que pasa en la sombra sólo puede hacerlo público el escritor desenfrenado[1].

VI

EL DÍA ERA CALUROSO. Se respiraba un aire pesado, de fuego, como en las cercanías de un incendio. Fernando esperaba el tranvía que había de llevarle al otro extremo de la Alameda. Se encontraba frente a la Universidad. Se enjugó la cara con el pañuelo nuevo, de seda.

—¿Arriba o abajo? —preguntó la conductora.

Arriba era para los pobres. Miró las puntas de sus zapatos nuevos y sonrió. Ya no era pobre, pero le quedaba el tipo de pobre, moreno, con pelo negro, recio. Rasurado, con el viso azulejo que deja la navaja en los hombres de barba fuerte, las narices anchas y sensuales, los pómulos salientes y la mandíbula inferior ancha, tenía un no sé qué de cachazudo y de feroz, mitigado y hermoseado por los ojos grandes, con expresión viril de humorismo, de energía y de confianza. Dos cicatrices largas se veían en su cuello más tostado que la cara, y más áspero. ¿Conque arriba o abajo?, pensó. ¡Ya verían quién era él! Palpó los billetes que había cobrado en el Banco de Chile, y pensó en Clorinda con alegría. La tenía metida entre ceja y ceja. Sería suya. Clorinda le había confiado su ideal: arrendar una quinta para salir del barrio de Borja. Tendría gallinero y jardín. Ella conocía el negocio.

[1]Las fechas de estas estadísticas revelan que el autor se inspiraba para esta novela desde los años 1908 hasta 1915, época de los terribles escándalos policiales y judiciales en Chile, que asimismo inspiraron las plumas de grandes espíritus como Tancredo Pinochet y Carlos Pinto Durán. La guerra sorprendió al autor en París y así sólo pudo entregar una parte de la novela, en 1917, al librero Rosier que la publicó en 1918 (enero)

El tranvía corría. Cuanto veía ese día era como nuevo. Los plátanos orientales rozaban con sus copas verdes la imperial del tranvía. Era un baño de luz el que tomaba en ese desfile por la Alameda espaciosa. Afirmó el codo en la ventanilla y miró por el lado de las casas. ¡Qué pequeño es el mundo! En la esquina de la calle Dieciocho vio a su protector, don Pantaleón Madroño. Iba con chaqué y se balanceaba esparciendo nubecillas del cigarro. Un transeúnte le saludó dándole un abrazo y se quedó mirándole de esa manera especial que tienen de mirar los halagadores de los políticos. Fernando admiraba a don Pantaleón de otra manera. No se hubiera atrevido a mimarle y a abrazarle así. No le perdió de vista desde el tranvía. Daba gusto mirarle. Había aprendido algunas palabras pantaleónicas, como correligionarios, mística, proletariado, y otras por el mismo estilo. Don Pantaleón era un jefe, un caudillo. Un peine. Eso era. Peine es el concepto nacional del superhombre. Pensaba de manera nueva desde que le conoció. El roto aventurero de minas, de mares y de cárceles había desaparecido. Vislumbraba un futuro de mitómanos. Tenía plata y era cómplice de señorones de la policía y la política. América es una mujer caprichosa. Se entrega a los valientes y a los astutos. El mundo era el campo de pelea para el más gallo. Al cobarde lo mean. Pronto dejaría la mesa del pellejo para sentarse en la mesa grande. La plata se va a la plata y los piojos a las tiras. No puede haber ilusión ni salud sin plata. Todos vamos tras de la plata por las buenas o por las malas. Es todo. Sentía el bultito de los billetes en el bolsillo y una oleada de satisfacción en la sangre. Intensa visión de su pasado apareció en su memoria. Se vio en el Norte, tanteando la suerte. Su llegada a la mina, en Bolivia. El perro se vuelve lobo cuando se pierde de las casas. El chileno se hace feroz cuando no puede ladrar su viva Chile y tomar su tinto. Hay que usar el cuchillo si llega el caso. En la mina encontró patrones chilenos que tomaban champaña y comían patefuá. Con los bolsillos llenos de billetes tomó el camino de Chile por La Paz. Llegando de la oscuridad de las minas y con plata es La Paz una ciudad maravillosa. Pasaba por una calle empedrada cuando sintió sonar en sus oídos algo tremendo,

irresistible. El allá va, allá va de la cueca. Hay que ver lo que es oír el aire heroico y erótico de la cueca, de repente, en las alturas de Bolivia. De la casa donde tocaban lo llamaron ¡Chileno! Se perdió dos meses, con toda la plata. Se acabó el optimismo del fondo de la botella. Cayó preso. Cárceles inmundas. Piojos, chinches, cucarachas. Le quitaron el cuchillo, el reloj y los zapatos. Se evadió en compañía de otro chileno y de un argentino siniestro, rufián y asesino, con cara bonita y crueldad increíble. Mataron a unos policías, les robaron los caballos y huyeron a la Argentina, a una estancia. Siempre perseguidos, robando y peleando. En una factoría pampera, en grandes letras negras, vieron un letrero infame, condenatorio, como el de Dante en la puerta del infierno. Decía: "No se admiten chilenos". Por todas partes le perseguía la pesadilla: *No se admiten chilenos, no se admiten chilenos, no se admiten chilenos.* Cambió de nombre y llegó a Buenos Aires. Lo mejor de su aventura. Ciudad hambrienta de brazos fuertes. Maravillosa. Calle Florida. Cielo de aventureros. Casó con una negrita de Corrientes. Más tarde era San Francisco. Llegó negro de la carbonera de un barco nórdico. Bebía, peleaba, desertaba. Antofagasta otra vez. Elecciones. La gran expectativa del roto diablo. Primer contacto con Madroño. Bofetadas y una muerte. Madroño le sacaba de la selva judicial. Llegaba.

Bajó y echó a andar lentamente hasta la calle polvorosa de las ninfas pobres. Eran otros olores y otros colores. Otra tierra de él y de los suyos. Tierra del roto, más pequeño, más tostado y más viril.

VII

LOS PRIMEROS DÍAS FUE aquello un deslumbramiento: el Primo Basilio de la horda iluminó el prostíbulo con el barniz de sus correrías que adaptaba al medio con instintiva maestría. Los dedos cargados de sortijas, la gruesa cadena del reloj con la libra esterlina, la corbata roja y el calañé plomo le daban ese aspecto temible y flamante de los rufianes cosmopolitas. A la primera ojeada se enteró de lo que gusta en ese ambiente para

presentarse al diapasón del barrio; todo esto sin esfuerzo, como cambia de color el camaleón.

La casa se llenaba de regalitos y Clorinda se esmeraba en tener buena comida y ponía pañitos con encajes en el velador y las consolas. Esmeraldo y Violeta dormían separados del lecho del amor ilegal por un biombo japonés, charro, con pájaros de patas largas que volaban sobre un fondo celeste. Mirando al revés dorado y liso del biombo soñaba despierto Esmeraldo pensando en el intruso que había llegado a hacer las veces de padre. El hogar mejoraba. La fisonomía de Clorinda estaba henchida de recóndita felicidad. Fernando había visto tantas cosas en sus viajes que sacaba ideas para todo; problemas de tribunales que antes parecieron insolubles a doña Rosa eran resueltos como por ensalmo gracias a los conocimientos, la buena letra y la influencia del amigo de Clorinda.

Fernando era un prototipo de la raza soberbia y deteriorada. Nadie sabía de dónde venía; no tenía papeles ni antecedentes, pero hablaba de todo, con palabras justas para juzgar un momento difícil. Como soldado, dormía de la misma manera en cualquier lecho y comía lo que le dieran. Ni siquiera se fijaba en los platos que le ponía Clorinda, pero sonreía al *causeo*, especialmente si éste era de chancho, demostrando con el favor de sus blancos dientes la muda preferencia. Ocupado por las noches hasta el amanecer, se levantaba a la hora del té, la tertulia diaria del prostíbulo, pero en círculo aparte con un español, *El Pescante* y un cochero del Club. El español era un hombre ignorante y obeso que tuvo tienda y se había retirado convertido en fijodalgo con trescientos pesos mensuales de renta en bonos del ocho. Era obeso y sucio y decía constantemente: "Me cachis en la mar salá". El cochero se sentía atraído por la caderuda Etelvina; era hombre de grandes pretensiones, leía los diarios y entendía los asuntos hípicos. Decía constantemente: "No me consta"; otras veces decía: "Hasta cierto punto".

Una vez hablaban de viajes y todos ellos acataban la superioridad de Fernando.

—Antiguamente todo el movimiento de Nueva York a San Francisco se hacía por Valparaíso, decía Fernando.

—A los yanquis les salió el futre en Chile, aseguraba riendo *El Pescante,* héroe de Iquique.

—Son caros los yanquis, decía con los ojos bajos, Fernando.

—Matamos dieciséis, pero no pagamos niuno, replicaba *El Pescante.*

—¡Chi! Si quisieran los Estados Unidos sólo con mandar dos buques nos hacían desembuchar hasta el último cobre, aseguró el cochero sobándose con las manos su panza de buda araucano.

—¡No diga herejías! ¡No sea leso! —exclamó *El Pescante*—. ¿Que no sabe que la escuadra chilena se las ganó a los gringos en toas partes?

—No me consta —replicó el cochero con su empaque fatal.

La discusión se envenenó. *El Pescante* aseguraba que la escuadra chilena era invencible. "No me consta", repetía una y otra vez el cochero con un tonillo intolerable, hiriente, de torniquete.

Fernando terció, diciendo lentamente, con cachaza:

—*El Pescante* tiene razón.

Fue una táctica admirable del querido de Clorinda que vio el prostíbulo y sus anexos rendidos a sus pies. El cochero desapareció para siempre de esos barrios. La vida era ancha y amable, pero otras inquietudes le asaltaron.

La hermosura basta de la Venus plebeya le hostigaba como un dulce servido a pasto. Por la noche sentía dar las horas en el reloj de la estación: las dos, las tres, las cinco. Miraba hacia adelante; una raya de luz de la ventana le perseguía por la obscuridad, grabada en la retina. Miraba a la mujer, montón de carne sabrosa, sin ideas, con un hilo de baba en la boca abierta, la cara plácida del sueño sin imágenes. ¡No! ¡no! ¡No es esto! pensaba para sí en sobresaltos. Cambiaba de posición, suspiraba con tremendos soplidos, como si quisiera echar por la boca sus inquietudes. Finalmente, ya de día, le dominaba un sueño pesado, que daba a su cara una expresión de asesinado.

VIII

LA CONVALECENCIA

robusteció a Esmeraldo. Pasada la crisis se vio aumentado corporal y espiritualmente. Amaba su barrio, hasta en los menores recovecos; le parecía que no habría nada más bonito en el mundo. ¡Qué ansia de vivir sin trabas! Los pobres tienen su santa libertad, aunque no sea más que para poner una tetera con agua sobre dos piedras, y pensar y pensar pitando el humo acre. Le gustaba la noche, cuando las casas se revelan por dentro para el transeúnte; cuando las cantinas se cuajan de obreros; cuando la Alameda, inmensa y agitada, con sus evocaciones de la Colonia y la pugna de ser mejor, se llena de sombras que no se sabe do van; cuando los andenes de la estación se llenan de cocheros, de suplementeros y forasteros. Las calles sombrías que desembocan en el ancho paseo le atraían de manera extraña. Esas calles con casas de mampara donde se percibe el rasguear de una guitarra, el tamboreo y una voz femenina estridente; la calle llena de silbidos agudos y siseos donde el paco friolento parece dormitar. De su enfermedad salió con renovadas ansias; la evolución de la niñez a la adolescencia fue una explosión de fantasías y locos deseos. La fiebre le ensanchó el cerebro, le despejó la vista, aguzándole la imaginación. La ciudad se le apareció por primera vez con su aspecto verdadero; comprendía la fuerza de ese mar humano cambiante y caprichoso, que tuerce los destinos e impone a la historia. La ciudad, que conocía más que todo por su potente órgano digestivo que traga y vomita de la mañana a la noche, le llenaba de ansias. Comprendía su pequeñez en esa inmensidad. Caminando algún día por la Alameda había llegado hasta la parte donde están los jardines y había tenido la sensación neta y súbita de otra vida mejor. Entonces había comprendido el sentido de las cosas que hasta entonces contemplaba con indiferencia.

Las casas grandes y hermosas, con cúpulas y terrazas, le intrigaban sobremanera; creía adivinar en sus interiores la vida fastuosa de esa gente blanca, limpia y elegante, que pasea por la Alameda en la parte de los graciosos jardincillos.

La impresión que le produjera un cromo, representando una cacería real, que viera en una tienda, estaba asociada a una informe idea de mejor vida. En medio de eso quedaba reducido a una pequeñez lamentable. Pero la comparación mental aumentaba su deseo de vivir.

Había dos grupos rivales por las calles populares del barrio: a uno lo llamaban *los cobradores* y al otro *la pandilla de la calle Esperanza*. Era gente recia, de anchos cuellos, con caras bestiales y dominadoras, con pantalones de pana, anchos sombreros y pañuelos de color en el pescuezo. Solían mostrarse por ahí, del brazo de sus mujeres, chiquillas menores, vestidas con una elegancia de pesadilla; casi todas ellas eran enfermas, gordas pálidas o delgadas sin dientes, escrofulosas y vendadas; ejercían, sin embargo, una atracción sexual por su extrema juventud y su lascivo cinismo. Bailaban en las casas de la calle Maipú y Chacabuco y comían sin método por esas pensiones de las calles Manuel Montt o San Alfonso, donde se ocultan los rateros. Esmeraldo admiraba a uno de *la pandilla* que llamaban *El Pucho*. Era chato y cínico, con ojos estúpidos de toro; llevaba zapatos de tacón alto como los huasos y una faja azul y roja en la cintura. Lo que más le llamaba la atención al chiquillo era la gracia achulada que tenía para hablar con las mujeres; él hubiera deseado parecérsele. Le atisbaba por las cantinas donde se bebe vinazo y ponches inverosímiles, y había llegado hasta un chamizo lúgubre del extrarradio donde la pandilla celebraba tenebrosos aquelarres. Librado enteramente a sí mismo, capeando el colegio cuando podía, se hacía dócil y sumiso en la casa para no perder esa libertad que le entregaba la calle, la calle llena de novedades, de imprevistos; su calle sin vergüenza, sucia y cínica; la Alameda de dos fases, pretenciosa y cambiante, y todas las callejas que en ella desembocan.

En las noches rondaba alrededor de los figones mal alumbrados, sospechosos. Esos hotelitos y esas cocinerías de guisotes picantes con ají rojo le atraían; ya conocía el sabor áspero del vino caliente y espeso como tinta que turba las ideas y pone el ánimo batallador. Cuando alguna mujerzuela le llamaba desde un pasillo oscuro se excusaba con gestos de

hombre, como *El Pucho*. Pero aun no osaba la cosa extraordinaria. En todo caso, si se decidía alguna vez, sería con Etelvina; ella le iniciaría. Una honda ternura le embargaba pensando en ese marimacho que apenas cabía por una puerta, de cuya voz ronca había oído tantas historias fabulosas que terminaban con la frase bíblica: "Se casaron, tuvieron muchos hijos y vivieron muchos años..."

En su tierna edad había doblado muchas veces su cabecita en el seno confortable de la mujerona antes de que cerrase la historia el dichoso broche, y le llevaban al lecho adormecido por esas visiones. Pero la venturosa edad, envuelta en brutal realismo, se iba convirtiendo en pasado. Los catorce años arrastraban una experiencia cruel. Ahora, de la voz grave de Etelvina, como ronquido de tetera, no escucharía más las fantasías inocentes que le adormecieran antaño.

A pesar de la atracción malsana que en él ejercía la calle, la Estación era siempre su centro, vórtice de sus ideales en gestación, astro de su niñez. Sentía latir ese corazón de su barrio como si lo llevara en sí mismo. La tendencia viciosa que le llamaba a curiosear por esos contornos se iba, en cuanto consideraba la potencia del vapor que subía en resoplidos hacia la elevada techumbre entrecruzada por potentes lingotes negros de hollín. Cifraba orgullo en saber los nombres de las locomotoras con sus números; hacía piruetas sobre las pisaderas de los trenes en marcha, o subía al techo de los carros de carga, como los palanqueros. Sentía en el fondo de su ser esa atracción nacional por las maquinarias, las bombas, la mecánica, los inventos maravillosos. A pesar de la eterna cueca en que se mecía su infancia, sentía con fuerza la pasión de su raza por los adelantos materiales, que había hecho surgir por todo el país bosques de chimeneas y altos hornos en medio del enjambre de diez mil kilómetros de líneas férreas, a pesar de la anarquía política.

Amaba su barrio natal de donde no se había movido; su barrio de las fábricas y los rieles, con calderas abolladas y hierros retorcidos en los terrenos baldíos; lleno de polvo y humo; donde el carboncillo grueso como granizo del carbón chileno parece caer del cielo, al son de los estridentes pitazos y chasquidos. Su vida parecía amarrada a esa arteria ar-

diente de la ciudad. Ya pensaba aprender para palanquero.

Soñaba con esa existencia gitanesca, llena de peligros: contemplaría libremente el paisaje andino que se ocultaba radioso tras el caserío; saltaría de carro en carro, sintiendo en la nuca el azote fresco de las brisas, en tanto el convoy palpitante, ágil, silbaría deslizándose por las venas de acero.

En su casa le exigían poco; a lo más le reñían cuando evitaba el colegio. De su padre no sabía casi nada. Muy poco se hablaba de él; estaría muerto o en prisión. En todo caso se acostumbraba al otro, a Fernando, que le reemplazaba ventajosamente y por el cual sentía un respeto cercano al miedo.

La atención de todos en *La Gloria* y en la calle entera estaba puesta en Violeta. Los trece años de la chica eran exuberantes; su precoz coquetería, fomentada por las mujerzuelas, celebrada por su madre, provocaba espantadas risas; el balanceo de sus caderas incipientes era un motivo de cuchicheos malévolos para las matronas que la veían pasar mañana y tarde con atados de ropa. En su desarrollo había dado uno de esos saltos prodigiosos propios de su edad y de su sexo en las tierras cálidas; de la noche a la mañana, en un verano, se había hecho casi una mujer; su pecho se inflaba y sus brazos, lo mismo que los muslos, que un año antes parecían palillos de tambor, adquirían una redondez sólida y armoniosa; su cabellera espesa, lujuriante, acercándose a ambos lados de la frente sobre las cejas en diabólicos caracoles brillantes, revelaba la fuerza de su sangre nueva y pura. Sus cejas y pestañas se habían acentuado dando cierta gravedad al rostro. Indolente y perezosa, solía pasarse horas enteras tumbada en su lecho desordenado, donde a veces la encontraban hablando sola, en alta voz, con ojos de sonámbula. Manifestaba cierta amistad por María, pero no se apegaba a ninguna mujer como suelen hacerlo otras chiquillas de su edad; le gustaba salir sola y se conocía que ya le interesaba algo por las calles.

Desde los diez años estaba cansada de oír que tenía lindos ojos; se lo decían en el almacén y en la cigarrería; en el mercado y por las calles, lo cual la halagaba. Los hombres aseguraban que estaba "de partirla con l'uña", expresión

gráfica y frutera de un país de melocotones y chirimoyas; en cambio las viejas la miraban de soslayo, con expresión mala. Una vez la Ofelia se quedó mirándola largo rato y resumió su admiración diciéndose en voz baja: "Parece hija de turco". En efecto, con sus ojazos y la cabellera tan crespa parecía una de aquellas huríes que empiezan a aparecer detrás de los mostradores populares vendiendo pacotilla.

Las malas lenguas daban por hecho lo que vendría fatalmente. En realidad estaba intacta y su madre la defendía con ese instinto salvaje de las plebeyas, que no ven el peligro sino en los hechos materiales; pero al mismo tiempo la hacía entrever un dorado porvenir.

Con esas ilusiones Violeta pensaba que la vida sería cosa maravillosa, donde los acontecimientos se sucederían a golpes de varilla mágica, como en los cuentos de la gorda Etelvina... y esperaba al príncipe de los bucles que vendría a libertarla de los tabiques mugrientos de la calle Borja.

En ese medio supersticioso y fatalista, presidido por el grasiento libro de los sueños, lo sobrenatural no espantaba. Al caer la tarde se referían historias de duendes y aparecidos con ruidos de cadenas y emanaciones de azufre.

IX

UN DÍA DE FIESTA, PASÓ la mampara un cadete militar. Era rosado, rubio; llevaba al cinto un espadín.

La chica se peinaba ante un espejo en el centro del patio. Rosalinda pasaba las horquillas, la casa estaba tranquila; sólo se escuchaba a intervalos el inconsciente parloteo del loro. Doña Rosa apareció, balancéndose, llena de polvos de arroz y de autoridad. Sin saludar al visitante, fría, correcta, llenó el patio con su voz chillona.

—¡Julia, Etelvina, Laura, niñas, pasen al salón!

Fueron apareciendo ellas, unas tras otras, soñolientas, silenciosas, impasibles, con las caras llenas de colorete barato, ataviadas sin arte ni gracia.

Etelvina fue la primera en pasar. Dejó caer sus jorobas de carne en el estropeado sofá, que se dolió débilmente.

Luego entraron Julia y Rosalinda, que soltaron una carcajada después de mirar al jovencito de uniforme.

Doña Rosa, cejijunta, observó el desfile, y preguntó:

—¿Falta la Ofelia?

Nadie respondió. Tempestuosa fue hacia una de las habitaciones cuya puerta estaba entreabierta. Rosalinda saltó con viveza:

—¿No sabe que está quedá?

Se encendió la disputa. Estaba quedá por la noche cuando sólo pagó un rato. A todo esto el cadete era el blanco de punzantes ojos de córneas fuertes e implacables como uñas.

Violeta fue a mirarle, en éxtasis, y las horquillas se enredaron en su madeja de cabellos, pesada y opaca. Se encontró con los ojos militares y huyó colorada como tomate.

Un tren de carga entraba a la estación con estrépito de fierro y largo silbido. Los vidrios de la mampara castañetearon y pasó por la casa de las pecadoras un ruido sobrenatural. En medio de esa sorda tempestad redobló la disputa.

—¡Por eso los hombres hacen lo que quieren con las molederas!

Golpearon la puerta con el consiguiente susto y no era más que una rotosa, preguntando si su marido estaría en la casa.

—¡Dirán que admitimos piojentos! saltó la Julia.

—Se remuele toitita la paga con las muy insalubres y después reniegan, dijo la de la puerta, que estaba embozada en el manto verdinegro.

—Pa juera, pa juera arestinienta.

Fue trancada la puerta y poco a poco las otras vendedoras de su cuerpo fueron pasando lentas y descuidadas. Catita, comiendo una pera; *La Choca,* disimulando un eructo, con la mano a guisa de timón.

El cadete se echó en un canapé destripado, bajo los mostachos marciales del rey de Italia, frente a las escenas polares. Nadie hablaba. Pidió cerveza, pero el líquido pastoso no desataba las lenguas.

Llevaron más y más cerveza y, cuando hubo doce botellas vacías reflejandose en línea en el gran espejo de la mesa

central, Clorinda arrancó del piano una cueca brillante que hacía furor por los arrabales polvorosos.

Me aconsejan que te olvide
y no te puedo olvidar
como no saben querer
se ponen a aconsejar...

Sólo entonces brotó cierta animación; los rostros parecieron encenderse y las mujeres empezaron a conversar entre ellas, a media voz primero, estirándose en las poltronas después, enteramente a sus anchas.

Violeta esperó el desenlace de esa aventura que el destino le preparaba. Jamás se había arreglado con tanta coquetería. Por primera vez se le ocurrió restregar sus labios contra la pared, sobre el papel color sangre, en el dormitorio de la Etelvina, como había visto hacer a las otras. Una cantidad de círculos desteñidos sobre ese papel, revelaban la antigua costumbre de las niñas, de restregarse los labios y los dedos para darse colores.

En lo más enmarañado de la cabellera se puso una flor y satisfecha de su arreglo se contempló en plena luz en un pedacito de espejo que guardaba escondido bajo la chaqueta.

Se sintió como nunca bonita. Pero, mirándose para abajo, sus toscos zapatos hombrunos le parecieron desastrosos. Como tenía un pie diminuto refunfuñaba a menudo por un par de botas de charol, puntiagudas y de tacón alto. Las que llevaba entoncen parecían recogidas de la calle, tan sucias y remendadas estaban.

Cuando terminó de acicalarse, una mecha de pelo le caía en medio de la frente a la manera dieciochera, dando realce a los ojos teñidos con unto. Parecía otra pecadora en miniatura, ataviada con sobras y sisas. Llena de gozo sacaba la lengüita para darse brillo a la boca. La María, que pasaba con las copas, quedó pasmada.

—¡Jesús, cómo se ha puesto la Violetita!

Tan cómico le pareció a la criada, que la chica, en arran-

que juvenil, quisiese imitar a las niñas, que largó una carcajada:

—¡Buena cosa! Dése vueltas.

Le decía esto tomándola en brazos, volviéndola de un lado para otro, contemplándola entusiasmada como si se tratase de un juguete.

Violeta se dejó manosear triunfante y seria. ¿Se ha ido el cadete? preguntó con naturalidad.

María comprendió.

Se hacía de noche y el rumor del barrio crecía por minutos. El pataleo de las cuecas zapateadas y las voces chillonas de las cantadoras llegaba a los oídos como provocación. La mampara crujía a cada instante y entraban unos tras otros los amigos de la casa. Escuchábanse ladridos remotos y los pitazos férreos venían a morir en los tabiques podridos con un rumor extenuado de atardecer.

Llegaron la Ofelia y Catita empujadas por la curiosidad. Violeta se mostró ufana y ambas mujeres se estremecieron con una risa nerviosa, erótica, que les bajaba en un cosquilleo irresistible por la espina dorsal. El caso tenía para ellas el doble encanto de una cosa insólita y prohibida.

—¿Dónde se ha visto cosa igual?

—¡Tan diabla! ¡Buena cosa la chiquilla!

Se tomaban las manos como si fuesen a morirse de la impresión de hilaridad y contento que les producía esa mocosa que tan lindamente anunciaba su vocación.

—¡Buena cosa con la chiquilla!...

—¿Por qué no pasará al salón? —preguntó la Ofelia en el colmo de su entusiasmo.

Pero Catita las hacía callar horrorizada:

—No digas, niña, que es muy capaz de hacerlo. ¿Qué diría doña Clorinda?

La admiraban como un prodigio, poniéndole las manos encima con sus caricias lentas y pesadas de perras cachondas. Le componían el colorete, le arreglaban los cabellos, le subían las faldas y se quedaban mudas e idiotas ante esa creación inesperada, esa callampa de *La Gloria*.

No pudieron resistir al deseo de abrazarla. Aplicaron co-

mo ventosas sus grandes bocas ávidas en el tierno cuellecito y en los ojos palpitantes. ¡Si estaba de comérsela!

Pero María llegaba del salón, llamando con fuerza.

—¡Catita! ¡Ofelia!

Las mujeres que doña Rosa buscaba, corrieron sacudiéndose con risa silenciosa, histérica, como si les hiciesen cosquillas en las plantas de los pies.

Violeta ya no dudaba. De un momento a otro esperaba a su príncipe, que vendría a requerirla de amores y arrancarían en radiosa fuga hacia su ensueño.

Pero el cadete no venía...

Y cuando le vio pasar, sonriendo y borracho del brazo de la gorda Etelvina, hacia esas camas donde caían tantas veces hombres y mujeres para entregarse a una maniobra rítmica y fatigante, que terminaba en bramidos, sintió un dolor que no conocía hasta entonces; un nudo le subió a la garganta y se echó en su camita a llorar desesperadamente.

Volvió a asomarse después de un rato largo pero le vio salir beodo, embrutecido, sin mirarla.

Le pareció que todo había terminado; se sintió desamparada, sola, inútil. Rasgó sus vestidos, sus trapos y sus flores con el primer ímpetu rabioso de su vida; quedó deshecha como herida mortalmente.

Así en el suelo como juguete roto la encontró Fernando. Había tallado al bacarat perdiendo las ganancias de un mes. Desde la calle venía almacenando una cólera sorda.

—¿Dónde está Esmeraldo? —preguntó.

La chica quedó inmóvil, siempre sollozando.

—¿Dónde está Esmeraldo? ¿Que no oyes?

Violeta murmuró con indiferencia, como que la cosa en ese momento no le importaba dos cominos:

—No sé.

Esto trastornó al hombre. Fue a ella, la tomó de un brazo y al verla tan pintada y llorosa, con el vestido en jirones y una flor en los cabellos, dio una patada en el suelo y llamó a Clorinda.

La mujer llegó sofocada, sonriendo; la habían hecho beber.

—¿Qué es esto? —preguntó él, brutalmente, señalando a la niña.

Clorinda miró a su hija, pero pareció no comprender; la llevó a la luz y entonces dio un grito:

—¡Qué! ¿Qué te han hecho? ¿Quién te ha pintado?

Fernando se paseaba, fingiéndose furioso, de un lado para otro, a grandes trancos, con las manos en los bolsillos, murmurando al mismo tiempo entre dientes:

—Tu hija también. ¡Apesta ya!

Clorinda se turbaba cada vez más.

—Es claro. Él tenía razón. ¿Dónde se había visto eso? ¡María! ¡María!

Llamó dos veces. La sirvienta apareció con cierta emoción en el semblante, pero sin temor.

—¡Mira a la Violetita!

Antes que la criada respondiese se inclinó para examinar a la hija, porque una duda la asaltaba; le subió las ropas. Dócilmente la chica se dejó meter una mano entre las piernas.

—¡Sería lo último! —rezongaba Fernando.

—¿Qué te han hecho? Contesta, ¡moledera! Luego, volviéndose con más calma:

—Si no tiene nada... ¿Por qué te has pintado?

Entonces María puso el rostro solemne, viendo que la cosa tomaba un cariz trágico y dirigiéndose aparte a Clorinda, le dijo en voz baja:

—Son cosas de la niñita, señora. Como es tan ideática... creyó que...

Se cortó, pero Fernando y la madre la obligaron a continuar:

—¿Qué? ¿Qué?

Miró a Violeta, bajó los ojos y dijo con cierta tristeza:

—Creyó que... el milico venía... por ella...

—¿A qué?

—A verla a ella —volvió a repetir.

La criada creía que su explicación sincera disiparía la nube, pero se equivocó. Una bomba habría hecho menos efecto que esa confesión ingenua en tono natural y casto.

Violeta lanzó un alarido y se cubrió la cara con ambas

manos haciéndose un ovillo en el suelo, como si quisiese desaparecer. Fernando quedó como fulminado y con hipocresía se puso a acosar a su querida achacándole esos contratiempos. ¿Qué otra cosa podía suceder si dejaba a la chica a su libre albedrío, todo el día entre las faldas de las prostitutas?... Esmeraldo no llegaba. ¡Famoso pillín ese holgazán familiarizado con los palomillas del barrio!

La cólera de su amante contagió a Clorinda que levantó a Violeta como una muñeca destripada y la puso en la cama. La chiquilla le mordió una mano.

—¡Toma moledera! ¡Mocosa atrevida!

El cuarto se estremeció con las palmadas y las voces. Violeta, que gritó en el primer momento, soportó la paliza sin llorar.

—¡Descarada!

Luego el prostíbulo quedó silencioso. La Etelvina había comprado un cigarro de veinte para *fumar* a un cobrador. Era una manera segura de que se acordaran y volvieran. En el salón las niñas, compuestas y algo excitadas con las bandejas del cadete, conversaban entre ellas.

—Vino por no dejar no más.

La patrona les apagó la luz y continuaron charlando en la oscuridad.

—Pa'llá pasó la pandilla de la calle Esperanza —rezongó la Etelvina.

—¿Pal *Hospital*?

—No. Pa Lalameda.

En un rincón del patio María se ocultó para llorar; se sacudía sin consuelo.

—¿Qué tienes? —le preguntaban al pasar.

Pero ella llorar y llorar.

X

CUANDO CLORINDA pensaba en el porvenir de sus hijos, se llevaba las manos a la cabeza con desaliento; veía con miedo las inclinaciones de Violeta, tan distinta a ella, con ese barniz sutil de aristocracia que distingue a los niños nacidos en las capitales...

Tenía un gusto particular que la hacía sentirse superior: era fina y sensible, llena de exquisiteces y repugnancias, como las señoritas. No podía beber en una taza o vaso sin limpiarlo antes por sus propias manos; tenía cuchara y tenedor propios desde los cuatro años. No podía aproximarse a la Ofelia sin sentir un asco profundo; con Fernando le pasaba lo mismo; no podía sentir cerca de ella las fuertes púas de su cara tostada; sus labios le parecían innobles. Una vez rechazó el vaso en que él había bebido con tan visible desagrado que el hombre quiso metérselo a la fuerza, por amor propio. Todos estaban mirando. Clorinda defendió a la chica apelotonada en sus brazos.

—Ésta la has tenido con un futre —dijo despechado. Clorinda le respondió enfáticamente:

—Más rota que tú. Ésta no sabe gringo. Su padre está en la cárcel.

Esmeraldo aprendía a leer difícilmente. Su instinto salvaje le hacía aborrecer la escuela gratuita del barrio, severa y sombría como prisión. Al aire libre, en compañía de la banda de galopines que le llamaba *El Chincol,* se sentía a sus anchas. A los catorce ya era un hombrecito al corriente de todas las diabluras.

En esa vida gitanesca se había hecho fuerte, ágil, nervioso como ardilla. Su palabra era agresiva, tartamudeaba; decía frases breves, secas, como los hombres de acción. En su faz color barro cocido brillaba la luz melancólica de los ojos maternos sobre una nariz recta y varonil. Los labios eran gruesos, descoloridos; el cabello de azabache, liso y tieso; la frente ancha con arrugas precoces y dos protuberancias sobre las cejas. Tenía esa hermosura resuelta y viril del efebo indígena, pero había en sus modales y rasgos una mezcla de vicio y audacia que a sus años espantaba. Hosco y altanero gruñía al padrastro y no besaba a la madre. Sabía echar piropos a las niñas chúcaras del arrabal y suspiraba por las noches, levantado en el lecho por la primera punzada de la carne, pensando en la más gorda, la Etelvina, que le había contado historias de príncipes y gigantes sentándole en sus muslos espaciosos, la cabecita apoyada en las tibias almohadillas del pecho.

En la escuela ya se sabía que Esmeraldo era algo en la casa que animaba la calle con sus vihuelas y sus gritos. Los desarrapados compañeros le respetaban por esto.

Ante la vista de los chicos pasaron constantemente los cuadros de la procreación en forma cruda. Por los intersticios del tabique, por las puertas quebradas, pescaba al azar frases y detalles materiales del amor. Tan familiarizado estaba con las formas de las mujeres, con sus trapos y afeites, que su único afán era correr por la ciudad. El misterio femenino se había ido desentrañando poco a poco de tal manera que no podía esperar esos estallidos de otros niños.

En terminando las clases, cuando el alborotado tropel se veía libre, volvía a ser el rey de la calle en su trono de estiércol, sobre el tapiz de tierra y bodrio. Jugaban a los hoyitos, al trompo y la barra. Por todo el barrio eran temidos, pues había en la banda más de un ratero de porvenir. Por las noches se separaban; unos vendían tortillas por las calles de Matucana o San Pablo; otros se estacionaban alrededor de la carpa de un circo popular; la mayoría se iba a esperar el tren en la plaza de la estación hospitalaria para ganarse unos centavos llevando bultos pequeños. Esmeraldo guardaba el dinero adquirido de esta manera para jugarlo con sus amigos.

En esas correrías había ligado amistad con otro diablillo sucio y saltón, el *Pata de jaiva,* de que hablamos, cuyo nombre se debía a sus pies de gordos dedos separados. Era de Valparaíso, descendiente de quién sabe qué changos empujados poco a poco por la raza blanca a los cerros del Barón. Nació en la subida Calaguala y de allá cayó en Santiago como un cerro, porque el pobre *Pata de jaiva* conservó siempre alma de cerro. Él solía decir "nací en el cerro", a secas, y cerraba los ojos presa de nostalgia porque ningún chileno ama la tierra natal como el chango que se arraigó a ella hace miles de años. El cerro, su cerro y su madre. ¡He ahí el universo! Un inglés, de cualquier *Gran Macana Limited consolidada en Liverpool,* no puede querer a Valparaíso como lo quería el *Pata de jaiva,* que venía comiendo el congrio y la sierra, más sierra que congrio, desde una eternidad para atrás. Su mamita era una persona estupenda; la evocaba como una

hada, que cantaba, que hacía alfajores, que bailaba y llevaba zapatos de charol. ¡Oh, su mamita! Se le llenaba la boca al nombrarla. Y hacía la ingenua descripción de su tierra que el sol radiante tostaba; con torres en medio de árboles, con azoteas y miradores. La verdadera ciudad semisajona, de los bancos y flamantes almacenes —el puerto— casi no lo conocía; nunca le habían llevado abajo. Del "plan" guardaba una sensación de ruido y fuerza, de gente blanca y rubia y calles limpias. Esto lo expresaba de una manera pueril: "Mucho ruido en el plan, donde viven los ricos. Ahí llega el mismo tren que nos sacude aquí. Hay mucha bulla en el puerto, mucho negocio, muchos carretones, mucho *gringo*". *El pata de jaiva* cerraba los ojos presa de nostalgia.

Valparaíso, con sus calles copiadas de Londres, con sus bares y marineros borrachos como en Londres, donde llevan la mantilla española mujeres altas y rubias, de hablar meloso... Valparaíso, remozado después del terremoto, presenta un espectáculo fantástico si se le contempla desde cualquiera de los cerros agrestes que lo dominan en las puntas del arco de su bahía. Mirando desde la casita donde nació el amiguito de Esmeraldo el caserío tiene un aspecto prodigioso de media luna acostada en cuyo cuerno más lejano brillan los pinos de Playa Ancha como esmeralda cabochón. De noche, un público ávido de placeres irrumpe como torrentes que en el día hubieran contenido el gasómetro por un lado y la subida Calaguala por el otro. El verdadero color de Valparaíso está en los cerros. La gente extranjera del *plan* es una aglomeración anodina de firmas comerciales sin espíritu ni patriotismo. En cuanto se enriquecen, arrancan dejando a los *Patas de jaivas* y sus mamitas abandonados en sus tugurios de los cerros donde los ascensores parecen casas que cada cinco minutos depositaran otra casita igual pero más pequeña, como un polluelo. Los vapores habían llamado especialmente la atención del chiquillo. Los porteños conocen esa hora emocionante en que hay siempre un poquito de Colón: la llegada de barcos de las antípodas.

El Pata de jaiva recordaba cómo los veía avanzar desde su elevada percha donde nació. El humo, la mole majestuosa que se agranda y la estela de espuma como una cola de

azogue hirviendo; pero lo que llenaba esa evocación era la imagen de la madre. La distancia, su niñez y el cariño la agrandaban y embellecían. Como la elocuencia depende de cierto grado de emoción, expresaba con facilidad esos mirajes remotos, ese cariño que inflaba su pecho de niñito sentimental.

Había en medio de sus recuerdos una sensación fugaz, vaga, intraducible en palabras... Primavera, follajes, vida exuberante, la madre como divinizada... Pero no era en la casa, sino en el campo abierto, lejos del Barón. Luz loca y saltona como fuego fatuo revoloteando en el cementerio de recuerdos... Los detalles de esa fiesta se borraban, pero quedaba en la mente la revelación caída como un rayo de la felicidad, esa quimera que perseguimos.

Debió ser un día de carreras en Viña, bajo las ramadas populares. ¿La madre? Una cantadora de la subida del Barón, en la casa de Lindor... Toda esa miseria estaba tapada por el misterio de la imaginación. Deliciosas chiribitas cerebrales que nos dan fuerzas para soportar la vida.

Los recuerdos siniestros eran más precisos. Un día llevaron a la casa un hombre con el rostro blanco como el papel, fajado en el vientre; los lienzos filtraban la sangre de una herida descomunal. La casa resonó toda la noche con movimientos y cuchicheos angustiosos. Al día siguiente colocaron al hombre en un cajón sin pintura, y al trote de dos caballos flacos se lo llevaron a una ladera de otro cerro. La mamita se vistió de negro y tres días después le puso una medalla al cuello y le dijo que debían separarse, que partiría a Santiago con la hermana Carmen. Solitos los dos llegaron a la capital como flores exóticas de un jardín lejano, como llegan las canastas de frutas o merengues. En el andén les esperaban dos mujeres besuconas, con olor a agua Florida y polvos, que les llevaron de la mano a la calle Borja donde el pariente rico.

Esmeraldo conocía esa casa gemela de *La Gloria*. En el barrio la llamaban *El Hospital* por las virulentas enfermedades que solía incubar. Carmen, la hermanita, crecería ahí cual otra Violeta. Una clientela especial era atraída por el *Guillermina,* muchacho con grandes dotes para niña, que di-

vidía las horas del día entre acicalarse y templar el guitarrón. Las mujeres le adoraban, disculpaban su vicio con el más admirable fatalismo y habían tenido ocasión de defenderle más de una vez.

"Se ocupa lo mesmo que nosotras", decían. Otras aseguraban que se lavaba y que le venía por lunas. En todo caso, el *Guillermina* era una de las atracciones de la casa. Pequeño, delgado, perfiladito, se adonosaba de voz y facciones con tanta maña que al llegar la hora del salón parecía de esas obrerillas que se ponen los pantalones de sus hermanos en las fiestas de primavera. Los borrachos solían convidarle al puente de Iquique, encrucijada siniestra para los virgos, situada en los confines de la calle Borja y que venía a ser un hoyo oscuro en cuya superficie se deslizaba el tren de Melipilla.

El *Pata de jaiva* quería salirse de esa casa donde presentía la deshonra de su hermana. Había concebido en el cinematógrafo un plan infantil de fuga al puerto protegido por una medalla religiosa que le regaló la mamita. ¿Dónde estaría la mamita? Esmeraldo y él formaron una sociedad secreta ofensiva y defensiva.

Un día dijo el *Pata de jaiva* naturalmente: Un futre ronda a la Carmen. Dicen que ya se entienden. A mi tía le gusta porque es muy rico, es un Martí, Sebastián Martí, de la calle Catedral.

Se rió.

—Pero a mí no me gusta; ni al *Pucho*. *El Pucho* está enamorado de Carmen y va a matarlo; anda espiándolo. Si no lo mata él lo mataré yo. Las pobres son pa los pobres.

Esmeraldo le escuchó con interés y se quedó pensativo. *El Pata de jaiva* era incapaz de dar una cuchillada, pero él sí que era capaz. "Las pobres son pa los pobres" era una frase del *Pucho*. En el fondo, *Pata de jaiva* era un infeliz.

XI

CORRÍAN LOS ÚLTIMOS días de diciembre. El barrizal de la calle Borja estaba seco bajo los rayos de un sol furioso que mordía la carne y parecía

sacar humo de las piedras. Los pesados carretones dejaban al pasar nubes de polvo espeso que flotaban en el aire adhiriéndose a todo, envolviendo la calle en un velo opaco. Un calor de fogón hacía crujir los muebles y tabiques de *La Gloria,* obligando a las mujeres a dormir con las puertas abiertas. La tísica había dejado sin cerrar la ventanilla de su elevado cuchitril del cual colgaba un pañuelo azul.

Eran las once de la mañana y hacía dos horas que Clorinda lavaba la ropa en el pozo del patio. Había subido las mangas de su chaquetilla entregándose a la tarea con ardor; su frente transpiraba y en sus brazos mojados brillaba esa pelusita fina... la misma de su labio superior, que la hacía tan sabrosa... Sus manos, enrojecidas, restregaban las ropas.

—Anoche los ratones me comieron casi todo el almidón, dijo, pasándose una mano por la frente. No se puede dejar el almidón en el armario. Hoy tengo que comprar otra caja.

Las prendas que terminaba de enjuagar las iba colocando unas sobre otras en montoncillos separados, sobre el cajón donde acostumbraba a sentarse Rosalinda a la hora del té; las más voluminosas las ponía en el borde del pozo. Había medias de todos colores, enaguas, paños "de uso", chaquetillas de percala o de seda ordinaria que el agua desteñía; sábanas, camisetas de todas formas, con cintas celestes o verdes, y calzones, algunos de ellos con manchas circulares que el lavado no conseguía borrar. Pero las prendas más sugestivas eran las camisetas de Violetita; la chica solía llevarlas pegadas al cuerpo durante semanas y, al quitárselas, en la parte de los senos, quedaban dos puntos en relieve o dos agujeros.

La operación del lavado ocupaba a Clorinda días enteros. Debía entregar la ropa los sábados, so pena de sufrir la ira de doña Rosa y las recriminaciones de las niñas. Ese día precisamente —un viernes—, estaba atrasada, lo cual la ponía de mal humor. La tardanza de Fernando era otro motivo de inquietudes. Cada vez que se interrumpía en su tarea, enderezando el cuerpo, era porque una duda la asaltaba respecto al querido; pero volvía a enjuagar pensando en las ocupaciones complicadas de su hombre y en las magníficas excusas que daba.

En el extremo del patio la criada, de rodillas, lavaba unos vasos en un balde lleno de agua color ladrillo. A ratos cantaba, débilmente para no despertar a las niñas.

De pronto, cansada por la posición violenta y el ejercicio, estiró los brazos, bostezó, y dirigiendo la vista un tanto asombrada a la sirvienta preguntó con mucha intención, como si el asunto le preocupara hacía rato.

—Y vos, ¿qué proyectos tenís, chiquilla? A María le pareció caer de altura; tan desprevenida la encontraba esa pregunta, que dejó su tarea; los colores de la salud se acentuaron en su rostro.

¿Lo que yo pienso hacer? ¿Mis proyectos?

Se pasó lánguidamente una mano por los cabellos y rió como una chica buena e ingenua, mostrando sus dientes sanos. No se le ocurría nada.

—¿No tenís proyectos, no pensái casarte?

Esta nueva pregunta la regocijó mucho haciéndola reír con más ganas. Era una muchacha robusta e inocentona, nacida en tierras de Aconcagua; sus padres, inquilinos ignorantes, la habían entregado como una presa a la gran ciudad, por veinte pesos al mes, casa y comida, sin averiguar más. Tenía las facciones características de la mujer nacional: la boca de labios carnosos; los ojos de chilena pura, admirables, aunque algo bovinos, tan grandes con su expresión bondadosa y pasiva; la piel mate y los cabellos castaños, rizados y espesos. No tenía las manos finas, ni el talle esbelto; su cuerpo era macizo, asentado en piernas fuertes como columnas.

La pobreza de su hogar la había arrastrado a ofrecerse en un sección de *El Mercurio* como sirvienta de mano, e inocentemente había caído en esa mancebía.

El régimen feudal en que vegetan los campesinos, sin otra influencia moral que la pantomima de las misiones y el egoísmo de sus amos, prepara a esas gentes a mirar con resignación las peores perspectivas. El hacendado típico chileno, personaje híbrido, con palco en la ópera y sillón en la Cámara, no puede ver en la agricultura sino un medio para lucrarse y satisfacer sus vanidades en la capital; es una máquina para exprimir. No es extraño que el campesino permanezca en condiciones deplorables de ignorancia y miseria. Lo que

produce el campo lo traga la ciudad en forma descorazonante, sin recibir recompensa el brazo que suda o la tierra que da ciento por uno. Así la familia de María, establecida en Aconcagua el año 65, dedicada de generación en generación al trabajo de la tierra en beneficio de sus amos, después de tanto esfuerzo, entregaba por pobreza e ignorancia esa hija a las cloacas de la capital. Esto sucedió justamente después de celebrarse una misión en cuyo recuerdo se plantó una cruz de madera. La misma tarde en que plantaron ese símbolo de amor, cuyo sentido nadie estaba preparado para comprender, se apuñalaron a su sombra dos inquilinos excitados por las narraciones de milagros.

Al principio la pobrecilla se sintió bien en el medio donde había caído; vio campesinas como ella, pasivas mujercillas como ella, que reían, que cantaban; que procuraban pasar la vida lo más livianamente posible.

El inquilino de fundo, mantenido sistemáticamente en estado de ignorancia, acostumbrado a la opresión, siente un respeto supersticioso por todo lo referente a la ciudad, cuyos diversos aspectos, aun los más tristes, le parecerán síntomas de superioridad. María entró en el prostíbulo de la calle Borja con la misma admiración respetuosa con que entra una señora americana en el *Louvre,* al llegar a París por primera vez. Todo la sedujo: el piano, las poncheras, el salón y especialmente el desparpajo de las niñas, tan diferentes de las mujeres que estaba acostumbrada a ver. Casi le pareció un lujo ser visitada en la noche por legiones de parásitos diminutos, cuando en el rancho de Aconcagua le chupaban la sangre las toscas vinchucas. Lo único que le parecía asqueroso era la facilidad con que las niñas se entregaban a los hombres; muchas veces pensaba que jamás, ni por todo el oro del mundo, se entregaría al sarnoso, al hombre sin nariz, o al otro de las costras que tanto éxito tenía en el prostíbulo. Si alguna vez debía tener contactos con hombres sería con un huaso robusto y sano de su tierra, con lindo chamanto y espuelas de plata; pero esto mismo no osaba decirlo porque le parecía un síntoma de inferioridad.

Las preguntas de Clorinda la dejaban perpleja. ¿Qué contestar? Reservada por naturaleza tenía en su cabecita un mun-

do aparte que le daba vergüenza revelar. Todos estos conflictos de su difícil situación pretendía resolverlos renunciando al mundo.

—¿Lo que yo pienso hacer?

Continuaba sonriendo con sus ojos francos. Si yo no pienso nada, parecía decir, "¿qué derecho tengo yo para hacer proyectos? Soy una chiquilla bondadosa que desea agradar". Pero bajaba la vista bajo el peso de este secreto que no quería soltar: su resolución de renunciar a las cosas del mundo...

Clorinda la invitaba a explicarse con una mirada tan maternal e insinuante, que su silencio llegó a parecerle una maldad. Al fin dijo:

—Yo no tengo ambición. Cuando chica soñé con una vida risueña y feliz, allá en *El Guindo,* el fundo de mis patrones, a los cuales llevaba fruta y huevos los domingos... La patroncita me recibía en el corredor... a veces jugaba conmigo...

Ese día lo esperaba con ansias toda la semana; al alba, cuando empezaba a clarear, los gallos cantando en todos los cortijos, montaba en la grupa de la yegua del padre, el taitita querido que llevaba las canastas; pasaban por unas alamedas larguísimas, cruzaban unos esteros sonoros, la fresca brisa del valle aconcagüino azotándoles el rostro...

—Yo era bien feliz, mire.

Inspiraba ternura su hablar meloso de muchacha ansiosa de agradar. Era ella la que ponía en diminutivo los nombres propios y hasta el de los guisos y otras cosas, convencida de que así probaba su cariño y las buenas intenciones de que rebosaba.

A cada silencio las mujeres quedaban mirando al suelo; les parecía que una vida nueva se les acababa de revelar. No se oía otro ruido que el gorgotear del agua cayendo del grifo en el pozo.

—En el campo se respiraba muy bien... No había tanta bulla, ni tanta gente... Era otra cosa. Y ella, ¿no había estado nunca en el campo? Sus patrones tenían lechería y una viña muy grande... ¡Ay, Clorindita, si pudiese ir para allá con usted y la Violetita para mostrarles todo!...

Al decir una viña muy grande extendió la mano como si

quisiese abarcar la tierra toda y su mirada quedó flotando sobre esa inmensidad entrevista en la infancia. Un minuto pareció embeberse en sus recuerdos, y luego, con nuevo empuje, volvió a lavar, diciendo gravemente:

—La viña llegaba hasta la cordillera.

Clorinda, enternecida sin saber por qué, preguntó:

—¿Quién te mandó aquí?

—La casa era tan chica... Cuando se casó mi hermana quedamos tan apretados que mi mamita resolvió mandarme a Santiago.

—Pero, ¿piensas quedarte aquí para siempre?

—No. En cuanto pueda buscaré otra colocación. Pero una está tan sola... Si en mi casa consintieran yo me entraría de monja...

Paró de golpe, como con miedo, pesarosa de haber largado su secreto. Un vaso se le desprendió de las manos haciéndose trizas en el suelo.

Clorinda soltó una carcajada que refrenó para hacer un gesto de compasión. Hizo una mueca la chiquilla, como si fuese a llorar, que le recordó instantáneamente la escena del llanto cuando el incidente de Violeta.

—¿Por qué lloraste el otro día?— le preguntó.

—Me dio pena la Violetita. En una casa así una no sabe lo que puede pasarle... Yo no conocía nada de estas cosas... Mis padres... creo que ni saben si existen... Allá en el campo la gente es muy formal; todas mis primas se han casado; mi hermana también...

La tocadora se puso de pie, con verdadera emoción, como consternada.

—Oye —le dijo en voz baja, como tratándose de una cosa misteriosa que debía quedar entre ambas—. Yo te sacaré de aquí y te buscaré un oficio bueno; tú deberías servir en la Alameda, donde la gente rica... Pero no creas... la Julia servía también en una casa con escalas de mármol y con coche... y aquí vino a parar... Los futres son muy diablos. Tú debías buscarte algo en el correo; yo tengo una sobrina en el correo...

Hablaba, hablaba, como cotorra, olvidando a cada nueva frase lo que había dicho antes, pero empezaba a sentir sin-

cero apego por la muchacha a la cual querría desde entonces como a su propia hija, convencida de haberle hecho un servicio con todas esas promesas que jamás se cumplirían. Volvió a lavar y, siguiendo su idea, dijo, sin quitar la vista del pozo:

—¿De monja? ¡No seái tonta, mujer! —María muy asombrada explicó:

—¿Por qué no?... El otro día pasaba por una calle lejana, más allá de la Quinta, en la dirección de Yungay... Por la puerta entreabierta de una iglesia vi luces y flores... escuché unas voces melodiosas... No pude resistir al encanto y entré... ¡Oh!... Tan tranquilo todo ahí... ¡un perfume!... ¡Ay, Clorindita! ¡Qué cantos y qué música! Dijo un discurso un curita bien dije, mire, con cara de imagen. Se me figuró estar leyendo una carta de lo bien que explicaba las cosas.

Clorinda quedó anonadada.

—Le diré a don Fernando que te busque algo...

María fregaba los vasos con aire distraído; recobraba su serenidad, contenta de haber abierto su corazón, de tener un confidente; a media voz se puso a entonar el refrán de remolienda que obsesionaba al barrio:

Me aconsejan que te olvide...
y no te puedo olvidar...

Clorinda no atinaba. Se erguía; volvía a inclinarse, miraba a la muchacha; reía y vuelta a ponerse seria.

¡Qué chiquillas aquellas! ¡Cualquiera las comprendía!... Violeta soñando con un principe y esta otra... ¡No!... ¡Para monja!

Cuando dieron las doce en el reloj de doña Rosa, la tocadora, ensimismada, pensaba todavía en esas enormidades cuyo verdadero sentido no atinaba a comprender.

María quebró otro vaso, como en el momento en que hizo su declaración estupenda. Entonces le pareció a Clorinda oír otra vez su voz suave: —Si en mi casa consintieran yo me entraría de monja.

XII

FERNANDO GANÓ LOS primeros días, es decir, le aprisionó el funesto engranaje del tapete verde que no suelta hasta saciarse. El dinero diabólico se esfumó sin haber servido para nada; ¡ni siquiera supo contentar a su querida!

Para ese imaginativo, enervado por las alzas y bajas del azar, la vida cambiaba de aspecto día a día. Cuando ganaba, la vanidad le nublaba la vista, emborrachándole; además, nuevas ansias turbaban su espíritu; la víbora del nomadismo le mordía las carnes, empujándole a descubrir horizontes más luminosos y más vastos.

La casa de la calle Borja empezaba a asquearle; le parecía haber caído a un hoyo, en una charca de la cual procuraría escapar al primer pretexto, pero al mismo tiempo comprendía que un poder mayor le amarraba a esos tabiques fétidos. Las ganancias le traían violentos quebraderos de cabeza: en esos momentos sentía con fuerza de obsesión el deseo de alejarse, dejar esa calle de hampones y granujas, ese barrio de prostitutas. Para no confesarse su impotencia, cifraba esperanzas en lo sobrenatural: un acontecimiento imprevisto que iría a libertarle; un golpe de fortuna ajeno al baccarat; un evento inesperado como ocurre en la vida de los marineros. Con estas visiones se tranquilizaba ese pobre obrero enervado que la decadente ciudad terminaba de corromper.

Egoísta y caprichoso, ponía el culto de sí mismo por encima de todo; no sentía escrúpulos en sacrificar a sus más próximos para gozar. Estaba harto de la hembra sensual, de aspirar su aroma lujurioso, de besar sus lunares tentadores, de hincar los dientes ávidos en su doble barbilla. Desde el momento en que fue suya le pareció una ligereza su amontonamiento: no tenía objeto. Toda la vida le pasaba lo mismo: por conseguir una mujer habría dado un mundo en cien ocasiones; la violencia de sus deseos le hacía creer que el amancebamiento podía durar para siempre: compraba muebles, trastos caseros; juraba constancia eterna; pero al despertar del primer encuentro erótico, amortiguado y deshecho, veía có-

mo todo no pasaba de ser un refinamiento inconsciente de sensual, una preparación voluptuosa para lo que terminaba forzosa y totalmente en un abrazo tremendo, un miserable abrazo carnal: dos cuerpos que se estrechaban furiosamente, transpirando, como para deshacer esa quimera, ese engaño que les acercaba cuando nada podía asociarles moralmente. Entonces miraba los muebles, los trastos caseros y un cruel desengaño llenaba su ser. Esto lo había experimentado con diversas mujeres, en el Norte, en el Altiplano y en California; en todas las tierras que había recorrido.

Sin educación ni método, con el carácter en estado salvaje, la vida se burlaba de él, poniéndole zancadillas al borde de sus abismos cuando menos lo pensaba. Siempre había empezado con el mismo furor sus amores para terminar lo mismo. Miraba atrás, y el cuadro desolador de sus aventuras le amenazaba con maldiciones; conciencias engañadas, honras ultrajadas. ¡Siempre la misma incomprensible sed, la enloquecedora sed de cosas irrealizables! Solamente una mujer habría podido dominarle; pero esa —es claro—, no le quiso. A menudo le asaltaba el recuerdo de ella: una yanquicita rubia de Los Angeles, que le llamaba: *The chilian devil.* ¡Cuántas veces la recordaba! Con ella pensó que habría podido establecerse. Limpia y metódica, era todo lo contrario de él y de cuanto había visto en su tierra: cosía, cocinaba, pintaba acuarelas y escribía a máquina. ¡Cuánto dinero habría ganado en la pulpería, en el Altiplano o las pampas con esa joya. Haciéndose consideraciones sobre educación social, achacaba sus males, en los momentos de desconsuelo, a la deplorable educación de las mujeres de su tierra.

La tocadora perdía sus cualidades: no trabajaba con el mismo tesón de antes, ni se componía con el mismo entusiasmo; sus chiquillos, como todos los candidatos de velorio de la localidad, iban sucios; las tareas caseras la hacían sudar, la sofocaban; el cuarto se llenaba de polvo; otra vez colgaban del techo las telarañas; enjambres de chinches invadían el catre nuevo; todo en su casa revelaba el descuido creciente que a ella misma hacía pesada y rechoncha, quitándole sus encantos.

Ya había entre ambos una barrera, pero Clorinda no comprendía los silencios obstinados de su compañero, sus meditaciones inesperadas, los suspiros ahogados en carrasperas rabiosas, las miradas aplastantes. El hombre caía en su hogar, aniquilado, como bestia perseguida, y permanecía embrutecido, mudo y hostil. Su nueva situación en el garito, sus nuevas amistades le hacían sentirse fracasado, hundido en ese antro de los amores brutales, él, que conocía la vida brillante que pasa en ruedas de goma por el Parque y la Alameda para terminar con la tonada de moda en el pretencioso Frufru.

Cuando perdía llegaba más tranquilo; hacíase hasta zalamero; se dejaba mimar y tomaba el té en el patio, admirado por las niñas. La pérdida le traía una especie de modorra espiritual; una calma relativa entraba en él cuando se esfumaba la única base en que sabía edificar ensueños de ambición. En esas ocasiones solía decirle Clorinda, abrazándole:

—Apuesto a que has ganado.

Pero palpaba sus bolsillos vacíos y se quedaba atónita. Decididamente la pobre mujer no comprendía una palabra de la vida...

. . . . . .

Cierta mañana llegó al prostíbulo, preguntando por el garitero, un hombre de tez rojiza, de grandes espaldas, de ademanes lentos y pesados. Hablaba con marcado acento extranjero. Todo en él denotaba al hombre de mar: sus velludos brazos con tatuajes, su manera de andar, inclinándose a derecha e izquierda como los barcos, y su *jersey* de lana azul con una ancla que los músculos del pecho inflaban.

Hizo una vuelta de inspección por los cubículos donde las niñas despertaban sin curiosidad y se *ocupó* con *La Choca* que le llamó: Mi gringuito precioso. Habituado a las casas de remolienda nacionales, donde gastaba su sueldo mes a mes, había adquirido las maneras melifluas y el hablar dengoso de la ramera, sin denotar afeminamiento; al igual de los rotos que se han hecho un modo de vivir especial al calor de

los prostíbulos. Destapaba la segunda botella de Pílsener, cuando apareció Fernando de una manera inesperada.

—¡Manuel! ¡Cómo has cambiado! ¿Qué te pasa?

Fernando llamó aparte al marinero y le dijo con gravedad: —No me llames Manuel; aquí soy Fernando Videla. El pasado ha muerto. ¿Oyes?

Se consideraron un rato, profundamente impresionados. En la cara del marinero apareció una expresión de bestia asustada, un sobresalto repentino y efímero, como de animal que se encabrita. *La Choca,* impasible, chinchoseaba con los ojos.

Pensaba el visitante que su amigo había cambiado totalmente; era otro: le veía más pálido, más fino, con lánguidos ojos de caballero.

Era una transformación completa del físico y la vestimenta que le dejaba perplejo. No por eso dejó de brindar aparatosamente.

Compañeros de correrías, cómplices de aventuras indecibles, camaradas del fondo de los barcos de carga, se miraban ahora con recelo, se desconocían: había entre ellos algo hondo y misterioso como abismo, algo que no acertaban a explicarse. A Fernando le agobiaba esa imagen que venía a resucitar su pasado de manera brusca, con la visión de sus ansias de miserable: el amigo, burdo, vulgar, grosero, le traía de su vida marina el recuerdo material, el lado amargo y triste de la lucha por el pan.

El marinero creía estar ante la sombra de un amigo.

—¿Qué tal?

—¡Tanto tiempo!...

Así dijeron no más y sus voces frías entrechocaron como cuchillos. Pero al cabo de un rato se pusieron a hablar con calor, recordando los tiempos pasados. Ante el asombro de *La Gloria,* entremezclaban en la conversación palabras inglesas pronunciadas con el acento nasal de California. Fernando procuraba revivir el lado pintoresco de su vida, que le parecía tan interesante y que le daba superioridad entre los obreros. Recordaron canciones extrañas, mujeres de otras razas, puestas de sol estupendas y viejas ciudades de raras costumbres. De esta manera perdieron el recelo que se ha-

bían mostrado al principio y empezaron a vaciar las copas con rapidez.

Ya borracho, el marinero hacía intentos para pagar, sacando un fajo de billetes, que enarbolaba, pero Fernando se oponía de manera magnánima y solemne, como en el garito cuando abonaba el golpe:

—Aquí no paga nadie: todo va a mi cuenta.

—*You are the same, you chilian devil,* rugía el marinero, recordándole el mote de la yanquicita, su amor fracasado...

La noticia de que había un gringo con plata empujaba hacia el salón los cuerpos abotagados de *La Gloria.* Las niñas iban a echar miradas furtivas, a medio vestir; algunas empezaban a peinarse. Doña Rosa salió de su habitación, atraída por el ruido de las frases extranjeras y se quedó bebiendo con los amigos, convencida de hacerles un honor. Le interesaba sobremanera la gente de mar; ella, nacida en Santiago, santiaguina toda la vida, era como antípoda de los marinos. Le parecía emocionante el encuentro en su casa de hombres que habían navegado juntos, que habían corrido tierras lejanas donde se habla otra lengua. Con las manos cruzadas sobre el dilatado vientre, lleno de pliegues como acordeón, suspiraba haciendo chillar el sofá cojo como ella.

—¡Lo que es la vida!

Las niñas iban llegando, empolvadas a puñetes, con chanclos o con las botas a medio abrochar; se sentaban por parejas, excepto Julia, cuyos éxitos inspiraban envidia y recelos. Clorinda apareció encantada de sí misma, con su mejor blusa: la de seda roja con encaje en las mangas y el cuello; saludó al marinero con ese modo siútico de las señoritingas que desean parecer distinguidas, y se fue al piano.

Las notas violentas y provocantes de la cueca, cuyo estribillo era la obsesión del barrio, se desgranaron en el aire. El marinero se levantó de un salto, como si el primer acorde le diese un chuzazo en el trasero, pero las niñas permanecían impasibles, pegadas como con cola en todas sus partes a las sillas o al sofá. Esas mujeres sin miedo ni delicadeza, hechas a todas las salvajadas, en roce con los más bestiales individuos, tenían la coquetería de la pasividad; fingían la timidez para mostrar algo femenino. Incapaces de moverse y de ha-

blar, sin ánimos para matar una mosca, fruncidas y rígidas, esperaban que fuesen a convidarlas para bailar, lo que hacían con la vista baja, el paso tímido y la cara compungida, llenas de remilgos y melindres. Era preciso un largo flirt para congraciarse con cualquiera de ellas.

El marinero fue sacándolas por turno; primero a *La Choca,* que bailaba mostrando apenas los pies, ocultos bajo el enorme ruedo de la falda tiesa y crujidora, haciéndolo todo con las manos o, mejor dicho, con el pañuelo que subía y bajaba lentamente. El daba saltos, arqueaba el busto o se ponía de rodillas, inflándose su parte posterior como si fuese a reventar el pantalón, mirando todo el tiempo en los ojos de una manera terrible a la compañera. El ruido, lo animado del baile y esas caras fieras e incitantes eran una cosa para alarmar a cualquiera que no tuviera la costumbre.

La cueca es una alegoría sexual y sanguinaria de la fusión guerrera de dos razas. Por eso se siente resonar el tambor de Castilla y el chivateo de Arauco; es la constante persecución del europeo a la india, que en la última figura de la danza se entrega bajando los ojos, simulando hasta el último una resistencia desganada y silvestre. El marinero bailaba con *La Choca* formalmente, como sintiendo el rito nupcial. América está siempre ávida de Adanes blancos. Los brazos tatuados, brutales, del bailador, justificaban el sobrenombre de *Marinera* que tiene la cueca en algunas tierras adonde llegó sin duda a bordo de veleros coloniales.

La Choca era la Eva ocre ansiosa de mejorar la prole.

Doña Rosa tamboreaba, gritando al mismo tiempo huifas y rehuifas de manera especial, secreto que creía poseer ella sola. Le daba fama entre cierta gente y era motivo de orgullo. La Ofelia tenía otro modo de tamborear, aprendido en el campo, un modo quillotano, inimitable, pero que sólo daba resultado en el revés de las guitarras. Presumían todas de lo mismo, creyéndose cada cual maestra en ese arte ruidoso.

Eran las dos y media y nadie hablaba de comer; la remolienda había empezado con tanta furia que nada la atajaría hasta la mañana siguiente; el alcohol les hacía briosos y las horas se deslizaban sin sentirse. La criada preguntó por ter-

cera vez si querían las viandas, pero nadie le hizo caso; entonces, muerta de hambre, con retortijones en la barriga, se echó al cuerpo medio litro de vino nuevo, agarrador.

El Pescante se adhirió a la fiesta y, tan continuado era el vaivén de las bandejas con las copas rebosando que, en media hora, ya estaba borracho. Habían cerrado la puerta de la casa y la consigna de María era impedir la entrada de otros visitantes, con la excepción de un maquinista y del *Harnero,* el mozalbete picado de viruela que doña Rosa toleraba como una soberana al bufón, porque enloquecía de gusto a las niñas con sus travesuras.

La Ofelia, al mismo tiempo que golpeaba las manos, seguía con el rabillo del ojo el tamboreo de la patrona y rabiaba en su interior por no tener una guitarra. Clorinda se había puesto a tocar *Las Bolivianas,* lo cual era buen signo... Las niñas se miraban rebosando dicha; la Rosalinda le guiñó un ojo a la Julia, como diciendo: esto va a durar.

—¡Mira qué bien vendría ahora una cazuela! —dijo Etelvina, cuyo poderoso organismo empezaba a pedir alimento.

—Una buena cazuela de ave y un jarro de vino litriao.

Al decir esto *El Pescante* hizo sonar la lengua contra el paladar de manera tan expresiva que todos sintieron hambre.

La cueca había terminado; el marinero abrazaba a *La Choca* que parecía un muñeco moreno entre sus brazos velludos. Todas aprovecharon la tregua para mirar a doña Rosa, anhelando el sí respecto a la cazuela, que se les había metido en la cabeza colectivamente, como por espiritismo. María escuchaba desde la puerta, entusiasmada y nerviosa, ya con tres vasos de chacolí en el estómago. Era la primera vez que bebía, forzada por el hambre y el calor. Se sintieron golpes en la puerta, acompañados de un largo silbido, característico y común en el barrio. María fue a abrir y entró como un chiflón el individuo picado de viruela, diciendo tonterías que los hacían reír y a todos por costumbre.

—En *El Hospital* —dijo— han muerto tres niñas de pura envidia; empezaron a revolcarse por el suelo echando espuma por la boca y se quedaron tiesas. Así, añadió, estirando un brazo flaco y trigueño.

María rió, haciendo un aspaviento sin gracia, mientras las

niñas, riendo también, ofrecían un trago al visitante, peleándose el honor de convidarle. ¡Cómo se iban a divertir ese día!

—Hace un mes que no empiezan temprano en *El Hospital* desde que iban los bachichas. ¿Te acordái? —preguntó Laura.

—Cómo no, niña.

La idea de que ellas gozaban mientras el otro prostíbulo estaba vacío, las halagaba.

Clorinda, que no daba tregua cuando bebía, se puso a tocar *El canario,* cueca dulzona y melodiosa. Entonces bailaron todos, menos el marinero, que se fue derechito a tamborear en la tapa del piano, cosa que hizo de manera inusitada y maestra, despertando curiosidad y envidia en las niñas. Nunca habían oído un tamboreo tan hábil: sus manos parecían matracas siguiendo la música y el canto paso a paso, redoblando en los compases marcados y cambiando en las vueltas. La patrona dejó de tamborear, movió de un lado para otro su cuerpo voluminoso y lanzó tres resoplidos desesperados como locomotora descompuesta. El baile cobraba un encanto nuevo con ese acompañamiento diestro. Cuando paró Clorinda todas las miradas fueron para él.

—¿Te fijaste, niña?

—¡Bueno el gringo bien encachao!

La Julia sufría cada vez que alguien despertaba elogios, así fuera hombre o mujer. Se quedó mirando con expresión hostil al inglés y respondió:

—A mí no me gusta. Con esas patas tan largas parece zancudo.

Cuando llevaron la cazuela estaba la fiesta en su apogeo: los grandes jarros de lavatorio con el vino nuevo fueron colocados solemnemente a ambos lados de la olla humeante, sobre la mesa que presidía doña Rosa, cucharón en mano. La borrachera galopante se había enseñoreado de todas esas cabezas indómitas, en las cuales la música despertaba deseos feroces. *La Choca,* con un mirar vago y una expresión inexplicable, había dado por repetir una y otra vez, haciendo melindres:

—¡Tan lindo mi bichicuma![1].

Clorinda había llevado a Violeta y Esmeraldo para convidarles de su propio plato. Las papas calientitas y el ají del gran guiso nacional sabían a gloria, llamando naturalmente al chacolí que nunca había caído mejor. Esmeraldo comprendía que todos estaban alegres, que ninguno era dueño de sí mismo, y le daban ganas de ponerse al nivel de los otros con una fuerza irresistible que le picaba en la garganta a cada cucharada, haciéndole fijar la vista en los jarros de vino. Violeta miraba a María, divertida hasta el entusiasmo por el paso vacilante de la sirvienta que se iniciaba en el culto nacional al Dios Baco. El marinero hacía relaciones de sus viajes, mintiendo sin reparo en ese medio ignorante, poniendo de testigo a Fernando que le miraba de soslayo. Con detalles fantásticos narraba un viaje al Japón, que terminaba novelescamente con el robo de un ídolo de oro en Nagasaki.

—¡Un ídolo, niña!

—¡De oro, mira!

—Lo tengo enterrado en el Norte, en un sitio que yo no más conozco —terminó el marinero.

A Esmeraldo le pareció eso más interesante que los cuentos de la Etelvina; la miró como con lástima, tan torpe y vulgar como se veía en ese momento, al otro lado de la mesa, haciendo estragos en una presa blanca.

—¡Si yo fuera joven —dijo doña Rosa, suspirando, cuando nadie esperaba que hablase—, me acostaría con este hombre nada más que por la manera cómo habla!...

La Etelvina se tapó la cara para ahogar su risa. Las otras niñas miraron al marinero riendo estrepitosamente. El hombre nada dijo, ensimismado en la idea del ídolo y de Nagasaki, ambas cosas que hubiera deseado ver de buena gana, lo mismo que su auditorio.

En ese momento María corrió a la puerta que golpeaban con fuerza.

—Abre si es el maquinista; a ningún otro, ya lo sabes —dijo la patrona.

Se escucharon pasos en el pasadizo y casi al mismo instan-

[1]Proviene de la expresión inglesa beach-comer.

te se dibujaron unas sombras detrás de la mampara. Entraron en tropel los hombres de la ley.

¡La Comisión!

La vista de los llamados representantes del orden provocó un trastorno. María avanzaba espantada; doña Rosa se llevó una mano a la cara y se santiguó; en tanto Clorinda tropezaba con Violeta y caía por el salto que daba para arrancar con los chiquillos. Esmeraldo se escabulló como fierecilla, echando miradas furtivas y dando saltos de gato montés. Todos se habían puesto de pie, menos Laura y la Julia que no se incomodaban por nada. ¡La comisión! escuchábase como un eco en voz más baja.

Cada vez que llegaban se producían las mismas escenas de espanto y violencia que nada justificaba. En el peor de los casos, después de cobrar las multas, los policiales se adherían a la remolienda sin objetar ninguna cosa y sin importarles un ardite lo que pasaba en el prostíbulo. Pero les tenían un miedo supersticioso porque esas incursiones podían reservar sorpresas cuando cambiaba el personal, o cuando alguna campaña de prensa obligada al Prefecto a escoger algún burdel para que pagase por todos.

El primero que apareció fue un hombre alto, mal encarado, que *El Pescante* conocía. Miró el manjar llamativo y apetitoso sobre la mesa y los vasos de vino; se sonrió. Fernando se desentendía del asunto; él y su amigo se retiraban.

—Estas son leseras. ¡Siempre encontramos aquí a los chiquillos de la Clorinda!... —dijo otro de los agentes.

Era un hombre pachacho. Le tenían por astuto entre los policiales. Se jactaba de cobrar más multas que todos sus compañeros juntos.

Fernando se puso colorado; *El Pescante* negó rotundamente que hubiesen estado ahí los menores, aunque comprendiendo que la observación era pura fórmula.

Las niñas sintieron que la fiesta se aguaba y hacían gestos al *Harnero* que estaba metido bajo un catre, porque era menor y pesaban sobre él tres condenas.

Poco a poco renació la calma; los encargados de hacer cumplir la ley se pusieron a devorar la cazuela con naturali-

dad, apenas con asomos de ironía, como pensando que el plato lo habían preparado especialmente para ellos.

La criada, que no podía más de hambre, se puso valientemente al lado del individuo grande, mal encarado, que la miró de manera cínica y tomándola seguramente por lo que no era, pues le echó un brazo alrededor de la cintura. Rendida la muchacha, hambrienta, con el chacolí que le turbaba las ideas, dejó posarse sobre su corpiño la mano judicial.

Las niñas, siguiendo su ejemplo, fueron cayendo sobre las sillas como moscas, temerosas del apego que la gente de la ley mostraba a las presas de gallina.

La animación renacía y el miedo a los policiales se iba del todo. La Etelvina echó dos cucharadas de caldo en una taza y corrió a donde estaba *El Harnero* que empezó a tomarlo regocijadamente bajo el catre.

Fernando era el único que permanecía impresionado; el desparpajo de los agentes corrompidos, en su propia casa, le espantaba los vapores del alcohol, llenándole de rabia y asco; de buena gana les hubiese echado a puntapiés.

La mano del policía violaba el pecho virgen de la criada, cosa que a ninguno llamaba la atención. La chiquilla se dejaba hacer por fatiga, por miedo a la autoridad, por el hambre que la doblaba sobre el plato, por el mareo de sus sentidos y porque aquello era fatal.

Cuando el marinero se despidió, Fernando le condujo hasta la puerta, y, como le mirara alejarse haciendo eses, balanceándose como los barcos, le pareció que había hecho una gran tontería al dejar su vida de marinero, de aire libre, de correrías en tierras extrañas, para apegarse a la casa del pecado.

XIII

CIERTA MAÑANA LE llevaron a Fernando una carta lacrada y con sello de la Sección de Seguridad. Le citaba el Jefe de ese departamento policial a las cuatro de la tarde del mismo día. Inútilmente trató de adivinar el motivo para tan extraña cita, hasta la hora en que se despidió de Clorinda. Entre las niñas causó

una explosión de habladurías esa carta que pasó de mano en mano antes de ir al destinatario, porque el cartero, que cortejaba a Julia, hacía largas estaciones en *La Gloria*.

—De la policía, mira —decía una, mirando el sobre al revés y palpando el redondelillo de lacre que le parecía de dulce.

—Ya se enredó el otro...

—Tan grande el sobre, ¿no?

Fernando dijo a su querida, con suficiencia, dos minutos antes de partir:

—Cosas de la política; mi situación ¿no? Pero inútilmente trataba de ocultar su nerviosidad, excitada por los comentarios torpes o perversos de las mujeres.

Se fue a pie por la calle Matucana para tomar el tranvía en San Pablo. Trenes y tranvías tienen su cauce paralelamente al medio de la calzada hasta Yungay. En un lado la Quinta Normal mostraba sus árboles transidos de polvo y tedio como mirada legañosa de la naturaleza, y se veía el Museo Nacional, en ruinas, con una estatua de mujer que vigila un jardín desierto.

Caminando lentamente experimentó un extraño y desconocido malestar, como si la luz le hiciese daño en el cerebro, su cuerpo estaba exangüe y parecía que toda su vida se le concentraba en la cabeza; sentía las piernas flojas, todo su cuerpo desde el cuello para abajo como vacío, pero lo más molesto era el hervor del cerebro. Llegó un momento en que creyó caer al suelo; se arrimó a una puerta; ideas negras y desconocidas llegaron de improviso a su mente, como bandada de pajarracos. Tuvo miedo de hacer el ridículo en su propio barrio, desmayándose como una mujer; se vio en la imaginación rodeado de curiosos, tendido en la vereda con un trapo sobre los ojos; entonces le dominó el coraje y la vanidad; pensó que no debía sentirse así, él, cuya salud era proverbial, cuyo estómago digería clavos, que sabía ocultar el dolor y que ahuyentaba sus males por la indiferencia que les mostraba. Pensó en la realidad, en Madroño, en su porvenir, en el dinero que ganaba y en las relaciones brillantes que hacía, en la cita de esa tarde. Esto le reconfortó sobremanera, al punto que algunos minutos después caminaba co-

mo en los buenos tiempos, alta la cabeza y el pecho inflado, achacando el accidente al sol excesivo.

Los carretones iban y venían entre las nubes de polvo, haciendo saltar los adoquines, puesto a flor de tierra con toda intención. Era divertido ver cómo se movía toda la calle, cual un mar, de un lado a otro, al paso de cada uno de esos carromatos con resortes problemáticos. ¡No había roto por esos contornos que no tuviese en casa su par de adoquines callejeros sobre las brasas, para poner la tetera o el tarro!

Los transeúntes escasos rozaban las veredas para librarse del mordisco del sol, pero los carretoneros, al medio de la calle, sin camisa ni chaqueta, con espuelas en los pies desnudos, sonreían al aire abrasador. Eran admirables porque revelaban una vitalidad desordenada y brutal.

El aspecto callejero lo consideró Fernando de una manera nueva e intensa que le llenó de coraje; se sintió apto para batallar y entró en una tienda de vinos diciéndose para sí: ¡Entre ponerle y no ponerle más vale ponerle! exclamación tunante o tabernaria, propia de la gente bravucona, que se oía en todas las remoliendas.

Cuando salió, el tranvía esperaba en la esquina de San Pablo; algunos obreros y dos mujeres con canastas subían a la imperial mientras el conductor payaseaba con la cobradora en el interior. La cobradora era una mujercita delgada y nerviosa. Representaba unos diez y ocho años; bonita, con sus ojazos sensuales y su boca diminuta y roja; sucia, pero apetitosa como breva caída en la tierra, hacía una revolución entre los rotos de la imperial cada vez que subía a cobrar. En cuanto partió el tranvía empezó a oírse el barullo de arriba: las risas de los rotos y las protestas de la muchacha.

—¡Déjese! ¡Asqueroso no más! ¿Quiere que llame al guardián? ¡Roto atrevido!

Pero bajó de la misma manera como había subido: sonriendo con su risa pasiva de tonta bonita, arreglándose el jubón que marcaba sus senos duros, pero pequeños, con ese gesto desmayado que era uno de sus atractivos.

Fernando pagó y se puso a mirarla con atención, porque una idea aguda había entrado en su cabeza y le preocupaba:

"Esa mujer sería ramera"; otra voz en su conciencia le decía: "¿Por qué, cuando hay tantas mujeres sensuales que son buenas esposas, que guardan su ardor para el marido?..." Pero la primera idea triunfaba: "Esa mujer acabará mal".

Se veía que era virgen esa muchacha de voz aflautada, con pechos pequeños y erectos como medios limones, y caderas angostas. "¿Por qué ha de acabar así?" volvía a preguntarse Fernando, siempre seguro de que esa mujercita sucumbiría. Dando vueltas a sus recuerdos, buscando la causa que le llevaba a esa conclusión radical, una reminiscencia luminosa brotó en su cabeza: recordó las bodas populares en California, paseando su cortejo risueño por las calles de un pueblo limpio y feliz: nunca había visto en Chile una boda popular, mostrándose triunfante al público; sería por eso que la pobre empleadita acabaría de ramera; porque nadie fomentaba en su patria el matrimonio de los plebeyos; porque la boda pobre era cosa inusitada, hecha a escondidas; porque el noviazgo de la criada o la obrera escandaliza a los amos. No sabía él que, además, existe la enormidad de las leyes insuficientes respecto al matrimonio; judicialmente no es válido el casamiento religioso, y el civil no es obligatorio. Había pensado en el problema a su manera; con toda naturalidad y en forma cruda, pero sin emoción, como no fuera por sí mismo, al sorprenderse filosofando sobre asuntos graves; él, pobre plebeyo sin familia ni instrucción, hijo de su esfuerzo.

Cuando el tranvía llegó a la plaza donde está la cárcel, miró a la muchacha una vez más, tan bonita, con su canotier clavado en la mata de cabellos negros con dos alfileres largos. Sonreía con su expresión simple. De golpe consideró las cualidades de las mujeres de su raza, sin maestro, ignorantes, crédulas y sin voluntad, pero alentadas y cariñosas, enamoradas y tiernas. Al ver a ésta, haciendo ese oficio que en otras tierras desempeñan los hombres, expuesta a las asperezas del roce con la plebe, sintió ternura. Bajando del tranvía pensó por primera vez con tristeza en la Ofelia, con sus costras repelentes, en la Laura, tísica, y en la Catita, tan corrompida y hedionda.

Llegó diez minutos antes de la hora señalada. Frente a

la puerta de la Sección, detrás de la cárcel, esperaba una reluciente victoria con soberbios alazanes, cuyo cochero creyó reconocer. Era, en efecto, el carruaje del señor Madroño. Le saludó el cochero, bello tipo moreno, seductor de criadas, afeitado y musculoso como él, pero más insolente, con su librea, su sombrero de copa con escarapela de fantasía y sus botas apretadas y brillantes. Decía cosas brutales a cada mujer hermosa que pasaba, sin perder la rigidez en el pescante, sujetando a cada minuto a los animales, demasiado nerviosos, excesivamente alimentados, que estiraban los hocicos y piafaban haciendo esfuerzos por salir trotando.

Preguntó la hora y entró. Un policial le detuvo de manera terca, pero cambió de actitud al ver la carta que le daba cita y le dijo que aguardase unos minutos. Se sintió molesto sin saber por qué. Acomodándose en un banco tosco y ordinario vio frente a él, en un banco parecido, dos niños y una mujer con el rostro compungido, que ocultaba la boca con un pañuelito de color. Recordaba haber experimentado la misma sensación molesta de ese momento en Bolivia, minutos antes de que le hicieran una operación en el vientre.

En las cárceles, prefecturas y tribunales, se liquida o resuelve la vida violenta del pueblo.

A cada momento entraban o salían empleados policiales por una puerta a la derecha del pasillo. Un hombre plebeyo salió con el sombrero en la mano, y detrás de él un señor de aspecto distinguido, alto, de barba, ante el cual se cuadraron militarmente dos guardianes. Fernando se puso de pie, comprendiendo que era el Jefe de la Sección. La mujer frente a él, se levantó llorando, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¿Cómo era la caja?— preguntó el jefe.

—Cuadrada, con adornos de bronce —dijo la mujer—. Grande, con guarniciones de bronce y claveteada— dijo el plebeyo, que pronunciaba con dificultad la palabra guarniciones, aprendida dos días antes ahí mismo, de un subalterno que estaba por la gramática (antes decía puntas).

El señor de barba les encaminó por el fondo del vestíbulo y entraron los tres en otro gabinete más distante; cerraron la puerta, pero esto no impidió oír los sollozos de la mujer. La

puerta se abrió al cabo de un rato y salió el jefe leyendo un papel arrugado, con atención. Al pasar junto a Fernando se detuvo bruscamente y preguntó a boca de jarro:

—¿El contratista del Popular?

—Sí, señor.

Sonrió. —¡Ah!— dijo, como si súbitamente recordase cosas olvidadas, y le hizo pasar al otro gabinete a la derecha del pasillo.

Fernando recuperó su aplomo y entró.

Ahí estaba el gran Madroño, su señor, como lo había previsto, cómodamente recostado en un sofá de marroquí granate, entreteniéndose en hacer humo y cenizas un voluminoso habano. El jefe de la Sección entró tras él y se acomodó en la silla del escritorio, en actitud expectante, con las manos sobre el pupitre; se miraron los dos de manera particular, como infundiéndose ánimos para la realización de un asunto que ya habían discutido mucho hasta en sus menores detalles: "Verá usted como todo se arregla de la mejor manera", parecía decir el policía al político.

Fernando adivinó por instinto que el asunto era bueno y de provecho para él; saludó a su protector con la sonrisa franca y simpática de los momentos felices, mostrando sus grandes dientes blancos que no conocían pastas ni cepillos. La molestia y toda sombra de malestar habían desaparecido; firme sobre sus dos pies esperaba los acontecimientos, seguro de sí mismo.

—¿Qué hubo, amigo? —le dijo don Pantaleón, fraternalmente.

—A sus órdenes, mi patrón —le respondió Fernando, con un tono que sólo en Chile se conoce, con la sonrisa maliciosa, pero revelando que se entregaba en cuerpo y alma.

El Jefe de la Sección de Seguridad sonrió alegremente, pasándose una mano por la barba con deleite. El hielo de la etiqueta había desaparecido al roce de ese saludo insinuante, lleno de cosas misteriosas (Cuando un roto le dice "mi patrón" a un caballero es porque está dispuesto a servirle en cualquier forma; en el caso que relatamos equivale a: "seré su cómplice").

El gabinete era espacioso, con el techo elevado, un cuarto colonial, severo, con barrotes gruesos en las ventanas enormes por las cuales se podía apreciar el grosor de las paredes. Entre las dos ventanas había un retrato de don Ramón Barros Luco, de cuerpo entero, y más abajo unos recortes de *Zig-Zag* con una narración escandalosa de asesinato y adulterio, ilustrada con una fotografía terriblemente realista de trepanación; puñales, manoplas, laques y chocos, pendían de la pared en el testero principal. En el espacio libre, arriba de la puerta, veíanse fotografías de criminales, pegadas con goma y un recorte de periódico ilustrado, mostrando la llegada del gran premio de septiembre; también una reproducción del retrato fantástico de Bonaparte, pasando los Alpes, por David; un plano complicado, pretendiendo demostrar la manera para aprovechar las olas como fuerza motriz, y, más abajo, estatutos de la sociedad establecida para explotar comercialmente el invento. Sobre el gran escritorio, a ambos lados del tintero imperio con cabeza de Napoleón, había retratos con marco de metal plateado, uno grande del campeón nacional de box, recio y musculoso, peinado *a la carré;* otro de un pariente del jefe y un grupo de empleados superiores de la policía y algunas señoras, después de un almuerzo en Ñuñoa.

Es común que los caudillos americanos manifiesten amor a Napoleón, no porque fuera legislador, probo, organizador, económico —cosas que ignoran—, sino por el aspecto legendario. Existe un Napoleón mujeriego, amatonado, para los mandarines azafranados de estos pagos.

El señor Madroño se preparó para tomar la palabra, echando voluptuosas bocanadas de humo, mirando al techo con aire soñador, buscando la manera más adecuada y natural para empezar. La fisonomía del jefe reveló que permanecería expectante: habían acordado cuál de los dos enunciaría la cosa. Corrieron algunos segundos sin que se oyese palabra, hasta que se irguió en el sofá y preguntó resueltamente, dirigiéndose a Fernando:

—¿Con cuántos niños decididos puede contar en un momento dado?

A Fernando le pareció caer de la luna, tan inesperada

era la pregunta, pero sintió que un alegre cosquilleo cabrilleaba por las fibras de su cuerpo.

El jefe de la Sección se miraba la cadena del reloj, que había tomado con las dos manos. Fernando tardaba en responder.

—¡Vamos, hombre! ¿Que no tiene aniñaos en el Popular?

Al expresarse así, Madroño se creía un hombre superior: sabía hablar como la gente maleante a los rotos de Santiago, de la misma manera como se hacía el rústico en su fundo de las Pataguas o en el Tattersall cuando compraba bueyes.

El jefe quiso explicarse, pero Fernando no le dio tiempo, diciendo en el acto que tenía a sus órdenes cinco sujetos capaces de todo.

El señor Madroño hizo crujir el sofá, revolviéndose para reír a sus anchas; sabía de antiguo que en el Popular, como en todos los garitos de la capital, amparaban matones de la peor especie, verdaderos bandidos capaces de todo, que servían para aterrorizar en provincias durante las campañas electorales y que el Prefecto utilizaba en sus tenebrosas combinaciones, pero la respuesta de su protegido le regocijaba dándole ánimo al mismo tiempo. Era de los que consideran al roto chileno superior a los plebeyos de otros países americanos por su astucia, pillería, resistencia para el trabajo y lealtad a los patrones.

—¿Conque son cinco?— preguntó—. ¿Cómo se llaman? ¿Tenemos todavía a Valdivia? (dijo Valdivia deleitándose, de manera pausada, como paladeando cada sílaba).

—¿Valdivia? ¡Ya lo creo! Pero tengo otro mejor: se llama Benson, es hijo de inglés; le conocí en Oruro, en un circo donde hacía de acróbata; se vino de masajista de una vieja rica.

—¡Benson! —repitió Madroño pensativo— ¿Aquél de la rubia Trottmann? ¿El boxeador?

—El mismo.

Los tres hombres se pusieron a pensar en la hermosa aventurera que todo Santiago conocía. Después de un momento el señor Madroño volvió a su idea.

—Benson, Valdivia... Necesitamos cinco, lo menos.

—Proporcionaré a usted cuantos sean necesarios, patrón: no se apure por eso, dígame no más de qué se trata.

Madroño chupó rápidamente su cigarro, cinco o seis veces, porque se apagaba, encendió un fósforo y, como estaba de espaldas a la luz, su ancho rostro sardanapalesco pareció iluminarse por dentro como si fuese máscara traslúcida; después quedó envuelto en nubecillas azuladas con vetas de ámbar.

—Se trata —dijo, con aplomo— de provocar un desorden mayúsculo en el Sporting: que esos niños se presenten ahí separadamente, como pacíficos socios, para, a lo mejor, cuando esté en su apogeo la partida, simular una disputa que degenere poco a poco en pelotera que alarme a todo el barrio hasta provocar la intervención policial.

Dijo todo esto de un tirón y sin emocionarse. Fernando no pudo menos que sorprenderse viendo tan cínico y seguro de sí mismo en la circunstancia al hombre que tanta gente tenía por un modelo de caballero y político, pero el proyecto y esa misma sorpresa le llenaban de júbilo.

El jefe de la Sección de Seguridad meneó la cabeza de arriba abajo en señal de aquiescencia.

—A la hora de la salida de los teatros —dijo el garitero.

—Eso, eso.

—¡Magnífica idea! —exclamó el jefe.

Durante unos segundos se quedaron pensativos los tres: Madroño y el policía consideraban sincrónicamente la prontitud con que habían salido del apuro, gracias a la sindéresis del plebeyo; éste pensaba que había consolidado para siempre su amistad con el político. De la calle, casi solitaria por el calor, no llegaba un ruido a ese gabinete sombrío, de anchos muros y ventanas hundidas; se escuchaban los potentes soplidos de la respiración del caudillo de timbirimbas cuyo vientre pletórico bajaba y subía compasadamente.

—Tú darás las instrucciones para el asunto, sin mencionarnos para nada —dijo, irguiéndose un poco para arrojar la ceniza del cigarro, que amenazaba caerle sobre la barriga.

—Claro pus, patrón, ¡cómo se le va a ocurrir!

—Es preciso que toda la calle se entere; un desorden mayúsculo, con tiritos y todo. ¡Que se grite mucho!

El jefe terminó la frase:

—Que se grite desde los balcones: ¡Aquí nos roban! ¡Juegan con naipes marcados!

—Eso, eso.

—Mientras Benson apaga las luces, Valdivia y los otros...

—Sí, sí... ya lo sé, no me digan más.

Hubo otro silencio más largo, que interrumpió el garitero para decir cuán desastrosa era para el Popular la competencia del Sporting: todos los jugadores gruesos se iban allá —¡Hasta los alemanes de la tracción eléctrica, señor!

Esta última declaración incomodó visiblemente a Madroño, que sólo mostraba nervio en la defensa de sus intereses personales y que consideraba intangible esa renta debida a su situación en la política, conseguida con tanta maña.

—Es preciso que destruyan el material.

—Sí —dijo el jefe—, la cosa debe hacerse guardando las formas.

—Sobre todo la naturalidad.

—No me diga más, señor —dijo Fernando, aflautando un poco la voz en tono de súplica, como herido en su orgullo por tantas explicaciones, cuando todo lo había entendido a la primera insinuación—: Pasado mañana no abrirá sus puertas el Sporting —declaró—, pero temo una cosa que no debo ocultarles, una sola: la presencia de Barone y de Cañas... ¡Esos no se la tragan ni a tarro!

—¡Ja, ja, ja! —rió Madroño, y dijo—: Está previsto. No somos de las Monjas. Esos están presos desde ayer.

El garitero se puso a mirar con beatitud la figura gordinflona de su protector: sus ojos llenos de malicia, cuya expresión procuraría imitar en la calle Borja; sus barbas frondosas y su ventrosidad abacial. Le parecía que estaba delante de un semidiós, y, acordándose repentinamente de *La Gloria,* sintió además una gran admiración por sí mismo que de los sucuchos de la sociedad se elevaba hasta los gabinetes suntuosos, para departir sin etiqueta con los hombres dirigentes, necesitados de sus servicios. Le pareció que su porvenir quedaba definitivamente asegurado, lo cual hizo palpitar en él una sensación jubilosa, ya experimentada, aunque no con tanta

fuerza, que le hacía creerse corporalmente aligerado, como si perdiese la materialidad para irse volando (¿Un éxtasis?)

Madroño creyó necesario hablar de otra cosa para darse importancia, fingiendo indiferencia por el asunto que acababan de resolver; le pareció que lo mejor sería hablar de mujeres; eso "viste" ante los rotos; además, Fernando conocía sus enredos extraconyugales.

—¿Qué se ha hecho la rubia Trottmann, ya que hablamos de ella?

El policía irguió la cabeza y se acomodó el bigote. Todo lo referente a hembras de vida liviana le hacía facundo: era su especialidad; así, pues, respondió como por obligación, largando las frases a chorretadas.

—Ha cambiado mucho; lleva ya un año de vida campestre... Nadie la reconocería: tan gorda está como la Cristina... Ha cobrado afición a los buenos filetes, la cerveza y las empanadas. Tuvo un hijo, pero está macanuda como siempre.

—¿Parió la gringa?

—Obra de Benson, señor, pero oiga: una noche, enfurecido por los celos y con trago, agarró a la guagua por las patitas y le azotó la cabeza contra la muralla.

—¡Qué bruto! ¿Le haría daño?

—La hizo charqui, señor, porque además la *patió*.

—¿Lo supo la policía? —preguntó Madroño olvidando que hablaba con uno de sus altos funcionarios.

—El Prefecto lo sabe todo —dijo con superioridad el jefe de la Sección—. Esos niños tienen cuentas pendientes, lo cual nos permite eliminarlos cuando molestan, como hemos hecho con los del Sporting.

Fernando comprendió el alcance de esa declaración imprudente, y a pesar de que ya casi se sentía incorporado al círculo que disfruta y que medra, se puso a rascarse el cuello en la parte donde tenía las cicatrices, con aire embarazado.

El cigarro de Madroño se apagó; volvió a encenderlo y nuevamente su rostro pareció máscara traslúcida; pero, a pesar de cuanto sabemos de su vida pública y privada, y a pesar del reflejo flamígero, nada de endemoniado mostró esa cara

sin energía, de funcionario decadente, encumbrado por un simún de injusticia.

Un demonio revela fuerza, voluntad, y en ese hombre se notaba todo lo contrario: se veía que era un instrumento pasivo de la máquina letal, elegido fraudulentamente por otros mandarines de alma podrida, organizadores de la desorganización, interesados en perpetuar un desbarajuste.

Mirándole la parte de los cachetes, envueltos en grasa fofa, Fernando sintió con fuerza el deseo de una vida muelle y poltrona, que era casi imposible en su temperamento y además le pareció que el gran Madroño era menos complicado y hábil de lo que se imaginaban los santiaguinos... Él se había representado de otra manera a los caudillos...

El jefe de la Sección hizo sonar un timbre y a los pocos segundos un policial abrió la puerta, cuadrándose militarmente y con aparato, al medio de la sala, mirando a su amo en los ojos con la expresión fiera, como manda la disciplina prusiana.

—Trae tres botellas de cerveza.

—De cerveza "Valdivia" —dijo Madroño, acentuando de manera particular la palabra "Valdivia".

El jefe y el garitero celebraron con sonrisitas halagadoras el chiste.

XIV

FERNANDO CAMINABA lentamente hacia la calle Borja; iba malhumorado y pensativo. Había pasado una semana desde la entrevista famosa. El negocio se aplazaba. Al principio pareció sencillísimo, un juego, y de pronto cambió todo. *El Copucha* y Valdivia andaban en provincias; un periodista de *El Ilustrado,* con manifiesta intención, observaba los manejos de los gariteros. Hay que esperar, le decían sus amos en tanto el *Sporting* se llenaba y el Popular pasaba vacío. Él sólo se halló capaz de arreglar el asunto, pero el policía se lo impidió. En su afán de dinero había tallado y perdido. Debía doscientos pesos a la Caja, cuya falta notarían y toda su situación podía com-

prometerse. "Ahora todo me saldrá mal. Tengo un chuncho en la vida", se repetía a sí mismo.

Cuando llegó a *La Gloria,* Clorinda estaba lavando. Fingió que no le veía. Una emoción interior que era incapaz de retener la sacudió. El hombre se dejó caer en el umbral gastado del salón y contempló la faena de las mujeres con la suficiencia y el descaro del macho que sabe hacerse adorar por ellas.

En la tercera puerta de la derecha se asomó una cara femenina, desencajada, con los cabellos en desorden, pidiendo en tono lastimero:

—¡Mariquita linda, anda a traerme una Bilz! Era Ofelia que acababa de despertar con la tremenda impresión de la "bola de fuego".

María corrió al despacho de la esquina y volvió llevando una botella.

—¡Uf! ¡Qué calor en la calle! venía sofocada.

Fernando había acabado por cabecear, con ambas manos sobre el estómago como benedictino. Clorinda, que no le quitaba los ojos, después de enjuagar la última camisa, fue hacia él y le sacudió tomándole por los hombros.

—¡Vamos! . . . ¡vamos! . . . ¿Qué le pasa? ¿De dónde viene?

El hombre abrió los ojos hinchados, como beodo, y se excusó con sus nuevas amistades. Al pronunciar los nombres de sus protectores la mujer se quedaba mirándole con respeto.

Clorinda comenzaba a dudar. Siempre la misma historia; sin embargo, ante su mirada severa se sometió una vez más. Pero le llevó a su casa buscando una explicación larga y más íntima, como a ella le gustaba, terminada con abrazos apretados y besos ardientes.

El cuarto estaba silencioso. Violeta se entretenía recortando la falda de su vestido con pintas azules. Las tres camas permanecían tal cual las habían dejado al levantarse. Una almohada del lecho más grande había rodado sobre un jergón; alguno la había pisado y conservaba la huella de la suela sucia. Viniendo del aire puro en ese día de verano el hedor de la miseria se hacía insoportable; ahí olía a comidas rancias, a enfermo, a despensa abandonada.

Fernando abrió la ventana y se sentó bajo el dintel do-

minando la habitación. El espectáculo no era seductor: dos tablas del techo se habían desprendido y amenazaban caer, mostrando una abertura negra de la cual colgaban asquerosos filamentos. En las sábanas del lecho que enfrentaba a la ventana, se veían esas manchitas de sangre obscura que dejan las chinches aplastadas, o los regueros rojos, intermitentes, de las pulgas, que después de chupar se retiran a sus escondites zigzagueando como ebrias. El papel de las paredes caía en jirones por la parte alta, o estaba arrancado en grandes extensiones dibujando siluetas fantásticas. Los orinales, recién vaciados por María en plena calle, despedían un olor nauseabundo y mostraban en el fondo un residuo calcáreo, amarilloso, que nadie se cuidaba de limpiar. Sobre las dos palmatorias, colocadas en la mesita de noche y la cómoda, había madejas de cabellos enmarañados y sebosos; peines desdentados, horquillas y alfileres. En una cazuela sucia y trizada veíase una sopa de la víspera, solidificada, con una papa repulsiva incrustada en medio. Esta suciedad sórdida y sin remedio es nacional, la marca del roto. Se hacía más marcada por el contraste con la cama nueva, de bronce, y la cómoda de buen estilo y rica madera. Podían meterla a esa gente en una casa moderna, con agua corriente, baño y cocina perfecta; al poco tiempo el baño sería almáciga y la cocina, gallinero. Sentirían la nostalgia del olor caliente de la mugre que les arrulló en la cuna. Hacía falta una generación educada de otra manera. A pesar de ser Clorinda activa y hacendosa, se había habituado en esa pocilga como se habitúa el ratón en su agujero.

Fernando contemplaba esa miseria con desaliento. Las amistades del garito, la aventura con Madroño, le hacían entrever un mundo mejor. Conocía por el *baccarat* niños de familia. Había puesto bancas a medias con apellidos ilustres de esos que dan nombre a los vinos, y en las noches afortunadas iba a las casas de lujo en las calles San Francisco y Serrano donde las mujeres tienen bidé y agua caliente. A pesar de estas reflexiones no dejaba de comprender que Clorinda le tenía bien amarrado. Aun lejos de ella, le turbaba el recuerdo de sus mimos maternos, de su carne tibia y buena, el brillo de sus ojos, el habla melodiosa y los lunares.

Ahí mismo le venían deseos de lanzarse sobre ella y comérsela a abrazos y besos, viéndola tan grave y emocionada, dispuesta a pedir una explicación por sus ausencias repetidas. A cada vuelta ella le echaba sus ojos sombríos y reprochadores.

Entró una niña despeinada diciendo lo de siempre:

—¿Onde quearía el destapaor?

—¡Qué sé yo! —refunfuñó Clorinda.

Después de sacar a Violeta, de un brazo, hacia el patio, empezó el sermón. Él escuchó con la vista baja, fingiendo timidez.

—Esto no puede durar. Está claro que me engañas... Claro... ¿Cómo es posible llegar todos los días a estas horas? ¡Claro! El caballero está tan refinado... A él le gusta revolcarse en la seda...

Pero más que sermón aquello parecía un toreo sabiamente encaminado para terminar con abrazos ardientes. El mismo calor les quitaba las fuerzas para reñir, y a cada fin de frase se quedaban fatigados, mirándose en forma que sus deseos se adivinaban.

Clorinda respondía con esa gracia picante que la hacía famosa en el arrabal.

—¡Cada oveja con su pareja! A usté las de sombrero y guantes.

Después de un chaparrón de frases parecidas se quedó mirándole, como en espera de una excusa, pero Fernando bajaba la vista, fingiéndose turbado, sin chistar. Esta táctica le resultaba de perlas. Clorinda seguía, ya menos violenta, gozando de poder confundir a ese hombre que había viajado, que sabía tanto y se tuteaba con los senadores.

—¡Es claro! Yo soy una rotosa. ¡Pero que no te sorprenda con otra, sinvergüenza! Este arranque, dicho con fuego, le enloqueció; sus ojos brillaron. Recordó las pérdidas en el juego, su situación algo comprometida a pesar de su alianza brillante con la policía y la política. Antes que este recuerdo le cohibiese buscó la manera de sacar partido de ese cariño de mujer que no podía contenerse.

No. El no la engañaba. La quería demasiado para jugarle una mala pasada. El día anterior unos amigos acaudalados

que vivían en San Bernardo le invitaron a comer; se había alojado en casa de ellos, y justamente, le habían propuesto su participación en un negocio magnífico, pero ¡ay! el Club no marchaba como él creyó en un principio. Cuestión de doscientos pesos ¡una miseria! pero él no los tenía y rehusó.

Clorinda se puso muy pensativa. ¡Cómo se las tragaba todas la pobre! Su mirada iracunda se tornó suave y casi triste. Su ira forzada, pura comedia, cedió fácilmente a su natural bonachón. Le pesaba ya haber puesto en duda su conducta, cuando el pobre vendría tan preocupado. De golpe consideró toda la superioridad de su amante. ¡No tener ella esos doscientos pesos! Volvió la espalda, como avergonzada, y se puso a arreglar la cama grande. Cuando quedó la colcha bien estirada levantó el almohadón del suelo, lo puso con mucho cuidado dándole tres palmadas para deshacer los pliegues y arrugas, y dirigiéndose a Fernando le invitó a que se echara a descansar porque parecía tan fatigado.

Fernando, impaciente, no esperaba más que eso: se lanzó sobre ella y, tomándola de la cabeza con las dos manos, colocó en su boca un beso interminable, sediento... Después la acarició en la nuca, y, ya sin saber lo que hacían, rodaron sobre la cama suspirando con fuerza; la cara de ella tomaba en esos momentos una expresión fiera, intraducible en palabras, y devolvía los besos uno por uno con su boca sabrosa de plebeya sana que sabía a ají y cebolla... ¡Qué hombre tan malo! ¡Bandido! exclamaba luego satisfecha, bajándose los vestidos, mientras el hombre se acomodaba sobre la cama para descansar, rendido por ese abrazo rápido y brutal.

En ese mismo instante se oyó la voz alegre de Esmeraldo, que volvía de la escuela, dándose vueltas de carnero por el medio de la calle. Había aprendido a hacer esa y otras piruetas en un circo de la Avenida Latorre. Venía hecho un estropajo, sudoroso y lleno de polvo. Clorinda le esperó en la puerta para reñirle. Cada vez que estaba cerca de su amante sentía una necesidad imperiosa de reñir a los chiquillos. ¿Por qué no se entrará de payaso este moledera? ¡No sirve para otra cosa! ¡A lavarte la cara, macaco! Y, cuidadito con hacer ruido, porque "don" Fernando está durmiendo!

Eran las doce y media. En el patio, las niñas, a medio

vestir, charlaban alrededor de una mesa colocada bajo la zahurda de la tísica. Era la hora del almuerzo. La criada traía de la cocinería cercana, en negras ollas, los guisos que ella misma servía con un cucharón. El primer plato era generalmente una carbonada —carne picada, con cebolla y papas hervidas en un caldo grasiento. La señora Rosa, Clorinda, Fernando y *El Pescante,* hacían añadir "huevos caídos". Después venía un plato de chancho con porotos o arroz; los domingos y en los días del Dieciocho servían la famosa cazuela de gallina o el sabroso valdiviano. Bebían cerveza y finalmente un café ordinario, negro como tinta. Antiguamente se cocinaba en el prostíbulo; la cocina había estado en el mismo sitio en que ahora ponían la mesa; el lugar que ocupara estaba marcado en la pared con largas manchas de tizne y carboncillo; se veía también de donde había arrancado la chimenea y se conservaban pegados al techo grandes latones, negros de hollín. Pero el patio era tan exiguo que la casa se llenaba de humo y esto había decidido a la patrona a proveerse en la cocinería que estaba casi junto a *La Gloria,* en la misma vereda. La comida llegaba caliente y apetitosa, como si acabasen de retirarla de la plancha. A las tres o cuatro de la mañana, las niñas mandaban comprar por su cuenta un veinte de pescado. Violeta y Esmeraldo comían agazapados en un rincón, mirando ávidamente a sus mayores con ojos brillantes como perrillos. María y *El Pescante* eran los últimos en servirse, cuando los otros habían terminado, porque la mesa era pequeña para recibirlos a todos. Clorinda, doña Rosa y Fernando comían de preferencia en sus habitaciones.

El patio estaba inundado por el sol. Se sentía que las piedras se caldeaban con ese beso furioso, y el líquido estático del pozo reflejaba al gran astro con cientos de puntitos luminosos.

Laura fue la última en llegar. Le habían dado el cuchitril de la criada para que no contagiase a las niñas. Ocupaba su nuevo albergue hacía una semana y no se habituaba a su soledad, acostumbrada como estaba a la compañía de Ofelia, de la cual se había despedido con grandes voces y alguna lágrima, como si se marchase a otra tierra. Estaba extenuada

como nunca. Respiraba dificultosamente, abriendo y cerrando la boca como los peces. Por las aberturas de su vieja bata, mal prendida con alfileres, se veía su piel sudorosa y afiebrada en la lucha de su organismo ansioso de oxígeno que los maltrechos pulmones se negaban a darle. Las chinches habían picado sus carnes toda la noche. Ofelia y *La Choca* se quejaron también de los bichos. Esa casa era un hervidero de insectos odiosos. En cuanto venía el estío aquello se ponía insoportable. Para el día siguiente, aseguraron otras niñas, iban a echar baldadas de agua hirviendo en los zunchos y resortes de sus catres. Siempre hacían estas promesas, pero nunca las cumplían, y de año en año cundían las colonias de parásitos, que corrían libremente y hasta de día claro por las paredes y el piso de sus cuartuchos. Ya no estaban sólo en los catres, sino, como Dios, en todas partes.

Etelvina, entre dos cucharadas, colocó el chisme del día: Carmencita, la hermana del *Pata de jaiva,* se había fugado con un futre la noche anterior.

—Muy bien que hace —aseguró la retozona Julia—. Ella no querría sino que la raptase en artomóvil un muchacho bonito de la Alameda para llevársela a las Uropas.

Pero Esmeraldo levantó la cara con espanto, dejando caer la cuchara. ¡Pobre *Pata de jaiva!* ¡Pobre compañero! pensaba para sí. Violeta abría sus ojos viciosos e inflaba las narices, ansiando que diesen detalles sobre ese rapto que la transtornaba de la misma manera como a Julia. Pero no se habló más del asunto.

Rosalinda aseguró que su compañero de la noche no había querido sacarse el chaleco ni los zapatos.

—Sería ratero! —gritó Etelvina. ¿Que no sabís que los rateros enconden la plata en los zapatos?

Julia bajó los ojos con hipocresía y dijo que ella se acostaría antes con un ratero que con un sarnoso. La noche anterior la había invitado un tipo todo comido de sarna, pero ella se lo había mandado a Laura...

Esta declaración desató una tempestad. La enferma notaba un asedio cada vez más estrecho a su alrededor, cundiendo tan rápido como su enfermedad; se veía acorralada e impotente. Desde que le habían relegado al cuchitril de la criada,

notaba ese desprecio tremendo hacia ella, que en el antro de la brutalidad es el signo precursor de la muerte, de la última derrota sin desquite, del paso a la Nada. Pero ella encontraba energías feroces, aunque pasajeras, para defender su carne. Sin una protesta había cargado con las ruinas humanas que sus camaradas desechaban. Esos fúnebres abrazos eran la señal de su derrota suprema. Pero no por eso la Julia podía insultarla. Su fin estaba próximo; era seguro, inevitable; pero a ella le interesaba ocultarlo. Cuando sintiera la muerte, cuando la viera asomarse, se encerraría en el cuartucho para que nadie la viese, o se marcharía fuera, a la calle, para reventar en un rincón obscuro, lejos de toda mirada. El descoco de Julia le pareció intolerable, desnudándola así ante todos. Sus pasiones despertaron de golpe, electrizando su cuerpo azotado por ese desenfado exuberante que revelaba la salud de la otra. La niña más sana y hermosa la trataba ya como si fuese una carroña. ¡Con qué naturalidad lo dijo la condenada! Laura gritó, olvidando sus escrúpulos:

—¡Querís comerme, perra, porque me veís enferma!—. Quedó paralizada. Una ola de sangre enfermiza le inflamó los carrillos. Todas, menos Etelvina, la amiga de la bonita, aprovecharon la ocasión envalentonándola para que hiciese una violencia. La tísica alzó una botella que arrojó a la cabeza de Julia. Esta se agachó y la recibió en la espalda, pero la quebrazón del vidrio fue estrepitosa. Seguidamente fue hacia ella y tomándola de los cabellos se puso a zarandearla con furia. Julia, pusilánime, sin músculos, se tapaba el rostro con las dos manos. Laura le daba de abajo para arriba con una mano y con la otra procuraba levantarle la cabeza tirándola de los cabellos, pero no lograba sacarla de esa posición. La agredida chillaba como un cochinillo. Las niñas hacían un rueda gritona alrededor de las peleadoras. María arrancó, pero Violeta, sin perder una fase de la escena salvaje, se agarraba a las faldas de las curiosas. Sólo Etelvina intentaba separarlas, pero esa tísica endeble, al parecer, sacaba fuerzas sobrehumanas y no era fácil hacerla soltar. Las niñas animaban a la furia, insultaban a la bonita y a su amiga.

—¡Márcala! ¡Márcala, miéchica! ¡Quítate tú, tortillera, asquerosa! ¡Márcala en la cara pa que se le quiten los humos!

—¡Que le corte las chasquillas! —gritó Violeta, vivamente entusiasmada.

Etelvina dio un soplamocos a la mujer que hizo alusión a su apego por Julia y desde ese instante el patio pareció campo de batalla. Llegaron los hombres empezaron a separarlas con trabajo.

—¡Si lo ha dicho sin querer! —explicaba Etelvina. Fernando, ya algo degenerado por la vida que llevaba, con esa manía de comparaciones e inducciones que había adquirido en los viajes, pensaba que en ese cuadro de vida violenta y agresiva se adivinaban las energías de su raza.

Doña Rosa llegó, balanceándose como acostumbraba; luego Clorinda. La presencia de la patrona puso fin a la pelotera. Julia sangraba en la cabeza y el cuello, pero las niñas vieron con rabia que su rostro aparecía más hermoso y sonrosado, a pesar de las lágrimas y el desaliño de la cabellera. Sin embargo, Etelvina empezó a compadecerla mientras ella se hacía un ovillo en su seno con mimos verdaderamente infantiles. Doña Rosa se acercaba para mirarla. Esa chiquilla de manteca, con la voz melosa y modos de señorita, era la aristocracia de su casa. Le alisó los cabellos y le compuso el vestido, echando al mismo tiempo tremendas miradas a la agresora. La mujerona la condujo a su habitación escudándola en su gordos brazos bajo la mirada maternal de doña Rosa, encantada de esa protección que la libraba de cuidados. Entonces estalló la proxeneta volviéndose hacia Laura, cuya bata con el calor de la refriega había caído hasta la cintura mostrando su constitución amarillosa, en ruinas. Violeta la contemplaba con curiosidad. ¡Uf, que fea era una mujer grande! Una amiga acomodó la bata de la peleadora cuando ya la patrona fulminaba contra ella.

—¡Siempre era esa porquería la que metía los bochinches!... No podía estarse sino alborotando. ¿Qué no sabía que la conservaban por compasión?

Laura levantó la cabeza. Sus ojos lanzaron un destello y una palidez mortuoria la envolvió, pero encontró fuerzas una

vez más para llamar a la que la insultaba con el nombre más degradante que se da a su oficio.

—¿Cómo? ¡Repite tísica de...! ¡Estás apestando la casa y todavía venís con bravatas!... ¡Envidiosa! Todas le tienen ley a la Julia porque es la más favorecida. Yo estimo a la Julia porque es de otro rango... porque es educada como yo... ¡No faltaba más! ¡Vuelve a empezar y verás como te pongo de patitas en la calle! ¡Desagradecida! ¡Págame los frascos de Emulsión! ¡Eso será mejor!...

Laura se desplomó, incapaz de resistir tantas emociones. Como en la mayoría de los tísicos la intoxicación había desmoronado su sistema nervioso; al principio se había manifestado este desarreglo por una susceptibilidad extrema; luego se había agriado su carácter y ahora las crisis de nervios se sucedían con frecuencia. Su cuerpo se sacudía en el suelo de manera espeluznante, y, como si algo le molestara en el cuello, se llevaba ambas manos a la garganta; al mismo tiempo daba alaridos.

—¡Ya le dio, ya le dio!... —decían las otras en voz baja. Doña Rosa se retiraba presa de un miedo supersticioso—. ¡Está poseída! —dijo una, y se puso a hacer un relato vago que traía terrosas reminiscencias pueblerinas; un cura, una cabra que echaba olor a azufre y una mujer que vomitaba el diablo en un líquido verde que permanecía tres días impregnado en los ladrillos sin que nadie lo pudiese borrar. El cura le había sacado el diablo, pero éste, saliendo del vómito, había entrado en la cabra...

Clorinda hizo el signo de la cruz e intervino con su voz dulce tratando de apaciguarla, pero todo era inútil. La coquetería y la vanidad que anidan en toda mujer, por miserable que sea, habían hecho estallar a esa pobre.

Entró *El Pescante,* que acababa de despejar la mampara del prostíbulo, llena de curiosos desde que empezó la pelotera. Aseguró muy cachazudo que él conocía un remedio infalible para hacer pasar esas crisis femeninas... Clorinda le hizo callar con una mirada severa, pero el arranque chusco, revelador de la sangre fría de los hombres, dio valor a esas mujeres acoquinadas por los gritos y saltos de la enferma y

por el relato pueblerino. Dos de ellas se acercaron a la tísica y probaron levantarla por los brazos. Por fin cargaron con ella y la llevaron con trabajo al lecho.

Violeta tenía los ojos brillantes y la tez encendida como cuando regresaba de sus correrías. Estas escenas, lejos de amedrentarla, despertaban en ella agudos deseos de vivir intensamente, de salir a la calle para gozar al aire libre; la vida robusta del asfalto y de las piedras la llamaba con fuerza... Capear coches y transeúntes, sumirse en la multitud, en el mar humano; mirarlo todo en la ancha arteria con árboles y estatuas que empezaba en su barrio mirando a la eternidad de la Cordillera por encima de San Martín.

—Mamá, yo quiero salir. Quiero ir de compras con mi vestido nuevo —dijo, pegándose a las faldas de Clorinda.

—Deja de pololearme. No estoy para bromas. ¿Oyes? Te he dicho que no me gusta verte en el patio.

Arriba, por la ventana del cuchitril, se veía la cabeza de Ofelia, muda, pensativa. Al cabo habían conseguido calmar a la enferma. Un decaimiento sucedió a la crisis; el resto del día lo pasó en cama, quieta, sudando y como hipnotizada, incorporándose sólo para escupir. Poco a poco volvieron a ocuparse los asientos alrededor de la mesa y empezó a rodar la charla sosa, vacía, indiferente, como si nada hubiese pasado. Las maderas del techo crujían y los postes que sujetaban el cuchitril temblaban con un chasquido de tos más violento que los otros. Entró *El Harnero* contando una hazaña de *La Guillermina,* el marica de *El Hospital.* Violeta, escuchándole, sintió más que nunca deseos de salir, de ver la calle; le parecía que ese muchacho era tan feliz, trotando a su antojo por la ciudad. Ella hubiera deseado ser hombre para hacer lo mismo.

XV

CUANDO MARÍA Y *EL Pescante* se acomodaron a la mesa, eran las dos de la tarde. Algunas niñas empezaban a peinarse ante los espejos que colocaban en una silla o en los clavos de la pared, a toda luz. Esmeraldo, que no iba a la escuela, se acurrucó al lado de

María. Violeta se disponía a salir; había conseguido sus fines. No le gustaba salir acompañada. Libre quería ella, para hacer su voluntad, guiándose a medida de sus deseos. De la calle llegaba iluminada, nerviosilla, siempre con algo nuevo y vehemente que contar. Cuando descubrió la calle del Estado, una víspera de fiesta, llegó hecha una cotorrita. Había ido con la Etelvina y se había sentido torpe y vulgar con esa mujer maciza y zafia en la arteria elegante, cuajada de luminarias, donde la gente le pareció más fina, delgada, ágil y discreta, como alada. ¡Ah, si ella pudiese salir sola, ya sabría ser elegante! Hija de la ciudad se sentía superior a la madre que conservaba resabios campesinos, que tenía la robustez pletórica de las aldeanas. La ciudad le daba a ella un afinamiento especial, una superioridad sobre ese mujerío espeso en medio del cual su madre y Julia brillaban como estrellas. Muy peripuesta, con blusa blanca y falda estrecha, que le marcaba la parte posterior ya redonda, se fue de compras a la Avenida de los Pajaritos.

Cuando cerró la puerta tras ella, Catita llamó a Rosalinda y, apresuradamente, con risitas maliciosas, fueron a verla alejarse hacia la plazuela de la Estación. La chica se balanceaba que era un gusto; a cada vaivén se pasaba una mano por los cabellos, arreglándose la onda que le caía graciosamente sobre el ojo izquierdo.

—¡Tan diabla la chiquilla!

—¡Mira! Se ha recortado la falda...

—Está remacanuda la pendeja —dijo *El Harnero,* y las mujeres callaron bajando la vista. Hay momentos en que la conversación o las ideas son femeninas y toda intervención de hombre las turba.

Cuando Violeta desapareció, doblando el despacho italiano de la esquina, las pecadoras rieron como bacantes, con ojillos burlones.

Entretanto Clorinda se devanaba los sesos buscando una solución a los apuros de su amante. Este acababa de vaciar dos tazas de café y, a pesar de ello, dormía apaciblemente con el sombrero echado sobre los ojos. ¿Si pedir un mes adelantado a doña Rosa? No. Esto era poco menos que imposible, dada la avaricia de la patrona y el desprecio que le inspira-

ban las mujeres que mantienen a los hombres, porque ella no pensaría de otra manera. Siempre imaginaba lo peor; además de negarle el dinero, la regañaría. Cuanto dijo Fernando era exacto, pero en *La Gloria,* donde no conocían más que rudos obreros o siniestros hampones, no comprenderían el que un hombre superior pudiese pasar apuros de esa naturaleza.

De pronto despertó; se quitó el sombrero que tenía en los ojos y miró a Clorinda. Con un sentimiento de injusticia, muy común en los hombres, juzgaba a esa mujer poco menos que inútil para salvarle de apuros, cuando, en realidad, era ella superior a él, más metódica, valiente y decidida. Se echó el pelo duro hacia atrás con ambas manos y le dijo:

—Mira Clorinda. Yo no sé lo que vamos a hacer, pero hasta los anillos *están aprendiendo inglés.*

—Pero si eres tan iluso. Te lo llevái haciendo torres de viento... —respondió Clorinda.

—¿Y qué querís que haga?

—¡Psch! Hubiera pescao yo la plata que tú y ya tendría una lavandería, una cigarrería... ¡Si no guardái ná!

El jugador quedó reflexivo y volvió a entrar en el sueño agradable como baño tibio, en tanto Clorinda se paseó azorada, mirándole al pasar con ternura de madre. "Ya tengo tres hijos", se decía. Le amaba con creces diarias, como nunca amó antes; le esperaba insomne hasta la madrugada, le registraba los desgastados bolsillos, temerosa de que tuviera otra querida, pero no encontraba más que el puñado de billetes de jugador, la pelota de dinero manoseado en el tapete. Le deseaba con ansias selváticas de mujer que a pesar de tener hijos se mantuvo medio virgen; se consideraba más dichosa que cuantas mujeres conociera por haber inspirado amor a un hombre como Fernando. De pronto, tras de mirar y remirar esas manos sin sortija que pendían de la cama como muertas, pensó que sólo la agencia podría salvarla. Caminó a la cómoda, tiró del cajón y fue sacando unas faldas arrugadas de seda y terciopelo, que olían a droguería; hizo un lío. Sacó del baúl un relojito diminuto, con iniciales; sacó los pendientes de oro, dos monedas antiguas del tipo de diez pesos, toscamente engastadas. Tomó el lío en una mano, metió las joyas

en un bolsillo profundo del vestido y salió mirando con ternura el sombrero ancho que en medio de la cama se movía al compás de un ronquido silbante. Antes de pasar el umbral rogó a María melosamente que colgase la ropa lavada. Desde que conoció la historia de la muchacha, parecida a la suya, la consideraba de una manera distinta.

En la calle se notaba un pesado movimiento. En las bodegas, cantinas y almacenes, entraban los obreros descalzos y con espuelas; los de blusa, de los ferrocarriles; los cargadores, con pañuelos amarrados a la cabeza, con el pecho y las piernas desnudas. Mujeres sucias, de mantos verdosos, pasaban llevando cestas con fruta o huevos; entre el polvo y la porquería saltaban los chiquillos descalzos. Puestos de fruta, de mote con huesillos, de arrollado con ají. Bajo el cielo limpio de nubes, el sol daba al polvo transparencias rutilantes; los andrajos tenían gallardía de banderolas en esa luz. Nunca había parecido el cielo tan hermoso a la tocadora; ese aire del estío que se respiraba, cargado de gérmenes de vida, le hacía entrever una existencia feliz. Sin embargo, a pesar de esa exuberancia y del clima perfecto, la corriente humana, incolora, abatida, sin elocuencia rodaba automáticamente; los rostros impasibles revelaban cansancio y apatía. La naturaleza fuerte y optimista de Clorinda se contagiaba insensiblemente; se sentía invadida por esa gravedad fatalista que se diría estereotipada en las caras populares.

Después de cruzar las acequias pestilentes que corren paralelas por la Alameda, llegó a la *Agencia de los caballos blancos,* famosa casa de compraventa. Una mujer, tapada hasta las narices con el manto agujereado, empeñaba un colchón; otra llevaba envuelta en hule una máquina de coser; dos hombres descalzos esperaban apoyados en el mostrador, con las botas casi nuevas en la mano, haciendo chistes lentos y pesados. El fin de semana arrastraba por esos mostradores grasientos a la miseria del arrabal.

Tras de mucho esperar y discutir, un empleadillo con las uñas roídas, cochino y mentiroso, le ofreció por todo cuarenta pesos. Era uno de tantos vascos que llegan a Chile a desacreditar su bella tierra poniendo esos negocios perezosos y sórdidos que se llaman agencias o mata-rotos. Clorinda hizo

escribir la papeleta para no caer en manos de otro usurero peor. Cuando guardó los billetes huyó la esperanza en que la sumiera la luz a su salida de *La Gloria.*

Lo primero que hizo, ya de vuelta, fue observar al amante y, como le viera roncando estrepitosamente, quedó más tranquila. Tenía tiempo. Salió al patio por la puerta interior y preguntó si Violeta había llegado. Ninguna tenía noticias de la chica. Le pareció extraño: nada justificaba la tardanza. Julia, repuesta del refregón, tatareaba una cueca, peinándose con mucha calma, haciéndose un topete complicado que aseguraba con horquillas. *La Choca* bebía cerveza, ya muy compuesta, y Etelvina liaba un cigarrillo sentada a la mesa donde *El Pescante* terminaba de comer.

Las ropas se balanceaban colgadas de un cordel que iba de un lado al otro del patio, sujeto en un extremo de la parte superior del cuchitril de Laura y en el otro de un alero del tejado. Los calzones se inflaban con la brisa y las camisetas de Violeta parecían pequeños torsos femeninos, balanceándose graciosamente en el aire, inflados en la parte del pecho. Los agujeros traslucían puntitos de viva luz como ojillos burlones.

María andaba atareada, lavando los vasos con medias lunas de grasa en los bordes, y los platos en cuyos fondos los guisotes dejaban residuos mantecosos. Clorinda la llamó. Había resuelto empeñar la mesita de noche, casi nueva, la sobrecama y unos anteojos de teatro que había encontrado por la calle una noche de chaya.

Cuando partía la criadita en un coche, gritó Clorinda:

—Si encuentras a Violeta distraída por ahí, tráela. ¡Bueno la chiquilla lesa!

. . . . . .

Cuando bajó Laura, caía la tarde. La criada había llegado con el dinero; ninguna noticia de Violeta. El cielo adquiría ese tinte anaranjado que en los crepúsculos santiaguinos se dilata por la ciudad saturando hasta los objetos; los cristales, los espejos y el agua del pozo lo reflejaban. Afuera, la nieve de la cordillera parecía absorberlo. El hálito del vera-

no llevaba hasta esos tabiques el rumor de la ciudad que había dormido en el día caliente y ansiaba refrescarse y divertirse en la noche.

Cuando se formó el corro alrededor de la tetera, Rosalinda desató la lengua contra la patrona. ¡La vieja malvada! ¡Qué corazón tan duro!

—Lo que yo no le perdono —dijo Laura— es que me haya sacado la Emulsión... A pesar de que no he podido ni probar ese remedio tan repugnante, esta misma noche le voy a pagar su dinero. ¡Vieja cochina!

Ofelia era partidaria de marcharse de la casa; lo debían hacer todas a un tiempo. La idea las espantó. En realidad y a pesar de todo se aferraban a esa casa y a esa vida. Laura se puso a toser; cada sacudida le arrancaba largos y desesperados suspiros.

—¡Ay! Tan bien que estaba esa mañana antes de que la vieja miserable fuese a molestarla!

—De adrede lo hace... ¿No ves que quiere deshacerse de ti? —dijo *La Choca.*

Pero la tos nada dejaba oír a Laura. Aquello era el acabóse; parecía que estallaba. Etelvina abrió la puerta de su habitación, creyendo que había llegado el síncope final, pero al ver a las otras conversando muy campantes, volvió a cerrar.

El tinte naranja del cielo tomaba un tono más fuerte, rojizo; se adivinaba que el sol moría tras un cerro lejano; los vidrios y los espejos devolvían a la luz fulgores diamantinos. Una onda más fresca, precursora de la noche, llegó a la casa haciendo crujir el piso y los muebles en las habitaciones. En *El Hospital* acababa de entrar un grupo alegre; se oyó el ruido de la cueca cantada y tamboreada que estallaba.

—Ya salió a cantar la *Guillermina.* ¡Buena cosa con el chiquillo!... —dijo *La Choca.*

Otra aseguró que los maricas arruinan las casas.

—Les viene por lunas —repuso *La Choca.*

Ninguna advirtió un ruido de pasos y de voces que se aproximaba por la calle. Ofelia rió sin ganas; en el verano sudaba mucho; la ropa no le duraba limpia dos horas y el

menor esfuerzo la dejaba postrada, como embrutecida. Las manchas rojas de su cara se destacaban en relieve, como costras. A Rosalinda le pasaba lo contrario: el verano le daba colores de salud y ponía en sus ojos y cabellos un lustre espléndido.

Obscureció. La noche se venía bruscamente; en el patio no se veían más que las sombras de las mujeres. El aburrimiento invencible de las veladas sin alcohol y sin música las amenazaba. *La Gloria* perdía su fama.

—¿Vendrá *El Harnero?* —preguntó *La Choca.*

En ese mismo instante el estrépito de pasos y de voces llegó a la mampara que una mano hizo temblar vigorosamente. Doña Rosa, como siempre, creyó que era la policía y salió gritando:

—¡La comisión!

En el patio hubo una disparada de mujeres. Se precipitaron, atolondradas. Una agarró a Esmeraldo de un brazo y antes de que el chico se diese cuenta ya le había introducido por la portezuela en su casa. En la obscuridad tropezaron unas con otras.

—¡La comisión! ¡La comisión!

Cuando abrieron, el patio estaba desierto. Se vio la vereda, inundada por un chorro de luz blanquecina, llena de curiosos. La chiquillería saltaba frente a los faros de un auto grande de la Asistencia Pública. Tres niñas de *El Hospital* llegaban corriendo. El auto había ido de casa en casa, desde el comienzo de la calle, preguntando por el domicilio de Clorinda Laguardia. La curiosidad del barrio estaba satisfecha; conocían lo ocurrido hasta en sus menores detalles por la torpeza de los policías que deseaban desocuparse pronto. Dos de ellos introdujeron una camilla cubierta con un lienzo, bajo el cual se oyó una vocecilla quejumbrosa de niña. Iluminaron el pasillo y algunas habitaciones. Una mujer descolgó el viejo farol de la mampara y lo puso junto a la camilla.

María fue la primera en reconocer a la herida. Dio un grito:

—¡Violetita! ¡Si es Violetita!

En la calle gritaron casi al mismo tiempo unas voces juveniles:

—¡Cómo la han dejado! ¡Cómo la han dejado!

Catita hizo un esfuerzo para permanecer seria, pero sus labios carnosos se estiraron en una risa sensual de bacante indígena. Se retiró tapándose la cara.

Dos nuevos guardianes a caballo llegaron a galope largo, haciendo saltar chispas en las piedras sueltas de la calle. ¡Retírense!, dijeron a los curiosos. ¡No tienen na que hacer aquí!

Arreciaba el vocerío de afuera. Un policía quedó cuidando la camilla y el otro se fue a la puerta para impedir la irrupción de la curiosidad malsana que había puesto en pie a toda la calle.

La habían encontrado en las afueras de la población, por esos basurales, entre unos solares abandonados y el pedregal por donde se desliza el Mapocho... Lloraba en una posición que no admitía dudas... Los policías lo dijeron todo sin miramientos en esa casa que conocían, en medio de esas mujeres que despreciaban: ¡La forzaron! Uno entregó los zapatos de la pobre que traía amarrados en el mango del yatagán.

—Le tomaron declaraciones y le hicieron la primera cura en la Asistencia —dijo el que había quedado junto a la camilla, que parecía ser el más antiguo y formal. Al ver los gestos desesperados de María que no abandonaba a la herida, añadió:

—No es grave; no hay peligro.

Fernando había partido como de costumbre, pero los demás habitantes de la casa miraban y escuchaban sin perder detalle. Era una fatalidad. Esmeraldo comprendía apenas ese drama donde naufragaba el honor de su casa, entregado como guiñapo a la murmuración. María estaba anonadada pensando en Clorinda.

La camilla quedó en medio del patio, entre el cajón y el pozo. El farol viejo esparcía una luz trágica. Las niñas aguaitaban con sus caras ávidas y torpes. ¡Benaiga! ¡Por Diosito! ¡Buena cosa! decían haciendo aspavientos. ¡Se fatalizó la casa!

Cuando llegó Clorinda, que doña Rosa llamó, lo comprendió todo de una ojeada; primero se le agrandaron los ojos y quedó como muda. Las niñas la consideraron con respeto y miedo. Luego se arrodilló, miró a su hija frente a frente y se puso a gritar enloquecida. Pedía que le llevasen a los culpables. Ahí estarían... Los buscaba con la mirada. Pero no... no estaban... ni los habían visto siquiera... Anduvo de un lado para otro. En su furia, en su impotencia, se mesaba los cabellos y se arañaba las carnes rasgándose la blusa. Etelvina procuraba calmarla, pero las otras se retiraban tímidamente. María la ayudó a cargar con la ultrajada; cuando la alzaron se vio a la luz melancólica del velón su ropita interior manchada y rota. En ese momento se volvió Clorinda para echar una mirada tremenda a las niñas. Sus ojos echaron fuego. ¡Ay de aquella que hable! ¡Ay de vosotras si hacéis una alusión a esta desgracia!, pareció decirles. De la calle se escucharon nuevas alusiones burlescas.

La pasaron a la otra casa y la pusieron en la cama grande; entonces la criada le echó los brazos al cuello a la madre ofendida, en un arranque conmovedor.

—¡Doña Clorinda! ¡Clorindita!

—¡Déjame sola! ¡Déjame ahora, chiquilla! ¡Vete María! Quiero estar sola. ¡Qué vergüenza! ¡Esto no más me faltaba!

Se fue la criada y la tocadora quedó sola con su hija. Violeta, presa de un terror mortal, temblando, olvidaba el agudo escozor de sus entrañas ante las muecas dolorosas de su madre.

—¡Mi hija! ¡Hija mía!

El desgarrón sangriento de esa carne de su carne, arrancaba de la garganta de Clorinda gritos pavorosos. ¡Cómo se la habían dejado! Pareció que el dolor la trastornaba. Después, cansada, se sintió sin ganas de llorar, verdaderamente agotada y deshecha por la fuerza de ese golpe imprevisto. Pero los nervios no la dejaron reposar. Un momento después se levantaba, pálida, indignada. Fue de un lado para otro; salió al patio.

—¿Y quiénes fueron? ¿Los apresaron? —preguntó a los policías, que hicieron signos negativos con sus caras estúpidas encima de los vasos de oporto.

Se fue otra vez a su habitación. La patrona siguió tras ella tratando de calmarla, pero era inútil; quería estar sola. Cayó sobre su hija con miradas terribles. La chiquilla se volvía, se ocultaba; no querían encontrarse sus ojos con los de su madre. La misma calma aparente de su hija irritaba a Clorinda. —Ya tenían tema en el barrio para sacarles el cuero. ¡Y poco que colgaban a cuenta de ellas! Tanto que la había aconsejado, tanto que la sermoneaban; todo había sido inútil, esa moledera tenía que acabar así. ¿Y quienes eran los canallas? ¿Conocía a alguno? La mujer se inclinó sobre su hija con la esperanza de saber quiénes eran para buscarlos y molerlos a palos. Ella sola se sentía capaz de castrarlos a todos. Primeramente le pareció que sería *El Harnero,* que miraba a la chiquilla con insistencia y hasta la siguió alguna vez.

Violeta respondió que no los conocía, con un mohín en la boca.

—¡Desgraciada! ¡Siempre en la luna! Te han tomado el pelo, se han reído de ti y los has seguido como una boba... Te han llevado donde han querido; se han cebado en tu cuerpo. ¿Te duele mucho? Di.

—No, mamá.

—¡Qué desgracia, Dios mío! ¿No conoces a ninguno?

—Había uno alto, con camiseta azul —dijo la chica.

—¿De dónde era, le habías visto antes?

—No.

—¿Cómo dices que era?

—Alto, con camiseta azul, listada.

Esto fue todo cuanto pudo sacarle. —¿De manera que seguía a cualquiera, al primer venido, a unos rotosos miserables que la invitaban de paseo? ¡Anda, responde! —La pobre declaró muy débilmente que la habían obligado a seguirles; no había nadie por ahí, le taparon la boca y la hicieron andar a empujones. Esto provocó una explosión. Ese apocamiento sumiso, esa resignación ante la bestialidad de los hombres, sublevó el natural bravío de Clorinda. —Tonta, tonta, idiota! ¿Para qué sirves? A ninguna mujer la obligan, idiota; se grita, se patea, se muerde... Eres idiota... ¡Qué vergüenza! Si lo veía venir esto. ¡Le gustaba pintarse a la muy

descarada! Lejos de las mujeres, sola con su hija, frente a frente, perdió toda mesura. Violeta no se movía. —¿Pero cómo eran? —Alto, con camiseta azul, volvió a repetir. Era exasperante. —A ti no te importa, sinvergüenza. Su cólera crecía ante la impavidez de la pobrecilla. Sintió deseos de aplastarla, de hacerle todo el mal posible para que se diera cuenta de lo que significaba el escándalo.

—¡Estás deshonrada! ¿Lo oyes? ¡Deshonrada! No vales para nada... Has perdido lo mejor que tiene una niña—. Y, finalmente, con brutalidad—: No te quiero más en casa; te irás a la Corrección...

El latigazo hizo saltar a la chica; sus nervios perdieron la dirección que la mantenía aparentemente serena; se incorporó en la cama, pálida y convulsa y de su pecho brotó un largo y agudo lamento como si sus reticencias dolorosas por vergüenza y respeto a la madre estallaran.

Clorinda reaccionó y fue hacia ella, repentinamente transfigurada, con un gesto de ternura maternal infinita. Pero la chica la rechazaba, llorando y llorando como no había llorado jamás. Clorinda, arrepentida, la abrazaba, la besaba. Su faz era otra. Fue un cambio teatral, rapidísimo, de esos cambios de que sólo son capaces las mujeres nerviosas. Retiró las ropas de la cama y la tomó estrechamente, tiernamente, como cuando le daba de mamar. Al fin se incorporó Violeta, rendida, aniquilada, buscando ese abrazo protector, y apareció a la luz la desnudez fresca y robusta de su torso trigueño, ya formado. En el óvalo gracioso de su carita se dibujó una sonrisa de agradecimiento y de súplica, en tanto sus ojos se escondían con la expresión de un débil animalillo que comprende su maldad. Clorinda se resignaba poco a poco ante el hecho consumado; la ira cedía a la compasión.

Al levantarle los cabellos para colocar esa cabecita ardiente y fatigada sobre el almohadón, su vista dio en una mancha violácea en el cuello, en el lunar... Ese lunar en la base de la nuca... el mismo de ella, baboseado furiosamente, con la huella de una ventosa...

Violeta levantaba sus ojos cariñosos, llenos de expresión, pero en cuyo fondo aparecían los demonios tentadores. Pa-

recían haber recogido toda la malicia del ambiente en ese barrio podrido.

Clorinda consideró el lunar y quedó mirándose en esas pupilas fatales. Apagó la luz para llorar a sus anchas, porque sintió con fuerza el poder aplastante de las cosas avasalladoras, sin remedio. Huir y dejarlo todo; huir con la hija desflorada, más querida que nunca...

Mucho tiempo, solas, en la obscuridad, mezclaron sus lágrimas la madre y la hija.

. . . . . .

. . . . . .

La noche del arrabal santiaguino, misteriosa y trágica como en el campo, envolvía al prostíbulo. Rosalinda, encuclillada en el suelo, avivó el fuego del brasero. Laura, echada en el umbral de una puerta, permanecía inmóvil y muda, tapada hasta las narices en su pañolón de lana. Ofelia traía la tetera que acababa de llenar en el grifo del pozo.

Sólo la Etelvina estaba impresionada por la violación.

—¡Qué chiquilla tan lesa! ¡No defenderse, por Dios! Yo quisiera ir por ahí, a ver si se atreven conmigo... Esos han sido niñocos del barrio Mapocho, de la calle Zañartu.

—No —dijo Catita con seguridad—. Han sido trabajadores de la línea férrea—. Luego, riendo de una manera burlona, añadió: —Le han hablado, y como la chiquilla es una cotorra se ha ido engañada, hablando y hablando; al llegar al río los roteques se le han ido encima, tapándole la boca—. Dicho esto, se olvidó enteramente del asunto, que no la conmovía en lo más mínimo.

Etelvina tembló imaginando la escena. Pensaba lo que habría hecho ella en caso parecido: darles de patadas en el bajo vientre. Le parecía ver a Violeta, solita, cogida por los tres sátiros en el despoblado y le venía un cosquilleo por los muslos y un parpadeo nervioso que no podía reprimir. Se tapó la boca con una mano. No podía desechar la idea del goce grande que tendrían los miserables y del alarde que harían entre ellos por haber sido los primeros en poseer una chica tan robusta y bien parecida.

Retirando un cigarrillo que llevaba sobre la oreja derecha sentóse Rosalinda en el cajón, muy cómodamente, como lo hacía todos los días para ver hervir el agua. —Pa el primero de enero, si Dios quiere, me compraré la blusa verde del portal —dijo con énfasis.

Nadie reparó en su intención agresiva. Esa blusa, que valía quince pesos, era codiciada por las niñas y había motivado disputas. Pero a esa hora estaban como embrutecidas; la Etelvina se había quedado meditando, con la cabeza baja. Hubo un largo silencio. El rumor nocturno de la ciudad llegaba al patio como mezcla de rumores sordos y sonidos estridentes y agudos. Parecía que en la distancia una gran máquina de enormes rodajes se hubiera puesto a triturar seres humanos.

—Al fin se lo rompieron a la chiquilla —dijo la Ofelia.

Durante unos minutos sólo se oyó el gorgoteo del agua que ya empezaba a hervir; pero la última frase pugnaba por encontrar eco en esos cerebros embotados y bestiales. Rascándose bajo los brazos, en ambos lados, Rosalinda repuso, fatalista:

—¡Pa lo que le iba a durar!

En la calle, las mujeres enemigas del prostíbulo que les atraía a sus hombres, no podían más de curiosidad y placer. Despeinadas y ávidas rondaban como brujas, murmurando la desgracia de Clorinda con las manos flacas en la boca.

XVI

—¡NIÑAS! ¡YA ESTÁ AQUÍ!

¡Ya está aquí!

—¿Qué cosa?

Se oyó el crujir de una puerta que se abría, dejando ver una mano descarnada y las blondas sucias de una manga.

—¿Qué cosa? ¿Qué hay? —volvió a preguntar la voz curiosa en la puerta.

—¡Ya está aquí! —volvió a repetir Clorinda, retozona, y cruzó el patio llevando en triunfo un voluminoso sombrero de paja con pluma negra y sendas rosas en sus bordes.

La orgía desordenada de la noche se adivinaba en ese

amanecer de lunes. Los trastos de la cocina, las botellas vacías, la ropa sucia, yacían por todos lados en confusión. El suelo mostraba en algunas partes manchas circulares de líquido espumoso que el sol secaba rápidamente. En un cubo colocado a la sombra, echaba María cortezas de quillay porque la quillotana iba a regalarse un lavado de cabeza.

El campo penetraba en esa cloaca de arrabal con la luz y los olores del valle andino pugnando por dominar la hediondez. El verano venía a acariciar esos rostros azafranados y se les entraba dentro de la piel embriagándolos. El aire estaba voluptuoso, hinchado de savia, con el ceño temible del deseo. Grandes moscas sin miedo, zumbonas y feroces, voloteaban sobre los desperdicios y las porquerías del suelo prontas a transformarse y escupir vida.

La primera en salir fue Ofelia. Corrió tratando de arrebatar el sombrero de las manos de Clorinda, pero ésta, agarrándolo con más fuerza, se esquivó.

—¿Que no sabís que van a rifarlo?

Ofelia asombrada, no supo responder. Después fueron apareciendo las otras. Etelvina casi desnuda, con chanclos y los cabellos sueltos; luego Rosalinda y Catita. Julia miró la prenda con los ojos brillantes, asomándose por la puerta a medio abrir. Le pareció que sólo ella podría llevarlo con elegancia. Laura asomó su busto por la ventanilla del cuchitril estuante y miró ansiosa para el patio. Luego bajaba la escalera azogadamente, con aire de desafío, dispuesta a luchar hasta el último por la posesión de ese lujo inusitado de que se hablaba con pasión. Pensaba que ese esfuerzo le daría mayor derecho a la vida. Buscaba continuamente la ocasión para imponerse a sus compañeras desde el día en que doña Rosa la había humillado gritándole su dolencia en público, como insulto. La consideraban desde entonces como anulada, con una conmiseración hiriente que azotaba su espíritu altivo y batallador. Nunca se había sentido mejor que en ese día caluroso; sus mejillas ardían y por todo su cuerpo parecía correr una ráfaga de alegres ímpetus. Empezó a bajar los peldaños contando para sí misma: "Sí, no", como quien interroga un oráculo, pensando que si en el último peldaño le tocaba decir "sí", el sombrero sería suyo.

Clorinda continuaba haciendo prodigios para defender el tesoro de tantas manos que querían palparlo y acariciarlo como si se tratase de un animalillo. Ese momento se esperaba con ansias en *La Gloria* hacía tanto tiempo.

Doña Rosa les había prometido la rifa de un sombrero y un paseo al Hipódromo Chile para los primeros días del verano, y esta fiesta que las traía nerviosas y trastornadas venía por fin a realizarse. El sombrero había estado en exposición permanente desde el verano anterior en una tienda española del Portal. Todas lo conocían. A la Ofelia le parecía que así estaba más bonito que en el escaparate; la pluma ondulaba y tenía en esas manos, bajo los rayos multiplicados del sol, un prestigio de pájaro americano.

Cuando apareció Violeta las miradas se concentraron en ella con esa fuerza de retinas que es propia de Chile, hasta escarbar con los ojos. Nada revelaba, sin embargo, el feroz atentado de que fuera víctima recién en la glera del Mapocho. Su rostro tierno y silvestre no pedía otra cosa que mirar el sombrero.

—Más me habría gustado con plumas coloradas —dijo con su voz tranquila y mórbida.

—¿Si le probáramos el sombrero? —preguntó una.

Aprobaron, menos Julia.

—Sí ¡Que se lo pruebe! ¡Que se lo pruebe!

Clorinda no pudo resistir; con sus propias manos lo puso en la cabeza de la hija. Estaba feliz. Violeta se dejó hacer con gravedad, como los maniquíes de las casas de trapos. Creyó mejor esponjarse los cabellos sobre las sienes, y esto lo hizo de manera instintiva, tan experta, que las risas se trocaron en un movimiento de curiosidad y asombro. Quedó espléndida, transformada de golpe; el sombrero de grandes bordes le afinaba las facciones dándole al conjunto una delicadeza inesperada; su busto parecía alargarse bajo esa corona primaveral de paja realzada con grandes rosas. Julia apartaba la vista, o la miraba de soslayo con expresión torva de maldad y envidia. Ese sombrero hacía un milagro en la pueril cabecita; le daba ese aire misterioso y magnífico, a medias luces, de los retratos flamencos.

—Esta sí. Esta va a ser de las elegantes —dijo Ofelia, mirando a Julia fijamente.

Laura aprobó con gravedad y Julia se miró los chanclos, escondiendo la cabeza, visiblemente turbada.

Cuando se hablaba de belleza sin mencionarla a ella, sentía rabia.

El individuo que se había quedado con Ofelia, bezudo, sensual, salió al patio en ese instante en mangas de camisa. Se detuvo mirando a Violeta con atención.

—¡Dios me la guarde! ¡Bendito sea el primero que se coma ese platito! —gritó con entusiasmo.

Julia levantó la cabeza y se puso a reír con expresión irónica.

—Remacanúa la gordita —volvió a decir el roto.

Entonces Julia soltó la risa y se fue corriendo a su habitación.

Etelvina fue al hombre y le habló al oído aprovechando una ausencia de Clorinda.

—¿Esta es? —dijo él. Y se imaginó instantáneamente la escena del estupro en la forma más cómoda y halagadora para sus sentidos. Esperó luego para verla moverse. Era fama en el barrio que había cambiado la manera de andar de la chiquilla... En cuanto salía todos los ojos de la calle se le iban a las piernas y las caderas. —¡Miren como anda! ¡Se le nota! ¡Se le nota!—. La mocosa exageraba el meneo y gozaba con esa popularidad y la tontería de los hombres.

Cuando Clorinda volvía a lavar entró una mujer obesa, de cara cobriza, que llevaba un chiquillo en brazos.

—¿Qué quiere? —preguntó Clorinda, sin dejar la faena.

La mujer sonrió con una sonrisa de campesina atontada, pero no dijo una palabra. Su cara color de tierra parecía haber absorbido el polvo de las carreteras. Había quitado el sombrero a Violeta y todas, después de manosearlo, lo encontraban menos bonito. Entre esas manos torpes y pesadas la paja se deformaba, la pluma perdía su gallardía, el forro su blancura. La mujerona, adosada a la puerta, daba al chico silencioso uno de sus pechos enormes, de pezón largo y negro, mirando al mismo tiempo el suelo, como una vaca que se dejara ordeñar.

Las mujerzuelas parloteaban acurrucadas en el único rincón que el sol respetaba. Ofelia decía:

—Yo no quisiera más que los ojitos de la Violeta para llenarme así de plata.

—No estarías aquí, con esa carita —dijo *La Choca.*

—Esa va a tener casa, en cuanto la descubra alguno no más.

Esas frases hicieron daño a Julia. Hubiese deseado saltar y morderlas. Pero el recuerdo fresco de su derrota la clavó en la silla y le paralizó la lengua. Un deseo de cosas agresivas, de aventuras violentas y sensuales, parecía despertar en esas mujeres chúcaras el abrazo del verano.

Después hablaron del Hipódromo. A la Ofelia le gustaban las carreras a la chilena en la Pila del Ganso, allende la polvorosa Avenida de los Pajaritos. —El Hipódromo es pa los futres.

Clorinda lavaba sin ganas, atendiendo la cháchara. El día lunes era pesado para trabajar. La criada salía nuevamente a comprar Bilz; iba haciendo pucheros.

—¿Qué tenís, chiquilla? ¿Qué tenís?

—Nada —respondió. Y para salir tuvo que pedir permiso a la mujer obesa que obstruía el paso y que terminó por echarse en el suelo como buena bestia fecunda y pasiva.

—¿Qué tendrá la Marucha?

Un enjambre de moscas revoloteaba por encima de la mujer, impasible en la mampara. Su figura color de tierra, inflada y sudorosa, las atraía. De un manotón intentó espantar a esos verdugos alados, pero sólo consiguió con el brusco movimiento que un paquete se desprendiese de las profundidades del manto rodando al suelo. Eran duraznos magníficos, aterciopelados, enormes, que se esparcieron por las piedras. Volvió a dibujarse en su fisonomía el gesto de desconfianza sonriente que es la máscara de los campesinos que por primera vez visitan la capital, pero ningún ademán hizo para recobrar su carga.

Clorinda fue resueltamente a ella.

—¿Qué quería? ¿Está esperando a doña Rosa?

La campesina continuaba sonriendo; miró para abajo, luego para arriba, como temiendo una chicana y no respondió.

Un durazno había rodado lejos. La tocadora fue a levantarlo y se quedó con él en la mano, entonces avanzó nuevamente hacia la intrusa, dispuesta a sacarle a todo trance una respuesta.

—¿A quién busca? ¿Qué quiere?

Las niñas se iban acercando, interesadas. Clorinda reía bonachonamente ante esa obstinación cómica, y la risa empezaba a ganarlas a todas. Laura miraba hipócritamente a *La Choca;* se daba vueltas con una mano en la cara y volvía a contemplar la escena, haciendo un esfuerzo para serenarse. Por fin estalló la Julia, desatando las carcajadas escandalosas. Etelvina y *La Choca* se abrazaban para no caer.

—Si parece tonta —decía Julia, considerándola en sus barbas con descaro.

Todos se habían puesto a coger duraznos del suelo. Clorinda hincó los dientes en la fruta pulposa y rica sin limpiarla siquiera. ¡Qué rebuena y qué sabrosa que estaba!

—Pa ustedes son —dijo la mujer, desatando la lengua por fin.

El roto bezudo comía en un rincón, mirando a las mujeres alternativamente.

—Son de Quillota.

Ofelia cogió del suelo el más grande, y sin mondarlo, como lo hacían todas, empezó a mascar con encanto. Quillota era su ciudad natal, un paraíso. Tan chiquita había salido de allá que apenas recordaba.

—Había un cerro, niña, El Mallaca...

Las risas cesaron y en el silencio se escuchó unos minutos el apurado y jugoso masticar. La mujer se sentía ya como en su casa, contenta por el éxito de esa fruta que daba fama y renombre a su tierra. Gran familiaridad reinaba entre todas; la fruta quillotana hacía fraternizar a esa gente de origen silvestre.

Clorinda pasó a María un durazno mondado por sus propias manos.

—¿Por qué estás triste, chiquilla?

Ella no lloraba ya. Sus penas se desvanecían con ese sabor campestre tan conocido que le llenaba la boca de miel, recordándole su valle donde había nacido.

La gruesa mujer, todavía echada en el suelo, ponía en ella toda su atención acariciándola con suaves miradas maternales y su voz tembló un poco cuando, dirigiéndose a Clorinda, preguntó:

—¿De dónde es la niña?

—Del campo también. De San Felipe.

—Tan bizarra que está.

—Pero es tan ideática; esta mañana no hacía más que llorar.

Cuando llegó doña Rosa se escandalizó de todo; venía amarilla, iracunda, con los escarabajos de la bilis revueltos, pidiendo berrinche. La rifa debía hacerse antes del almuerzo; el patio estaba mugriento. —¿Y María? —¿Y el sombrero? Todo era motivo de disgusto; cuando vio a la mujer extraña, dando de mamar en la mampara, preguntó:

—¿A quién busca ésta?

Clorinda pareció despertar.

—No sé... A verla a usted. ¡Qué sé yo! Ahí está desde las nueve.

La mujer se puso de pie con trabajo. Doña Rosa fijó en ella sus ojos duros que no querían perder la autoridad. Todas se interesaban en el caso.

Entonces la forastera explicó su visita. Una historia lamentable, entrecortada con suspiros y exclamaciones de indignación.

María se acomodó en una silla. Ofelia empezó a escuchar sin despintar de su vista a la forastera. Narrando sus cuitas, la mujer había cambiado por completo; su mirada se tornaba resuelta, inteligente; su voz suave convencía, revelando nobleza y buen sentido. Se trataba del despojo de una chacra por el tinterillaje provinciano al servicio de un cacique. Su marido, siervo de la gleba, había muerto con el azadón en la mano y los buitres cayeron sobre esa viuda sin otro apoyo que un hijo de quince años, para quitarle su terruño. Explicaba el caso con pintorescos detalles, repitiendo lo que le parecía más elocuente. Les habían expulsado los carabineros con papeles redactados por los rábulas. Al llegar a esta parte inclinó la cabeza y gruesas lágrimas se formaron en sus ojos capotudos.

Pero, ¿a qué viene todo esto?, ¿a quién le interesan estas historias? —parecían decir los ojos severos y punzantes de la encargada. Ofelia creía sentirse mal. La voz de la mujer era como una música de su niñez; sus movimientos embarazados, esos gestos llenos de sinceridad ingenua le traían una reminiscencia vaga y dolorosa que le ponía un nudo en la garganta. Tenía miedo; por poco se pone a temblar. María y ella escuchaban con atención. *El Pescante* había llegado y fumaba melancólicamente, sentado en el trono de *La Gloria:* el cajón vacío.

—Yo he venío a Santiago —dijo al fin—, para ver a una hija. Se llama Zoila.

Ofelia metió su cabeza en la falda, entre las rodillas, como si quisiese desaparecer.

—Una hija que entregamos a una cuñada cuando tenía once años. Se arrancó de la casa... Dicen que estaba poseída... El año pasado supe que vivía en *Las Primaveras,* pero cuando murió el esposo hice escribir y devolvieron la carta. Puede ser que ella conozca gente, me dije, ya que está tanto tiempo aquí... En *Las Primaveras* me dijeron que se había cambiado pa *La Gloria.* Su nombre es Zoila, pero ella se hacía llamar Yolanda, y ahora dicen que se puso... no sé cómo...

Todas las niñas se levantaron, menos Ofelia.

—¿Será la Julia? —preguntó Laura.

Esta alzó la vista con expresión cómica, pero al mismo tiempo brotó del pecho de Ofelia un grito agudo; sus ojos se revolvieron en las órbitas; su boca se contrajo en una mueca trágica.

Se produjo un movimiento general. El lancetazo misterioso de un aviso interior levantó a la forastera de un salto.

—¡Hija mía!

—¡Mamita!

Laura se retiró a su cuchitril. Bravía, impertérrita siempre, sentía ganas de llorar sola. Quería a la Ofelia con esa amor que no tiene paralelo, con el amor chúcaro de las perdidas, con su fuego ensimismado de india semiespañola. Las mujeres quedaron mudas recordando lo más solemne de su

vida. Ofelia se puso de pie y llevó a la madre para su cuarto, enjugándole las mejillas tiernamente.

María olvidó un instante su propia desgracia. Había perdido sus economías; las guardaba dentro de un pan duro que un ratón le arrebató.

El sol estaba encima de esas cabezas porque eran las doce. Irresistible, colérico, rodaba el gran incendio redondo, presidiendo esas vidas fatales sin concederles ninguna importancia. Hasta el ruido de los trenes parecía venir del sol.

XVII

DE VUELTA DEL PASEO llegaron solamente tres niñas en la carretela. En la puerta de *El Hospital* una mujer obesa curioseaba comunicando sus observaciones a otra, que seguramente estaba echada en el pasadizo. Toda la calle miraba para *La Gloria.*

El paseo marcaría en la vida de las niñas un paréntesis luminoso. No habían pasado un día feliz, pero el acontecimiento sería recordado con gratitud; la ilusión cubriría el recuerdo de esa partida campestre. Sólo Julia no se había embriagado. Rosalinda y Etelvina, despeinadas, los ojos hinchados, hablaban con incoherencia. Las otras se habían quedado rezagadas. ¿Dónde? Ninguna lo sabía. Ofelia no fue. Las impresiones con motivo de la visita de su madre y el lavado de cabeza, la tenían como atontada. Lavarse la cabeza era un acontecimiento que les ocupaba largas horas. Estaba sentada junto al fuego, con la cabellera caída sobre la espalda secándose lentamente; el maravilloso quillay había barrido la caspa, haciendo las guedejas finas y brillantes. Se sentía confortable y tranquila porque su madre le había dejado ropa blanca y le había prometido noticias todos los meses. Pensaba que ahora la tratarían mejor.

—¡Bueno la que has perdido, Ofelia! —le gritaron a boca de jarro, echándole el aliento alcoholizado. Ni levantó la vista siquiera; sentía su pelo limpio y sedoso en la espalda con placer.

—¡Si vieras, niña, qué jóvenes más bonitos, qué lujo!

La impresión que retenían sus imaginaciones les arran-

caba gritos avinados, un eco ronco del ruido que había levantado alrededor de ellas el día de sol y jarana en la cancha popular.

—Niña por Dios... ¡Ese gordo que gritaba *La Guale!* Conservaban una impresión violenta y ficticia, de esas que produce la embriaguez. Verían durante mucho tiempo el gran prado verde; aquí y allá las manchas violentas de los geranios; los caballos de cabos tan finos; los jinetes pegados encima como muñecos; la gente blanca y educada; las tribunas; la luz. La calle Borja les parecía más obscura; el patio más estrecho; ese salto de las tapias de su miseria hacia un horizonte nuevo, las confundía.

Los enseres disparatados y los trastos viejos dispersos en el cascarriento patio tomaban el tinte anaranjado precursor de la noche. La casa se estremecía por la tempestad del hierro y el vapor que no menguaba un instante. En las caras de terracota de las mujeres, reaparecía la risa muda y vacía; se miraban y sus interrogaciones cuadradas tenían una sola respuesta:

—¡El gordo que gritaba *La Guale!*

La pobreza del vocabulario nacional se mostraba en esa exclamación seca, constante. Ahí quedaban encerradas sus reminiscencias del día de carreras. Un momento habían traspuesto el hedor lupanario; habían entrevisto en la claridad vibrante de ese día tibio una vida mejor. Rodando por las anchas calles donde la opulencia se encastilla en altas cumbres de egoísmo, en bufa carrera, habían creído un momento en la posibilidad de un cambio de vida radical y fantástico. En el Hipódromo saludaron amigos; tomaron champán; vieron una francesa vestida como en camisa, una camisita rosa, de muñeca; ella, rubia y fresca, con desparpajo natural, las miró. Rieron como locas viendo a un inglés que gritaba con furia: ¡La *Guale!* He ahí las impresiones que marcarían en su vida un recuerdo imborrable. Las burlas, las bromas amargas que provocaron, esa francesa que las tosió con risitas sarcásticas: *En v'la des fenomenes! C'est affreux!* Lo hiriente y triste de esa escapada famosa, les pasó inadvertido.

"La Guale". De cinco en cinco minutos se repetía en sus

bocas de labios carnosos la expresión que venía a ser como el esquema del día de campo; el lenguaje monosilábico no daba para más.

Cuando llegó, la patrona empezó a interrogarlas; el éxito del sombrero se le imaginaba fenomenal.

—¿Por qué no ha llegado Catita? ¿Y Laura?— Ninguna sabía. La última vez la vieron tomando con un gringo.

—¿El maquinista?

—No —saltó Etelvina.

Clorinda llegaba también. Venía furiosa. María, la criadita, estaba borracha. Había tomado aguardiente.

—¿María? —Ofelia levantaba la vista, incrédula.

Doña Rosa rió.

—Tarde o temprano tenía que probar el trago. Ejante era gracia que no lo hubiera hecho tuavía.

Clorinda se indignó, pero luego preguntaba con calma:

—¿Y el sombrero?

Las mujeres callaron. Se prolongó el silencio. Pensaba Etelvina que el sombrero resultaba ordinario en las reuniones escogidas, pero la borrachera y la escasez de vocabulario le impedían explicarse. Empezaban a comprender que era un mamarracho, pero no se habían dado cuenta de las burlas ni de las insinuaciones. Julia, picada porque no le había tocado a ella, dijo:

—Muy grande, niña. Ahora se usan chiquitos, como gorritos.

Etelvina aprobó con un movimiento desgarbado. Doña Rosa se indignó y dio dos pasos, cojeando pomposamente a lo largo del patio.

—Lo grande es siempre lo mejor; lo chico tiene gusto a poco, como los tragos. ¿Qué sabían ellas de modas?

Cuando llegó Esmeraldo, Clorinda sermoneaba a María, que estaba tumbada en la cama de Ofelia, panza arriba cual otra pecadora. Violeta la contemplaba extasiada.

—¡María se ha curado!

Esmeraldo sintió un malestar. Traía una de sus rarezas súbitas. Le asaltaban a menudo. Algo gordo habría hecho.

—¿Qué no se come esta noche?

Una volvió a decir:

—María se curó. Perdió la plata, la pobre chiquilla.

Empezaron a narrar por tercera vez la historia del ratón que arrebatara de sus manos el pan duro, dentro del cual guardaba las economías.

Clorinda aseguró que ella llevaría la comida. Estaba indignada.

Golpearon la puerta y en ese mismo instante llegó un acorde blando de guitarra como signo de la noche. Ya habían entrado visitas en *El Hospital.* Siempre empezaban antes. Doña Rosa frunció el sobrecejo. Volvieron a golpear la puerta, de manera violenta, y cuando abrió Clorinda, apareció un cochero melancólico con la huasca en la mano, señalando el interior del vehículo. La tocadora levantó los brazos al cielo, presa de estupor; luego ayudó al cochero a sacar del coche a Catita. La niña se traía una borrachera llorona, los cabellos deshechos sobre la espalda; las ropas manchadas. Había perdido una bota y el famoso sombrero.

Clorinda ayudó a entrarla por el pasadizo, con precauciones; ella sostenía las piernas, marchando de frente, en tanto el cochero la sostenía por los sobacos, retrocediendo. Cuando la depositaron en su lecho, Clorinda lloraba.

—¿Qué hay? ¿Qué pasó? —preguntaban todas.

La tocadora seguía sollozando con la vista baja, y el cochero, turbado, no acertaba a decir, mirándolas de hito en hito, con miedo.

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó? —Ofelia se puso de pie—. ¿Qué? ¡Dime tú, Clorinda!

La borracha murmuró en ronco gemido:

—¡Laura!

—¡Laura! ¡La Laura! ¿Qué? ¿Qué hay? —Ofelia enloquecía.

El cochero, que tenía el exterior de un hombre bondadoso, se decidió a narrar el asunto. Lo hizo con recogimiento, dando vueltas entre sus manos recias el sombrero de paja. A cada alarido de Ofelia, que empezaba a llorar con estrépito, tenía un sobresalto.

—... En el San Cristóbal, esa tarde ... le llamaban ... La niña había rodado ... Estaba echando sangre ... ¡muerta! La

llevaron a la Asistencia... Bien muerta estaba... tan pálida, tan feble... ¡Una pluma!

Ofelia, demudado el semblante, lloraba con desesperación, como si con Laura perdiese cuanto en el mundo le quedaba. Julia quería saber más, todos querían. —¿Qué pasó en el San Cristóbal? ¿Qué dijo antes de morir? —Ofelia calló un momento para escuchar.

El cochero sabía muy poco. —Cuando llegó estaban solas, pero creían que las invitaron unos jovencitos, en un colmado al pie del cerro. Catita nada podía decir; tenía la borrachera llorante, un delirio.

Esmeraldo estaba como atontado, mientras el patio vibraba con los gritos desgarradores de la Ofelia, las preguntas de Julia y los sollozos de las otras. Violeta chismoseaba por la ancha calle, alimentando la curiosidad del barrio murmurador, entre los montículos, los baches y los adoquines dispersos. La noche se venía encima con sus tamboreos.

—¿Y el cadáver? —preguntó doña Rosa, mujer práctica.

—Hay que reclamarlo —respondió el cochero—, porque si no lo llevan a la Morgue y a la medicina donde lo descuartizan...

La última palabra penetró en lo más recóndito de Julia, revolviéndole las entrañas como un cuchillo. Sentíase a la desnarigada asomándose en el prostíbulo, echándoles a las rameras su soplo gélido.

Rompió a llorar Julia. No amó a Laura, pero la idea de su propia fragilidad le era insoportable.

—¿Y la comida? —preguntó una, tímidamente—. ¿Quién pensaba en comer?...

Pero, ¿qué pasaba en esa casa? —preguntaba Etelvina—. Ya no se podía vivir ahí. Yo me voy —decía en voz baja—. Yo me voy.

Las sombras de la noche ya cercana traían el miedo, el terror pánico a la muerte.

En el otro prostíbulo estallaba la cueca de siempre. Violeta llegó de la calle, feliz, declarando que los bachichas habían entrado en *El Hospital*, pero quedó turbada viendo que la noticia no producía el efecto esperado. En otras ocasiones

la entrada de los bachichas en el prostíbulo rival desataba las iras.

El pañuelo de lana de la muerta quedó flotando en la ventanilla del cuchitril, como su pabellón de combate que nadie se atrevía a arriar. Violeta lo miró y, acordándose de la academia miserable de Laura, flaca y verdosa, hizo una mueca de disgusto. Al mismo tiempo se esponjó las faldas por detrás y se palpó el seno.

Las últimas luces se iban; el tinte anaranjado del crepúsculo había desaparecido y el barrio quedaba enteramente pobre.

XVIII

EL MARTES EN LA NOCHE llegó la madre de Laura. Era una mujer gruesa y negra cuya falda color café aparecía bajo el manto. Tendría un dolor reconcentrado. Se le notaba en la vaguedad de su mirar. Usaba esas gafas ordinarias de metal plateado y su falda denotaba que hizo una promesa. Parecía cualquier cosa decente y pobre, menos la madre de una de ellas.

En el patio, tres individuos charlaban con *La Choca,* en voz baja, de asuntos ajenos a la muerte. En el desván, a través de los intersticios de la madera resquebrajada por las lluvias o el calor, veíanse líneas irregulares de luz rojiza.

Uno de los individuos se incorporó en la sombra y se distinguieron sus rasgos cuando le dio de lleno la luz del farol. Era *El Pescante,* disponiéndose a conducir a la atribulada madre que, por instinto, levantó la vista hacia el desván. Una oleada de impresiones antiguas la asaltó. ¿Cómo era posible que su hija habitara allí? Sus manos ocultaron su cara y murmuró: ¡Por Diosito! No pudo decir otra cosa.

Ofelia había hecho lo posible por que velaran a la compañera en su propia habitación, pero las otras protestaron, y ya era mucho que las autoridades permitieran ese velorio. En otros casos cargaban rápidamente con el despojo a la fosa común. Julia, notando la dolorosa sorpresa de la madre, exclamó: —¿Por qué no la pusieron en un cuarto de abajo? *La Choca* y la Etelvina bajaron la vista, dibujándose en sus fi-

sonomías esa máscara hipócrita que marcaba en ellas el más intenso grado de vergüenza. *El Pescante* ayudó a la mujer a subir por la escalera torcida y frágil, que se cimbraba como bambú. Ofelia era la perra fiel, echada en el suelo; sudaba copiosamente y brillaban las costras de su cara. Sus ojos hinchados, su obesidad pálida, exangüe, todos los detalles de su persona se hacían más patentes frente a la muerte.

En los costados del catre, que se inclinaba por la cabecera, habían colocado cuatro velas de sebo grandes, de las de a veinte, dos de ellas en palmatorias de metal verdoso y las otras en los golletes de botellas vacías. Se doblaban o torcían por el calor; la mecha de una de ellas se había alargado produciendo una gran llama negruzca y temblona que hacía titilar las sombras del desván; otras de las colocadas en botellas se consumían, chorreando su materia plomiza hasta por el suelo, en un lagrimear continuado y silencioso.

Ese velorio de sebo, cuya disolución el verano activaba, era el epílogo inevitable de esas vidas. Increíble hubiese parecido a cualquiera persona, menos a un roto, que esa zahurda, exigua como ratonera, maloliente, húmeda en invierno, hirviente en verano, fuese habitada por un ser humano. Esa pobre Laura que velaban y antes que ella otras pecadoras habían habitado ese desván donde apenas cabía una cama y *la caja,* construido con desperdicios de la estación, tablas podridas, viejas planchas de cinc, rieles mohosos y adoquines. Ahora vendría otra a reemplazar a la muerta.

Cuando la madre posó su vista en el despojo de su hija quedó inmóvil. Apenas si la reconocía.

—¡Laura! —gritó; y en un movimiento desesperado rodó sobre las ropas manchadas del lecho. Tuvieron que llevársela.

A la muerta se le entreabrieron los ojos, que su amiga había cerrado con devoción, unos ojos brillantes y profundos que retaban, resistiendo furiosamente a la ley natural. Una mata de recios cabellos indígenas caía en cascada por un lado de las sábanas, tomando de las luces un reflejo de ébano lustroso. Las manos, cruzadas sobre el pecho, se alargaban como si el calor de las luces fuese secándolas insensiblemente. El espectro de la vida asomaba todavía en el brillo de las pupilas y en la espesura de la cabellera, pero la carne se en-

cogía con rapidez pasmosa, pegándose a los huesos, tomando tintes aceitunosos sobre la faz, el cuello y los brazos. La boca se agrandaba, rodeada de pliegues, con esa mueca furiosa que ponía en vida cuando le echaban en cara el mal incurable, que al fin la había vencido, tirándola al suelo con los pulmones en la boca. Mariposillas diminutas revoloteaban alrededor de las luces, proyectando puntitos movientes sobre las sábanas; algunas llegaban a posarse sobre el cadáver. Una mosca grande empezó a subir por el brazo magro, internándose con tranquilidad entre la manga; luego aparecieron otras por el cuello y rostro. Entonces desapareció de ese despojo toda semejanza de vida; la inmovilidad de esa carne invadida se hizo impresionante.

El Pescante estaba arrodillado encima de la caja, con una mano sobre los ojos. Las mujeres lloraban recogidas en sí mismas, como si tuviesen vergüenza de su dolor. El desván era tan pequeño y frágil que era un milagro sosteniendo a tanta gente; cada movimiento lo hacía estremecerse, cual si fuera a venirse abajo. En la puerta del prostíbulo se detenían grupos bullangueros y se sentía cómo las niñas les hacían callar, imponiéndoles del asunto; pero la bulla volvía irresistiblemente.

A las doce de la noche golpeó Etelvina muy dulce, al pie de la escalera. Quería poner unas flores a la muerta. *El Pescante* la hizo callar, pero bajó en puntillas, con mucha precaución, para dejarle un hueco en el cuarto mortuorio. En ese momento cantaban *El Canario* en el otro prostíbulo.

El cuerpo, descompuesto ya, empezaba a infestar el aire. El vaho de las flores frescas se mezcló con el vaho de la putrefacción, produciendo un olor fuerte como de perfume en los sobacos sucios.

Cuando bajó la gruesa, su rostro tenía un desagradable color ceroso. Tal impresión le produjo el cadáver, que no pudo dormir con tranquilidad, perseguida por la mueca de la muerta, dura como reproche.

Antes de acostarse se reunieron muy contritas para rezar; como algunas habían olvidado el Padre Nuestro, Etelvina lo recitó en alta voz haciéndolas repetir cada frase en coro. El miedo cundió con el gorigori monótono. Después de hacer

rezar a sus hijos, hincados al pie del lecho grande, Clorinda contempló con superstición y espanto el cielo estrellado.

La impresión que dejaba la muerte podía condensarse en la frase vaga, hecha de miedo primitivo y fatalismo, que repetía Rosalinda, cada minuto, en un suspiro prolongado:

—Harto que sufrimos aquí pa que Dios la condene.

A las dos de la mañana todo el mundo estaba acostado, menos Ofelia y la madre de Laura, que velaban arriba. Como en la Semana Santa, habían rehusado gravemente vender sus cuerpos, no por respeto a la compañera, sino por el miedo al más allá, al reposo eterno, a la carne extática que se pudre en la obscuridad... Para ellas, que vivían esa vida brutal, la muerte despertaba un miedo, selvático, prehistórico; un trastorno general. Significaba la descomposición irremediable y asquerosa de aquello que era su fuerza, de esa carne que sentían codiciar a cada instante.

A las cuatro de la mañana, Ofelia despertó violentamente, con una mano sobre la cabeza, los ojos fuera de las órbitas... ¡Ay! gritó en un sobresalto: miró a todos lados y la pesadilla ficticia se fue desvaneciendo; las ideas renovábanse... Laura... la madre, el velorio... Sus rasgos se normalizaban a medida que volvía a la pesadilla real. Estaba sola con la muerta. Clareaba. Un gallo cantó su optimismo igual ahí cerca. Las velas se consumían como fatigadas por la noche de trabajo. El ajetreo férreo de todos los días empezaba en el corazón del barrio dilatándose en la serenidad del amanecer. El reposo y el aire fresco la aliviaron. Suspiró. Quedó inmóvil largo rato mirando el cadáver. Una sonrisa violácea y exangüe como un despojo de pájaro se posaba en los rasgos de Laura. Los labios inflados se levantaban en un extremo descubriendo los dientes largos y amarillosos en la oquedad letal. Los ojos habían abierto nuevamente, y miraban. En la almohada advertíase el reguero viejo de sangre seca. Levantó la cabeza de la muerta sin repugnancia. Toda mujer percibe con menor intensidad lo nauseabundo a causa de la maternidad.

El pabilo de las velas se estiraba como un ansia infinita o un sufrimiento informe. Ya estaría en el purgatorio. Ofelia no podía imaginar el purgatorio sino a la manera como apa-

rece en la imagen de la Virgen del Carmen, patrona del ejército de Chile. ¡Quién sabe con cuánta gente se habría encontrado ya! Se puso a arreglarla. Cerró su boca y, tranquilamente, bajó los párpados. Le acomodó las chasquillas de la frente tal como a ella le gustaba para presentarse a dar la batalla cotidiana en el salón. Cerró la puerta para que no entrara nadie mientras la arreglaba. Esa sería la última vez que la plumilla de polvos pasaría por esa cara antes de la cita con la tierra. El hedor del cadáver se mezclaba con el vaho del sebo y las moscas se posaban sin miedo en esa carne extática. Ofelia sintió más que nunca avivada su coquetería femenina; quería que su amiga estuviera presentable para los curiosos y las autoridades que irían a hacer la constatación. Entre ellas propondría un pequeño sacrificio para que no fuera a la fosa común. Cuando levantó las ropas del cadáver vio sus pechos fláccidos que ocultaba con un sostén amarilloso. Para que nadie los viera hizo lo mismo que Laura en vida, amarrándolos firmemente con las tiritas hasta dejarlos casi erectos. Así nadie se daría cuenta de la ruina.

Una vez hecho esto se dispuso a rezar, pero nada salió de sus labios. ¡Quiá! Eso sería el fin de todo... Se empolvó a su vez con la misma plumilla desplumada y áspera con que arregló a la muerta. No tenía miedo.

Entonces vio cómo las moscas se regalaban en esa carne: en las comisuras de los labios, en los ojos, en el pelo y las manos. Había huido de ese cuerpo, y para siempre, el misterio que nos anima, que tanto nos envanece y que defendemos a cada instante contra todo lo que nos combate alrededor. Laura, la agresiva, que tan bien luchó contra la peste blanca hasta lo último; Laura, la noble, que defendía a sus compañeras a patadas y mordiscos, ya no podía más. Pero su amiga fiel estaba ahí. Ofelia se puso a espantar moscas con las manos y el pañuelo.

Sintió pasos abajo. Ya se levantaban. Una mujer cantó *El Canario* en voz baja. La hicieron callar, recordándole el duelo, que ya había olvidado. Ofelia pensó cuánto le gustaba a Laura la cueca del *Canario*. La primera vez la bailó con un palanquero rubio, de Chillán.

Cansada de espantar moscas, se limpió el sudor y vio que la muerta se ponía negra. Los ojos quedaron bien cerrados. El verano, que intensifica la llama de la vida, precipitaba la obra de la evolución llevando a esa faz descompuesta una mueca de dolor extrahumano.

XIX

EL GARITO PERMANECIÓ cerrado una semana, tiempo que duró la campaña de prensa con motivo del escándalo preparado por Madroño. El día del allanamiento, operación necesaria y saludable, como dijo el prefecto, *El Popular* se encontró vacío. Pero los socios del *Sporting,* cogidos *infraganti,* fueron llevados por el medio de la calle entre los guardias; ese club tuvo que cerrar definitivamente tal como lo previeran, dejando el campo libre al otro, que aprovechó el cierre momentáneo para introducir arreglos en la casa.

Se veía que el local flamante, bien provisto de luces, acababa de ser puesto como nuevo, con pintura, estuco y dorados. En el salón principal, reservado para las reuniones políticas, había un retrato de Balmaceda, pintado por encargo de Madroño. Tenía la cara amarilla y una mano contraída y roja, como cangrejo, encima del código. Levantando una cortina pesada se llegaba a la sala de juego. Lo primero que saltaba a la vista, bajo las luces cegadoras, era un letrero:

"Se ruega no brujulear las cartas. Quedan terminantemente prohibidos los boquillazos y la música".

Alrededor de la mesa inmensa, los jugadores, en su mayoría jóvenes y de clase humilde, se apretaban con los ojos desorbitados, como si de repente fueran a poner sobre el tapete un plato suculento. La tela verde nuevecita, lisa y brillante, daba gusto. Por todas partes se olía a pintura o engrudo.

—Los que juegan en la casilla de la mano pierden y no ganan.

El croupier pronunciaba cada cinco minutos esta frase absurda, con gran seriedad, como si se tratase de una cosa importantísima para la marcha del negocio. Era un madrileño,

noctámbulo inveterado, conocedor de las ciudades del Mediterráneo donde se *talla* a la francesa. A veces distribuía golpes de raqueta en las manos de los jugadores poco escrupulosos que por toda protesta le llamaban "escapado de Ceuta".

La afluencia de gente era particularmente grande esa noche de reapertura; la diversidad de tipos de los jugadores era notable.

Dos individuos de caras bestiales, como tallados en rosbif, de anchos pómulos y cuellos torunos, se paseaban de un lado para otro sin jugar, haciendo largos plantones en el mostrador de la cantina. No hablaban más que de bofetadas y de rameras.

—Oye —dijo uno —está tallando Sebastián.

—¿Qué Sebastián?

—¡Martí, hombre!

—¿Ese delgaducho?

Valdivia y Benson, que eran los que así departían, estaban acostumbrados a mensurar a los hombres por el alto y por el ancho, como en las exposiciones de animales. Pero a pesar del desprecio que les inspiraba la constitución física de Sebastián, sentían un respeto instintivo hacia él por el rango de su familia y la suerte que tenía en el juego.

Valdivia encaminó a Benson por la sala de baccarat hasta ponerse ambos detrás del crupier, frente al tallador.

—Los que juegan en la casilla de la mano pierden y no ganan. ¿Está hecho? —dijo el crupier haciendo relucir un enorme brillante que llevaba en el dedo meñique de la derecha, al tiempo que recogía la raqueta.

Sebastián empinó un vaso de *whisky* que tenía a su alcance junto a los naipes y exclamó:

—¡Ponerse y sin picarse, niños! ¿Quién dijo miedo? —dio las cartas y antes que los puntos hablasen tiró las suyas gritando alegremente:

—¡Nuf!

Decía así como burla, cada vez que tenía nueve.

Valdivia miraba a Sebastián con gran atención. Le atraía esa cara cómica e inteligente, expresiva y cambiante. Tenía una sonrisa llena de ironía que era su sello propio y que

producía cierta turbación. A Valdivia le pareció que se estaba burlando de todos y se quedó mirándole fijamente.

Benson jugó dos pesos a la derecha.

—No seas tonto —le dijo Valdivia— no pongas. ¿No comprendes que va a pelarlos a todos? Es su noche. ¡Los ha pillado con embuche!

En ese momento llegaron Guillermo Doria y Jacinto Valsarino. Hicieron un saludo cómico a Sebastián y se fueron a la cantina. Por la sala corrió un rumor; se codearon algunos jugadores.

¡Guillermo Doria!

Los recién llegados pertenecían a la dichosa clase alta. Se comprendía eso nada más que con mirarles. De todos los jugadores presentes el único que pertenecía a su círculo era Sebastián; pero él llevaba otra vida: tuno, jugador, cínico, se codeaba con la canalla de Santiago, sin dejar por eso de asistir a los bailes y ceremonias sociales impecablemente vestido. Algunos jugadores se quedaron mirando a Sebastián, asombrados por la manera familiar como saludó a Doria. Acostumbrados a verle y tratarle habían llegado a tomarle por un igual. Doria es uno de esos nombres estelares que reúnen catolicismo, aristocracia y plutocracia, deslumbrantes y admirables por la cantidad de privilegio social y goce amplio de la vida que integran. En casi todas las capitales hispanoamericanas existen Dorias. Jacinto Valsarino, el íntimo de Doria, de familia católica, distinguida, pero pobre, era gorrón somormujo, aceptado generalmente por chismoso y servil.

Fernando llamó a Valdivia desde la ventanilla de la caja, que era una especie de confesionario de madera a la derecha de la sala de juego y le pasó un fajo de billetes.

—Ponlo a caballo —le dijo—. Ha llegado ese Doria; es preciso hacerle buena impresión. Si se remata la banca súbela por mi cuenta hasta mil pesos.

Pocas explicaciones necesitaban entre ellos; se adivinaban el pensamiento. Valdivia colocó el dinero de Fernando sobre la línea del triángulo hecho con pintura amarilla que marcaba el anexo del paño 2 sobre el 1.

—¿Cómo va esa plata? —preguntó Sebastián.

—A caballo —dijo Valdivia con vanidad, metiéndose las manos en los bolsillos e inflando el pecho. Quería hacer creer que el dinero era suyo.

Un jugador pequeñito, sucio, que esperaba su mano toda la noche para jugar un peso en sociedad, dijo al que estaba a su lado:

—Juega por Fernando.

Valdivia se acercó a él cautelosamente, como bailando el tango, le miró en los ojos y le dijo, tirándole de la solapa:

—¿Quién le mete en lo que no le importa? ¡Microbio!

El sujeto chiquitín quedó espantado y empezó a excusarse, pero el matón, que no soltaba, le alzó de la silla como un trapo.

—Es hora de dormir. ¡Lárguese! *Go and sleep* —le dijo en inglés, de manera despreciativa.

El miserable ganó la puerta, escurriéndose como perro castigado, provocando la risa de cuantos presenciaron la escena.

A todo esto Sebastián daba otro pase como el anterior, extendiendo sobre la mesa un nueve de trébol y una figura. Ganaba con una seguridad asombrosa.

—¡Nuf!

Parecía más que sesión de baccarat, sesión de espiritismo. La suerte tiene algo de misterioso; el que la tienta hace una excursión al más allá.

Un individuo que jugaba en el paño izquierdo miraba a Sebastián fijamente y con rabia. Era *El Pucho,* el de la mirada estúpida, de toro; sus ojos parecían querer penetrar al tallador. De estar solo se hubiese lanzado sobre él de cabeza, como los animales astados.

Fernando, al oír la explosión del último nueve, se asomó por la ventanilla. Estaba sereno. Llamó a Valdivia y le habló en voz baja, pasándole otros billetes.

Doria y Jacinto entraron en ese momento fumando insolentes cigarros. Jacinto almacenaba el humo en la boca y lo echaba todo de repente, de manera irritante. Al ver la mesa llena de dinero se acordó de la madre de Sebastián. ¡Cómo le pesaban al día siguiente sus irreflexiones en el garito!

—Levántate —le dijo—. Ya no hay un peso.

Martí le rechazó.

—Déjame, déjame aprovechar esta infernal suerte —dijo secamente.

Cuando jugaba, perdía su amabilidad.

Jacinto trató de convencerle ante la hostilidad de la mesa, que empezaba a murmurar.

El crupier contaba el dinero de la banca con intención, como indicando lo temerario de ese golpe que era el octavo, temiendo que todo se viniese abajo con sus esperanzas de gran propina.

—¿Cuánto hay? —preguntó el tallador.

—Seis mil y pico —respondió el crupier mirándole fijamente en los ojos.

—Tira un carril por el pico y vámonos —le dijo Jacinto que tenía un miedo visible.

Doria contemplaba la escena con altanera indiferencia de aristócrata tuno y rico. Esas cifras no le asustaban. Se había hecho simpático de golpe a esa hez.

—Déjalo —dijo el repugnante Valsarino.

—¡Que lo deje! —gritó *El Pucho,* como los banderilleros cuando quieren que el espada se luzca.

Sebastián se puso a dar las cartas con calma, seguro de su insensata estrella. Benson le miró con simpatía; él hubiera hecho lo mismo. La única jugada importante era el caballo de Fernando; los puntos estaban guadañados. *El Pucho,* vaciado, miraba al banquero con los codos sobre la mesa.

—Cartas —dijo el de la derecha.

—Contento —el de la izquierda.

Casi al mismo tiempo, Sebastián escupió otro nueve magnífico con una reina de trébol. Esa baraja era una catarata de nueves. Cada vez que se daba una parecida decían los jugadores que era cosa nunca vista. Benson dedicó un gesto compasivo y como de excusa a Fernando, que se inclinaba para mirar con su expresión fatalista.

Jacinto sentía ganas de saltar de gusto y no podía evitar una risa torcida que le iluminaba media cara. Valdivia pensaba que de no estar acompañado le daría una tremenda patada en el trasero.

Cuando Sebastián dijo: "Otro talla", Jacinto y el crupier sintieron alivio. Las caras ávidas de los jugadores estuvieron

pendientes de la operación de contar el dinero que se hizo de manera pausada encima de la mesa. *El Pucho* se había puesto de pie y miraba los billetes con ojos alumbrados y turbios como gotas de alcohol encendido.

Fernando se compuso una cara amable de tendero, y se acercó al que le acababa de ganar el dinero con un cigarro habano en la mano, diciéndole al mismo tiempo:

—Perdóneme esta chilenada.

Martí aceptó y miró a Fernando con simpatía. Terminó la cuenta y metió los billetes confundidos en el bolsillo. Cuando dio la propina, Doria le empujó al bar. Cuatro o cinco siguieron detrás para pedirle. En el mismo momento se remataba la banca; las propuestas subieron desde veinte pesos. Fernando la tomó en quinientos, preocupado de hacer buena impresión a Doria y de retener al ganador. Estaba seguro de recuperarse en pocos pases, convencido de su superioridad como jugador. Pero la suerte le fue adversa desde el primer momento. A las tres de la mañana había perdido cuatro mil pesos de manera estúpida, arriesgando grandes sumas contra jugadores expertos y tacaños que se retiraban a tiempo después de jugar con un tacto y una malicia exasperantes. Inútilmente barajaba para cambiar la suerte; inútilmente gritaba la cifra de la banca para atraerse a Sebastián y Doria que bebían de lo lindo sin hacer más caso del juego. Se oían sus risotadas y se respiraba el humo de las chuletas con papas que les preparaban en la cocina. En el mesón había cuatro botellas de *White Horse* vacías y una de champán. Jacinto tenía la borrachera llorona y cargosa; Doria, siempre frío, pagando copas y cigarros, miraba a su alrededor de manera impertinente. La generosidad de ese hombre que no había jugado, vestido de tonos oscuros, con camisa y cuello de seda, causaba un efecto deslumbrante.

Frente al mostrador había cuatro mesas. Los jugadores, desquitados por el *olio* que daba el patrón, empezaban a llegar pidiendo bisteques, tortillas o criadillas. Casi todos se habían desquitado. *El Pucho* con un peso, el último, hizo cuatrocientos y llegó pidiendo Santa Rita y bisteques a caballo. Ninguno tenía cartera, y sacaban los billetes del bol-

sillo derecho del pantalón en forma de repugnantes pelotas sebosas.

Una claridad violeta llegaba a los cristales de la ventana por encima de los techos de cinc, tibios y secos. Se hablaba en alta voz en forma como no se acostumbra a otra hora: aventuras con damas de la sociedad, beatas y lujuriosas, historias de burdeles y caballerizas, hazañas de jinetes, criados y boxeadores. Todo el mundo estaba ebrio y ansioso; no pensaban acostarse, para ir a las carreras de caballos que serían magníficas.

Tres muchachos llegaron con algazara y depositaron en el suelo un saco lleno con un material pesado. Eran de la famosa pandilla de la Avenida Matta; venían de recorrer las calles Eleuterio Ramírez y Eyzaguirre. Doria conocía a uno de ellos y se sintió molesto; era hijo de un abogado que su familia empleaba; venía asqueroso, con el aliento ácido de los vómitos.

Valdivia abrió el saco y se rió porque contenía golpeadores de puertas, timbres y planchas de bronce con inscripciones, algunas hasta con sus tornillos. Se veía que acababan de arrancarlos violentamente.

—Han "hecho" la calle Compañía —dijo.

Uno de los recién llegados se puso a vomitar, a un paso de Doria. Cayó al suelo y quedó roncando en el mismo sitio.

—Vámonos —dijo Jacinto.

Cuando se fueron, el garitero se asomó al balcón. Al sentir en su rostro el aire de la mañana midió su estupidez y su locura. Su situación estaba gravemente comprometida, casi deshecha. Él lo atribuía todo a una pedida de cinco que hizo a Sebastián un señor Castillo, llamado *Castillito*. El trío elegante se alejaba en el lindo auto de Doria.

El Pucho bajó corriendo las escaleras con una breva en la boca.

—¿Pa dónde fueron? —preguntó al portero.

—Pa la calle Serrano.

Mordió el puro con rabia y pensó: —Si va al *Hospital* lo mato.

XX

NADA DIJO DE SU desastre a Clorinda. Pasó días negros. Se le cerraban las puertas y los semblantes de los hombres. No tenía amigos. Recordó que había entregado a Clorinda, para que se lo guardase bajo llave, un anillo con brillantes perteneciente al antiguo encargado del club, el español Manuel Jilarrán. Se lo había dejado a cambio de la cantidad que no le vendría mal. Clorinda no tardó en abrir el baúl grande. Escudriñó en el fondo y sacó un envoltorio donde estaba la prenda. Constaba ésta de tres brillantes engastados en un grueso anillo de oro. Fue al domicilio del tal Jilarrán, seguro de encontrarle a esa hora. Era un trasnochador. Se levantaba tarde. Vivía en una casa de pensión, manejada por damas catalanas de la calle San Diego. Preguntó por don Ramón en los bajos de la escalera a una vieja con cara de mapuche. Oyó una voz de mujer que preguntaba desde lo alto de la escalera:

—¿Qué busca? ¿Quién es?

—Preguntan por don Manuel —respondió la mapuche.

—¿Quién es? —insistió la voz de arriba.

La vieja sirvienta mapuche subió unos escalones y dijo a su patrona en voz baja:

—Es un hombre de tipo ordinario.

El oído agudo de Fernando no perdió la reflexión deprimente. Rojo de rabia estalló con voz irritada:

—Dígale que soy del Club Popular y que vengo por el asunto del anillo que me dio en prenda.

Salió una mujer gruesa, pobremente vestida, que dijo con acento catalán, de mal humor:

—¡Pero si don Manuel se marchó a Barcelona hace dos meses!

Fernando se quedó paralizado un momento. La sirvienta mapuche que le describió como tipo ordinario bajaba con una escoba en la mano. Fernando no se pudo reprimir.

—¡Si yo tengo tipo ordinario, usted es una ratona de alcantarilla!

Salió con rapidez, dando un portazo. Entró en un bar y bebió un vaso grande de vino. Ya estaba metido. Copas de más o de menos... Se dirigió a la Alameda y subió en el tranvía Estación. Bajó frente a la agencia de don Pelayo y se detuvo unos minutos fascinado por la exhibición de cuchillos en la ferretería contigua. Se vio la cara en el espejo de otra tienda. ¡Tipo ordinario! ¡Maldita vieja! Había poca gente. El agenciero le saludó con buen humor.

—¡Hola! ¿Cómo está doña Clorinda? ¿Y la Etelvina? ¿A ver? ¿Una sortija?

Un rasgo de curiosidad brilló en los ojos del agenciero. Fernando sacó de su bolsillo el envoltorio con el anillo y lo puso en el mostrador. La emoción le traicionaba en sus manos. Don Pelayo tomó el anillo entre sus gruesos dedos. Su cara cambiaba en el momento de las tasaciones. Aparecía en su nariz y en sus ojos algo de ave de presa. De pronto se quitó la lupa y exclamó con crueldad inevitable:

—¿Usted sabe lo que es esto?

—Sí. Claro —repuso Fernando.

—Ésta es una imitación. ¿Usted no lo sabía? ¿Verdad? —preguntó en tono de duda, ignorando la conmoción que sus palabras producían en el cliente. Fernando llamó a toda su energía para responder con frialdad:

—Me lo pasaron. Me lo pasó por verdadero un español.

—¡Es más falso que Judas! ¡No vale un peso! —exclamó don Pelayo.

Fernando procuró disimular la impresión y habló de otra cosa. Apretó las manos como si estrangulara una sombra. Después de mirar unas armas de fuego se despidió y salió. Todo era trampa y porquería. Bebió otro vaso de vino y se dirigió a la calle de Gálvez, a la casa de un policía que conoció en la calle de Borja. En cierta ocasión le había salvado de apuros. La calle Gálvez era pobre, con pobreza fea, sin adornos, como alarde de fealdad. La gente que pasaba era de humilde catadura y vestida para cubrirse con algo, sin ideas de adorno. La casa del policía, en el fondo del llamado cité, tenía una ventana sucia y en el vidrio un letrero: "Se vende un trajecito de primera comunión para niño". Golpeó. Apareció una chiquilla descalza con dos dientes de

menos en la mandíbula superior. El dormitorio, mejor dicho, la pocilga del policía, irritaba el olfato. En el suelo pelado se veían huesos, puchos, fósforos quemados y escupos. Hasta por el techo se notaban huellas de escupos. Borracho, se había acostado hasta con zapatos y sombrero. Con voz cargada de flatulencias, saludó y explicó, tuteándole:

—No tengo un peso. Pensaba ir a la calle Borja para contarte. Estoy despedido de la policía. Te advierto que te botarán del club para poner a un tal Ventura, o Venturita, amigo y patero de don Pantaleón. ¡Anda con cuidado y no digas nada! ¡No menciones mi nombre! Creo que la orden viene de arriba. Don Pantaleón está furioso porque la otra noche recibió un recado del club en la Cámara. El recado decía que habían llegado al club los talladores alemanes de la Tracción Eléctrica y que había mucha plata. A las diez llegó al club y no había ni un gato. Era una broma que le hicieron los senadores conservadores para poder votar una ley de cabotaje, a la que se oponía don Pantaleón mientras no le dieran compensaciones. La ley pasó en su ausencia. ¡Había que ver a Madroño cuando descubrió la burla!

—¡Yo le podría probar que no supe nada del asunto!

—El hecho mismo de que estuvieras ausente esa noche lo hizo sospechar.

Fernando se despidió. Todo se juntaba contra él.

XXI

FERNANDO DESPERTÓ amodorrado de la larga siesta. La cabeza le daba vueltas. Se lavó jabonándose con fuerza las axilas. El olor a miedo sale por los pelos de las axilas. ¡Esto no puede continuar así! se dijo, al tiempo que se vio su cara amarillosa en el espejo. Era otro. No dormía como antes. Se pasaba la noche revolviéndose en la cama con ideas alocadas. Santiago le había trastornado con ilusiones descabelladas y vicios de caballero. Diez años atrás no hubiera entrado en su cabeza la idea de ir a acusar a un enemigo en las oficinas de un diario. La vida en la capital le había corrompido. Se asombró por haber encontrado una explicación tan simple de su caso. No

dijo una palabra del asunto a Clorinda. Se hacía tarde. Se puso la ropa mejor, limpió sus zapatos de Pepay, bebió un gran vaso de vino y se dirigió a la Alameda para seguir el camino al campo de batalla. Al Centro y a "El Mercurio".

El Centro había sido hasta entonces una región impenetrable, de otra raza. Cuando estuvo frente a "El Mercurio" sintió en sus entrañas el vacío que había sentido en las puertas de los dentistas. La casa era espléndida y a la vez huraña. Casa de rico mal transformada en oficina y talleres de diario. En el vestíbulo con parquet, la luz se desparramaba desde la claraboya de colores. Las palmeras, el reloj y los altos frisos abaciales brillaban con insolencia. "El Mercurio" se había incrustado en el centro de la capital, entre el Congreso, los Tribunales y la estatua de Bello después de derrotar a "El Ferrocarril". Era el faro indiscutible. Fundado en Valparaíso por el español Tornero, se acercaba a los cien años de existencia. Más tarde fue comprado por el millonario Edwards, influyente en las finanzas, en la marina, en política y en todos los órdenes de actividades. El ingreso de jóvenes de la clase media a un imperio como ese lo hizo irresistible. El poder de absorción de la rama de Agustines Edwards tiene algo de magia. Los empleados más morenos, con sangre india, se mimetizan como camaleones. Física y mentalmente asimilan rasgos duros y metódicos de los bancarios Edwards. El diario se ha tragado a Chile asimilando pura sangre chilena.

Cuando el garitero entró en el *hall* eran las cinco. El miedo volvió a todo su cuerpo. El corazón de Santiago le producía siempre miedo. Se le cayó a los pies el coraje del vino. Sintió una araña en el estómago. Era un miedo a algo abstracto. Al fin Madroño era un cacique, un gran pólipo social. El había sido su agente electoral. Había matado a un hombre por orden de Madroño. Había incendiado y se había encochinado por él en un garito. De pronto le dejaba caer como trapo reglero. Así hizo con otros, pero ya vería. Tenía medios para denunciarle y librar a su patria de la garra de la bestia.

Pensando así volvió a sus nervios la oleada de coraje. Tras de las ventanillas para avisos y suscripciones vio las caras de los jóvenes empleados. Algunos tomaban el té que les lle-

varon de la Pastelería Camino. Se escuchaba el rumor acompasado de las rotativas. Funcionaban en el fondo del edificio. Salían y entraban personas diferentes. Una muchacha con tipo de india llevaba una tarjeta en la que su ama anunciaba "partió al campo". Otra mujer morena y chata, sin dientes, llevaba un aviso que decía: "Se arrienda pieza, de preferencia a extranjero solo". Otra, la más lamentable, de negro, ponía lo siguiente: "Se vende cunita de guagua". Llovían los remitidos, los desmentidos, las aclaraciones, rectificaciones, alcances de nombres. La sección más leída del diario era la de Avisos Económicos.

En la parte alta estaban los reporteros y la oficina del director. Las máquinas de escribir no paraban. La escalera de mármol dividida en dos, era pretenciosa y fea, de mármol y parada. Todo era así, pretencioso, feo y huraño. Cuando Fernando se decidió a subir, su corazón palpitaba con fuerza. Vio otra serie de celdas u oficinas. La gente más humana era la de los mozos, con caras de buenos y serviciales. A los otros se les había subido "El Mercurio" a la cabeza. Se componía de jóvenes de clase media provinciana. Hijos de pequeños agricultores, de funcionarios de correos, de ferrocarriles o de aduanas lejanas en poblachos tediosos. Encauzaban sus actos para labrarse situaciones seguras, conservadoras... Serían defensores de la oligarquía. Después de echar una mirada a la oficina más cercana, el garitero se dirigió a uno de los jóvenes que meditaba y tecleaba en su máquina. Mirándole de manera respetuosa y con intenso miedo, le dijo con voz débil:

—Venía, señor, para darle una noticia importante.

—¿Noticia? —creyó que se trataría de algún robo u atropello...

—Sí, señor. Es un asunto importante.

—¿Asunto de qué clase?

Otros reporteros escucharon con escasa curiosidad. Eran cazadores de noticias y les interesaban las grandes, las que llegaban por el telégrafo. Les daba lo mismo que anunciar pestes o guerras con tal de que fuese novedad. Uno de ellos se encargaba de engordar los telegramas.

El garitero miró a los muchachos, uno por uno y sintió de golpe la dificultad de su acción. Se trabucó.

—Se trata de un caballero de la política.

—¿De la política? ¿Y qué?

—Tengo documentos muy graves sobre él. El país verá quién es.

—¿Y quién es? —preguntó uno, pequeño, con tipo de cómico.

—Es una personalidad. Ya sabrán.

—¿Qué entiende usted por personalidad? —preguntó uno, pequeño, con cabeza grande y calva. Le clavó los ojos.

—Personalidad que falsifica elecciones, que hace desaparecer a los agentes enemigos. Es el dueño del Club junto con la policía. El objeto del Club Popular es el bacará. Aquí lo tengo todo apuntado —añadió el garitero.

—¿Qué piensa hacer con esos apuntes?

—Para que los pongan, no más, con detalles y números, para la lectura...

Comprendió que disparataba. Oyó risas y cuchicheos.

—¿Lo publicaría como remitido? Para eso tendría que ir a otra oficina. ¿Por qué no ve al jefe de redacción? Allá, en esa puerta.

Querían divertirse. El trayecto le pareció interminable. Su pelambre llamaba la atención sobre el piso de parquet. El redactor en jefe era un hombre de origen humilde, grande, grueso, con pelo negro tieso, ojos algo oblicuos y pómulos salientes. Su espíritu era tolerante y comprensivo. En su primera juventud sustentó ideas de igualdad social y de mejor reparto de la tierra y del capital. El inquilinaje en los campos le parecía una forma de esclavitud. Una vez entrado en años y en "El Mercurio", creyó que la democracia y la libertad eran utopías. Séneca dijo: ¿Quieres libertad? ¡Rásgate las venas!

El garitero llegó ante él, determinado a concluir de una vez, con cierta rabia. ¡Futres corrompidos! El redactor no estaba solo. Cerca de él vio a dos jóvenes bien vestidos. Le miraron con curiosidad. Uno, rubio, con ojos burlones, le preguntó:

—¿Es usted el que trae revelaciones referentes a un personaje?

—¿Qué personaje? ¿De quién se trata?

—De don Pantaleón Madroño, de sus negocios con los gariteros, de sus fraudes electorales, de una muerte en el Norte y de la chiquilla menor que se trajo de Antofagasta.

Le escucharon con regocijado interés, los ojos brillando y las mandíbulas avanzadas.

—¿Y es bueno el panizo? —preguntó el rubio con aire burlesco.

—¡Vaya con don Madroño! ¡Ya decía yo!

El garitero hubiera matado al rubio. Su mirada fija de burla y de desprecio le sublevó. Todos ellos se las daban de sabios y de patriotas y no valían ni un cinco.

El redactor jefe no perdió la calma. Comprendió parte del drama de ese obrero. Su desesperación era auténtica. Había conocido no pocos casos semejantes. Miró a los jóvenes con severidad. Intervino con acento severo y compasivo.

—¿Cree usted que fue el señor Madroño el autor del escándalo en el "Sporting"?

—¡Sí, señor! —exclamó el garitero con un estallido de esperanza. En ese momento sus ojos eran dramáticos. El redactor no pudo evitar un movimiento de impaciencia y de pena. Se volvió hacia los jóvenes cuya expresión de burla y de malsana curiosidad desapareció.

Fernando se dispuso a partir mientras escuchó al redactor que decía con voz suave, lenta y cansada.

—Abandone ese proyecto. Esas cosas, amigo, no se pueden publicar y si se publicaran le traerían nuevas contrariedades a usted, y ni este diario ni el país ganaríamos nada.

Fernando, o el garitero, como hemos dado en llamarlo, partió del diario profundamente avergonzado de sí mismo. Había perdido el respeto de su persona. Se consideró como un ser despreciable y humillado. Se fue andando sin rumbo, hasta la primera cantina que encontró. La ciudad le había transformado en un ser desesperado y a la vez cobarde. No obstante la ropa de buen corte y las maneras de caballero que imitaba, era un individuo con peores costumbres, más perverso y más malo que el de antes.

El redactor de "El Mercurio", después de la partida del garitero, quedó un rato pensativo y en seguida dijo a los reporteros con expresión de solemnidad:

—Yo conozco a nuestro roto. Cuando éste ha tomado el partido de venir a un diario es porque el dolor lo ha trastornado. Se ha vuelto loco. Sus ojos revelaban un estado de desequilibrio morboso. ¡Sabe Dios qué le han hecho!

XXII

—¿YA TE VAY OTRA VEZ?

A ti te entró el pirigüín —dijo al *Pata de Jaiva* una mujer repolluda que representaba cuarenta años, aunque no llegaba a treinta. Estaba tomando mate, sentada en el suelo; tenía una chupalla caída sobre los ojos y papeles de cigarrillos en las sienes. Era la *Paté freres* de *El Hospital,* llamada así por su voz aflautada y la dificultad que tenía para pronunciar. Al hablar mostró una boca explanada, libre de incisivos y molares. Otras dos niñas estaban sentadas en el suelo, pero no se molestaban para nada, ni hablaban, ni respondían, ni miraban a nadie.

Un ruido subterráneo se oyó, prolongado y fuerte; la casa pareció como si fuera a venirse abajo, como si una gran mano la tomase por el techo para arrancarla de fondón. La lámpara se balanceó fuertemente.

—¡Jesús, María y José!

Las mujeres se santiguaron sin prisa.

Hablaron de terremotos y cada una recordó dónde la pilló el grande, de 1906.

—El taitita murió aplastado por la muralla.

—Se veían luces en el cielo.

—Castigo de Dios porque en Valparaíso ajusilaron a un inocente.

—¡Jesús, María y José!

—¡Santo, santo, santo!...

Se encontraron todas en el patio.

—Fue grande.

—Bien grande, mire.

El estevado *Pata de jaiva* las miró con melancolía desde

la mampara y se fue para la plaza rozando la muralla. *El Pucho* había arreglado una trampa esa misma tarde para cazar a Martí con dinero, lo que a él interesaba. El chiquillo y su hermana obedecían ciegamente a ese hombre terrible.

El Pucho apareció vestido de negro, con un sombrero suelto que le tapaba los ojos. Había preparado las cosas. Azuzando con astucia los sentimientos indecisos de los hermanos consiguió una carta para el joven, que Carmen mandó ignorando su contenido. En esa carta pedía dinero y amenazaba con el escándalo. Según cálculos de *El Pucho* esa carta comprometedora debía caer en sus manos al mismo tiempo que el dinero.

—Mira —dijo al *Pata de jaiva* con autoridad—, anda al circo y si ves al futre síguelo sin perderlo de vista.

El cielo estaba rojo y a cada momento la tierra se sacudía como pasa a menudo en el verano; la cordillera tomaba un relieve poderoso en ese crespúsculo lumínico. A cada nuevo temblor, las mujeres se persignaban en idéntica forma sin mayor emoción.

El chiquillo estaba nervioso no obstante su calma aparente. Sentía que *El Pucho* preparaba cosas terribles. La tragedia se venía encima con la noche.

Cuando llegó a la Avenida Latorre ya estaba oscura la ciudad, pero en el cielo se veía del lado de las montañas gran nube roja en uno de sus flancos, corriendo como barco incendiado. Frente al circo popular, donde era la cita, vio el gentío de costumbre, que se movía alrededor de las lonas parchadas y el tinglado sucio. Su hermana no llegaba. Un payaso nacional divertía a los curiosos con faramallas y travesuras, en la entrada de la carpa, exagerando los méritos de la farándula. Por los intersticios del tinglado miraban algunos al camello que todos los sábados paseaban por la ciudad a son de atabal y corneta, con los carteles en la joroba. El chiquillo sentía fuertes deseos de asistir otra vez a la función.

Miró al payaso y luego su vista fue de un extremo a otro de la calle; vio a Esmeraldo, que en una de las esquinas aparecía con los muchachos más grandes que él, y la criada de *La Gloria*. Vendrán al circo pensó, acurrucándose para que no le viesen. Como se pusieron a caminar en su dirección se metió

detrás de un cartel que estaba puesto sobre el entarimado de los músicos en un saliente de la carpa. Cuando pasaron a su lado sintió ganas de olvidar todos los proyectos terribles y colarse con ellos dentro del circo, pero sintió rodar un coche y vio cómo se detenía casi frente a la carpa. El corazón le latió fuertemente. Por su cuerpo sintió correr las misteriosas electricidades que avisan las horas decisivas.

Un joven espigado bajó del coche. Era el mismo Martí. Poco después apareció Carmen; su débil silueta con la dulce curva de la gravidez vagó un momento por la acera. Se saludaron sin emoción aparente y partieron juntos. Como caminaban hacia él se escondió otra vez y les sintió pasar. No oyó lo que decían en ese momento, pero vio cómo ella miraba buscándole con los ojos. El cartel tapaba su cuerpo.

En el circo celebraban un entremés del payaso que le hacía reír con locura en otras ocasiones. Oyó cómo decía: ¡música maestro! En el entarimado tocaron un aire galopante, rápido y sacudido como diana.

Salió de su escondite y siguió a la pareja como un gato montés, arqueada la espalda y recogidas las manos sobre el pecho. Hablaban en voz baja, siguiendo el terreno baldío, solitario, detrás del circo.

Martí había llevado dinero obedeciendo al recado escrito del *Pucho*. Quería terminar cuando antes mejor; tenía miedo por su familia, miedo de "joven bien" al escándalo, a las consecuencias posibles de esa aventura deplorable. Las bocanadas del circo, el olor inolvidable y obsesionante del populacho apiñado, las emanaciones de esas callejuelas le parecían insoportables y azuzaban su imaginación para terminar de una vez. Sentía un horror creciente por esa paternidad brusca, absurda, inimaginada que venía a trastornar su existencia. Le dijo que le llevaba mucha plata.

—Yo no quiero eso... no me interesa eso —decía la muchacha—. Quiero que no me abandone nunca, nada más. Dígame qué piensa.

Martí quedó sorprendido. ¿Si no quería el dinero, por qué se lo pedía en la carta?

—Traigo la plata —repitió.

—Yo no quiero plata. Diga qué pretende.

La miró de arriba abajo con cierto desdén cuando saltó el galopín negro y sucio poniéndosele al frente. Se turbó un poco. Carmen se descompuso. El chiquillo les cerraba el camino, mudo, con sus ojos de brasa y una mano bajo la chaqueta. Martí comprendía poco a poco llevando su mirada de uno a otro. Esa especie de aborto negro le inspiraba un miedo extraño.

—No le toques —dijo Carmen a su hermanito.

—¿Por qué puso así a mi hermana? —preguntó éste.

—Nada tengo que ver con usted —dijo Martí—. Vengo a arreglarme con ella. ¡Márchese!

—No le toques —repitió Carmen enfurecida, tapando a Martí con su cuerpo.

El chiquillo la consideró espantada, como quien ve visiones; estaba transfigurada con enérgica resolución en la cara.

—No lo toques —volvió a decir y le tomó del brazo cuya mano desaparecía en los pliegues de la chaqueta.

El puñal brilló arrancado de su escondite y el chiquillo quiso desasirse brutalmente, pero su hermana le sujetaba con una fuerza de que nadie la hubiese creído capaz.

Martí no sabía qué hacer contemplando esa lucha salvaje. Carmen se la ganaba al hermano y ambos de espalda a él, rodaron por el suelo. Un momento quiso correr, pero la nobleza de la muchacha, esa fuerza que adivinaba en ella, le amarraron ahí.

Fue su perdición. Sintió pasos detrás y un dolor tremendo y súbito le tiró al suelo con un grito agudo, uno solo... La última visión humana que llegó a él fue la cara de Carmen, enfurecida, soltando al hermano y encarándose con el matador. *El Pucho,* al consumar su obra, se sorprendió de notar tanta hostilidad en la amante del muerto. Sólo entonces comprendió que estaba equivocado, que había sido engañado por el galopín. Guardando el cuchillo dijo a éste:

—Vos tenís la culpa.

El terreno era oscuro y solitario, pero no había tiempo que perder. Registró las ropas del muerto y encontró el dinero y la carta de Carmen, tal como lo había previsto.

—¿Pa qué lo juiste a matar? —preguntó ella, tapándose la

cara, con una voz que no era capaz de revelar su verdadera impresión.

—¡Cállate! —dijo *El Pucho.*

—¿Por qué me voy a callar? —preguntó ella con esa cachaza e impasibilidad que desorientan.

Su voz era feble, igual, sin alteración.

—Esto te va a costar muy caro —añadió.

—A vos si seguís lesiando —dijo el asesino que se arreglaba las ropas mirando a todos lados. Se vio una sombra que avanzaba a unos veinte pasos y todos huyeron.

XXIII

AL DÍA SIGUIENTE, LAS ocho sonando, se presentó en casa de Madroño el jefe policial. Días antes le había comunicado el político sus dudas, sus aprensiones sobre la actitud de Fernando cuyas amenazas conocía.

Le recibió en cama y empezaron a conversar en voz baja.

—Se ha cometido un crimen sumamente interesante —dijo el policial.

—¿.....?

—En la calle Borja... Han matado a Sebastián Martí... Dos puñaladas en la espalda de arriba abajo.

—El hijo de Martí. ¿Tendría veinticinco años?

—Ese. Sebastián.

Se miraron los dos un momento. Se adivinaban esos hombres. Madroño se incorporó. Estaba más grueso y pálido con grandes ojeras en forma de bolsas.

—¿Cómo ha sido? —preguntó.

—Cerca de la calle Borja. ¿Comprende? Parece que ese muchacho había seducido una joven de ese barrio, una tal Carmen de un chinchel al lado de *La Gloria.*

Como Madroño hiciese un gesto de impaciencia y curiosidad, el policía se detuvo un momento para continuar con gravedad.

—El asunto está todavía en el mayor misterio... es uno de los casos más extraordinarios que me ha tocado conocer. Figúrese don Pantaleón que la chiquilla, embarazada como es-

taba, fue encontrada en la línea hecha pedazos. Se creyó en los primeros momentos que algún bandido del prostíbulo sería el matador de ambos amantes, por celos, pero ¡Quiá! El maquinista del tren homicida y el fogonero declaran que la mujer saltó en medio de la vía a cuatro pasos de la máquina y se lanzó sobre ella como un toro.

—Suicidio...

—¡Suicidio! Sin duda... La familia Martí conocía los enredos del chiquillo, pero nada se saca en claro. Es tan difícil interrogar ahora que están consternados. Pudiera ser un robo vulgar y el suicidio de la querida por desesperación al considerar que el hijo de sus entrañas no tendría padre...

—Hay, sin embargo, un dato muy curioso que da una idea del espíritu extraordinario de nuestro roto, pero que no arroja ninguna luz. Un hijo de la querida de ese Fernando que conocemos apareció rondando cerca del cadáver, presa de gran excitación y declaró ser el matador. Está preso, pero sus declaraciones son contradictorias. Es verdaderamente incomprensible; ahora se ha encerrado en un mutismo empecinado; nadie lo hace desdecirse. —"Yo lo maté", es su única respuesta.

—¡Qué curioso! ¡Qué curioso! —dijo Madroño que al oír pronunciar el nombre de Fernando había dado un salto en la cama y permanecía completamente incorporado.

—Seguramente no ha sido el robo el móvil del crimen —añadió Madroño.

—¡Quién sabe! —dijo el policía reflexionando profundamente—. ¡Si usted conociese la mentalidad de esas gentes! Precisamente en casos como éste, cuando se juega el porvenir de una familia, es cuando desarrollan toda su astucia y picardía. A ese chiquillo lo han mandado declarar.

—Por qué no lo pone en la barra para ablandarlo? ¿Por qué no lo azotan?

El policía rió un poco irónicamente y dijo en voz baja:

—Ha estado una noche entera colgado de los brazos... Se olvidaron... A las cinco de la mañana fueron a verle creyendo encontrar un muerto, pero estaba relativamente tranquilo, dicen que con los ojos muy abierto. —"Yo lo maté" fue su primera exclamación cuando vio al oficial de guardia. Lo interrogué más tarde. Tengo una manera adquirida con la ex-

periencia que me da buenos resultados; les tiro la lengua a los más taimados. Finjo indignación cuando me cuentan los malos tratos de que son objeto; me presento como amigo. ¿Sabe usted lo que saqué del chiquillo?

—"Porque lo ven chico no lo creen capaz de matar a uno". Fue todo cuanto pude sacarle.

Madroño rió.

—¿Cómo se llama el chiquillo?

—Esmeraldo Llanahue; es hijo de la tocadora de *La Gloria,* la querida de Fernando.

—Ya comprendo el objeto de su visita —dijo Madroño, encantado.

—Perfectamente. A eso venía yo. Tenemos que obrar con tino porque ya se han colado los periodistas. El repórter llamado Lux es de esos botados a idealistas... Niños que no han salido de su casa y se horrorizan de ver un barrio sucio. *El Ilustrado* le sigue el amén. Ese Lux, ha pedido permiso para hablar con Esmeraldo; quiere interrogar al muchacho, y si llega el caso, defenderle.

—Eso no tiene importancia —dijo el político—. Lo que me interesa saber es su opinión cabal del asunto: ¿Qué piensa usted? ¿Quién es el asesino? Y, digámoslo de una vez: ¿Cómo aprovecharemos la cosa para deshacernos de Fernando?

—El crimen, ya lo dije, es un misterio para nosotros. No me atrevo a hacer una afirmación categórica, pero existe el hecho enorme: la declaración de Esmeraldo que vive en la propia casa de su madre, que es querida de Fernando.

—Entonces no hay duda: el criminal es Fernando, o por lo menos está comprometido.

—Así pensé yo. Asimismo, pero ninguna prueba. ¡Ninguna prueba! Se allanó la casa. Fernando no estaba. Se le encontró en otra casa de remolienda, donde el huaso José...

—¡Es posible!

—Completamente ajeno al crimen. Tenemos agentes en los prostíbulos; las mismas mujeres nos dicen todo. Fernando no tuvo parte; ni idea tuvo del asesinato. Parece que ha sido cosa de otro chiquillo, amigo de Esmeraldo y hermano de la muchacha seducida por Martí. Seguramente el tal Esmeraldo ha declarado para librar a su amiguito.

—¿Qué hacer entonces?

—Ya dije: existe la declaración de Esmeraldo. Podemos prender a Fernando cuando nos dé la gana.

—Qué espera?

—¡Ah! ¡Esto es lo que yo sé! Espero para prenderle en buenas condiciones ¡para siempre!

—¡Famoso! —exclamó Madroño—. ¿Cómo conseguiremos eso?

—¡Déjemelo a mí. Yo me conozco en estos asuntos!

—Una *petite mise en scene* —dijo el político que pronunciaba el frances como bailarina andaluza—. La cosa es prenderlo, pero tenga cuidado vaya con mucho tino, mucho ten con ten. Usted tiene enemigos y un caso así descubierto...

—Nada temo en ese sentido: la sociedad me debe grandes favores —interrumpió el policía—. He salvado de la cárcel tanta, tanta gente; conozco tantas cosas... Yo soy firme como la cordillera; no hay potentado que se atreva conmigo.

Madroño se puso a considerarle con gran seriedad y por primera vez pensó en el poder que ese hombre representaba. Conocía los bajos fondos y las altas cumbres santiaguinas... arreglaba a su antojo los escenarios del crimen; aderezaba a su manera las declaraciones que debían hacer los criminales interesantes; sacaba de la cárcel a quien le daba la gana... La idea de haberse ligado en forma sólida a un hombre siniestro le infundió por vez primera una vaga inquietud. El policial agrandó los ojos, miró al techo, se atusó la barbilla negra y luego se miró los zapatos.

—¿De manera que el chiquillo no mató? —preguntó Madroño débilmente. Suspiró.

—Me parece imposible. Las puñaladas son brutales, de conocedor. Martí era muy alto; el chiquillo parece un pajarito... Le llaman *El Chincol*...

—Pero, ¡qué curioso! Esa cantidad de lunáticos, de redentores... ¡Cosa nueva en Chile! —dijo el político reflexionando.

—Es inevitable —respondió el policía—. El mundo está asfixiado por las ideas de la revolución francesa, por el cristianismo. Yo he leído a Darwin y a Nietzche... ¡Me basta!

—Esos autores rusos son todos locos —dijo Madroño.

Iba a decir otra cosa y quedó con el labio inferior colgan-

do. Era ateo católico como tantos personajes chilenos, pero tenía un miedo constante a la muerte. ¿Y si hubiera algo más allá?...

—Si no fuera por las reacciones naturales el mundo estaría perdido por esas ideas, esas debilidades —continuó el policía—. Afortunadamente nuestra sangre es nietzcheana. ¡Que si fuera cristiana ya estaríamos todos tuberculosos! Nietzche escribió contra la moral cristiana, moral de esclavos...

Madroño no recordaba haberle visto nunca esa expresión.

XXIV

EL PORVENIR SE presentaba malo para Fernando, por cuanto el policía no desperdiciaría la ocasión para condenarle. Era cosa resuelta con Madroño. Por otra parte, el periodista Lux estaba convencido de la inocencia de Esmeraldo y se encontraba empeñado en la tarea de libertarle; con este motivo visitaba frecuentemente el prostíbulo. En el fondo, como era joven, estaba feliz de representar el noble papel de redentor social. En Santiago le llamaban "el loco Lux".

Cuando hizo las primeras visitas, los parias de la calle Borja le miraron con recelo. ¡Sería espía! ¡Iría a ver si vendían trago en condiciones prohibidas! Según ellos, no podría llevar nada bueno ese hombre, cuyo aspecto revelaba a la casta superior. Era raro verles con buenas intenciones por esos andurriales. Zahareños, esquivos, le miraban, andando en puntilla a su alrededor, o contemplándole por los intersticios de los tabiques.

Fernando ignoraba que su pérdida estaba resuelta por la misma gente que en otra época le ayudó. Había renunciado a toda idea de delación y venganza después de su fracaso en "El Mercurio". Cuando pensaba en ese momento de inexperiencia se avergonzaba solo; hasta cuando le ocurría pensar en ello estando en la cama, se revolvía todo nervioso, se incorporaba al sentir su dignidad herida; se había portado como niño. Cuando llegaba Lux, se escondía, simplemente porque en su roce con la gente acomodada había llegado a

comprender el desprecio con que miran a los de su clase, sus casas y costumbres.

Su plan para el porvenir era lleno de vitaminas. Lo pasado, pasado. Juntaría plata hasta reunir dos mil pesos —¡eso no es nada!— para poner una tienda de pobres en algún arrabal. Clorinda estaba harta de sufrir. Como si empezaran recién a enamorarse hacían sus proyectos. "¡Esta vida es muy humillante!", exclamaba Clorinda. La esperanza de establecerse en un arrabal lejano, al otro extremo de la ciudad, les llenaba de júbilo. Pensando y pensando, haciendo proyectos, volvían a sentirse felices. "¡Mira, una tienda de carbón y leña; poco a poco la iremos agrandando, con harina, fósforo, artículos de escritorio!..." Clorinda volvía a suspirar como antes, con los nobles suspiros anchurosos, preñados de porvenir. "La Violeta se hará grande en una casa buena, sin escuchar las cosas de aquí. ¡Si hubiéramos estado en alguna otra parte, nada que le hubiera pasado!" La tiendecita crecía cada vez en sus imaginaciones, pero no lograban juntar más de doscientos pesos. Es una cosa admirable cómo se deshacen y rehacen para volver a deshacerse las esperanzas del pobre. Pero cada peso metido de lado en la caja, les reconfortaba; sentían nuevamente un gran apego por la vida y aguantaban sin pestañear todo lo malo que les ocurría, pensando que pronto cambiaría.

Fernando sabía por instinto que abandonaría la calle Borja. No podrían ya quedarse tranquilos ahí. Pero una duda, un presentimiento negro le asaltaba. Tuvo un sueño, que otras veces recordaba haber tenido, en vísperas de grandes cambios en su vida; pero nunca con tan dramática intensidad: era una playa con ese color de naturaleza árida y enfermiza que tiene por la parte de Mejillones. El estaba solo en esa playa desértica; del mar oleaginoso, obscuro, se levantaba de pronto una alta ola, como de veinte metros de altura, que tapaba la luz y se paralizaba en el aire, mostrando peces y mariscos muertos en su escorzo. No era más, pero despertó sobresaltado con mucha sed; la impresión le dejó agarrotado buenos minutos en la cama, con más ganas de sueño pesado, que venció levantándose para beber agua. No podía borrar la imagen de ese mar obscuro y la ola podrida.

Ese mismo día que tuvo el sueño, llegó Lux a la casa. Serían las diez de la mañana; desde su cuarto le vio cómo empezaba a interrogar a Clorinda.

—¿Le vio usted aquella tarde? —preguntó.

Clorinda se dio a pensar y pensar, pero no recordaba nada. Se le hacía un embrollo terrible en la memoria. Se olvidaba de ese día; primero empezó diciendo que vio a su hijo en la casa como a las siete, y también a las ocho; pero Etelvina saltó vivamente con esta pregunta:

—¿No se acuerda que tembló?

—Verdad —dijo Clorinda. Sí. Pero cundió el embrollo en su memoria. Le pareció sentir cómo tembló la tierra; se le rompió un santo y el cielo estaba colorado.

Clorinda juraba que su hijo era inocente, a Lux, que permaneció sentado.

—¿Quién es entonces el culpable?

Clorinda quiso hablar, quiso decir que era otro, que no podía ser otro que el *Pata de Jaiva,* pero no se atrevió. Lux pensó que seguramente el asesino era Fernando, el *querido.*

Las niñas miraban de soslayo al periodista, tan poco de su barrio, tan blanco, no les decía nada bueno. Fernando se sentía molesto por la forma desenvuelta como entraban a su casa y como interrogaban a su mujer; le dolía la pasividad de ellas para contestarles con tanto respeto, cuando en realidad violaban el secreto de su hogar. ¡Qué vida! ¿Por qué no haberla comenzado mejor? ¿Por qué tomaría el camino torcido?

Se sentía que un peligro grande amenazaba al prostíbulo. "No dejís pasar a los niños, que está tan delicado", exclamaba la patrona, con la voz silbante que tienen las personas obesas. "Ya es enfermedad", decían las niñas mirando sus formas rebalsantes. Constantemente postrada por la cojera, con prolongados reposos y grasas comilonas rociadas con Malta Tigre, parecía que cultivara placenteramente sus carnes. Cuando se ponía de pie llenaba la habitación con sus olores y eructos profundos. Parecía estar llena de gases acumulados en sus calmosas digestiones. Tenían sus mejillas un color rojo azuloso, y la bata de marras, relavada por Clorinda, se pegaba a sus costados negándose a cruzarle el vientre.

A las siete de la noche, junto con la primera armonía del piano en la casa del lado, se abrió la puerta violentamente y penetró la policía. Con los agentes de siempre y un empleado superior. Esta vez sí que la cosa era seria. Clorinda empalideció. La ventana donde murió la tísica se abrió y mostró su curiosidad otra desgraciada, flaca lo mismo, que se iniciaba en la vida en el cubículo lleno de experiencia.

—Que no se mueva *nadien* —dijo el que hacía de jefe.

—¿Quién se va a mover, pus? —dijo la Ofelia ya medio agresiva por la pesadez con que la ley caía y recaía sobre esa casa.

—¿Dónde está Fernando? —preguntó el mismo. La irrupción nocturna de la policía irritó los ánimos, les hizo fraternales, colectivos. Era demasiado abuso y humillación. Clorinda corrió hacia adentro, dispuesta a avisarle al hombre para que tomara sus precauciones, o arrancara si era preciso. *El Pescante* torció el ceño y *El Harnero,* bajo el sofá, empuñó un hierro que solía servir de palanca en los menesteres del prostíbulo. A la menor señal, y todos se hubieran lanzado sobre los agentes. Cuando Clorinda le avisó que le buscaban, Fernando, con mucha calma, pensó seriamente en lo que haría. "Anda a mirar por el sitio, a ver si hay alguien", le dijo a la mujer. Pero antes de que Clorinda hubiera marchado por esa parte trasera de la casa, que comunicaba con un conventillo de la calle 5 de Abril, un agente penetró. Fernando hubiera podido correr, se hubiera podido internar por el laberinto de conventillos, saltando una pirca del fondo o retirando unas mohosas latas de cinc que servían de límite a la casa, pero no lo hizo porque era inocente. Se presentó en el patio con el sombrero puesto. Clorinda siguió tras él, pensando qué haría; sin corsé, se veía su carne maternal que fundía por delante; con una mano en la cara y el brazo apoyado en la otra mano, esperó. Tan optimista que fue siempre, ahora se iniciaba en su boca ese repliegue de la incertidumbre que poco a poco se graba, se hunde y queda en el cuerpo humano, como la caída de los dientes y del pelo.

—¿Reconoce este cuchillo? —le preguntó el agente.

—No —dijo Fernando—. No lo he visto nunca.

Decía verdad, y el agente sabía que decía verdad, pero

tenía orden de hacer una estratagema que consitía en poner el cuchillo unos minutos en sus manos para que encontraran en él sus impresiones digitales. Era indispensable para la policía que Fernando fuera el autor del asesinato de Martí. Lo mandaba Madroño.

Clorinda vio cómo su amante tomaba el cuchillo distraídamente. El farol esparcía su luz anémica por la escena; las niñas se tranquilizaban. Cuando tuvo el cuchillo unos minutos por el mango y por el filo, se lo pidió el agente y lo metió en una cajita de lata. Dirían que el cuchillo había sido encontrado solamente la víspera y el gabinete antropométrico dictaría sus conclusiones.

—Ya conocen el empleo de mi tiempo en la noche del crimen —dijo Fernando.

—Son trámites necesarios —le interrumpió el agente.

—Se ensañan con uno —dijo Clorinda precipitadamente—. ¿No ve que este hombre no ha estado para nada en el asunto?

—¡Cállese! —dijeron dos agentes a un tiempo, con autoridad.

—¡Oh! —exclamó Clorinda—. ¿Por qué me voy a callar?—. Encontraba su fiereza de antes; se remangó naturalmente; su rostro se coloreó—. ¡Bah! ¿No puede una defender lo suyo?

Las niñas se juntaron a su lado, todas, hasta la melindrosa Julia, y la Ofelia puso una cara terrible, pero la calma volvió al rostro de la tocadora.

Los policías las miraban sin decir palabra. Cuando vieron que estaban tranquilas las hicieron retirarse. Un agente tomó a *El Pescante* de un brazo y le dijo algo sin brusquedad; otro hizo retirarse a la Julia, ya inflada por las libaciones. Cuando el patio quedó despejado, uno de los policías dijo a Fernando cortésmente:

—Acompáñenos.

—Pero, ¿por qué?

Otros dos agentes intervinieron con más dureza:

—Allá se explicará.

—Pero, ¿por qué? —insistió Fernando, con tono altanero.

—Desde luego —dijo un agente, usted no se llama Fernando Videla, sino Manuel Jesús Neira.

Se puso intensamente pálido y no respondió palabra. Estaba preso. El porvenir ennegreció como bestia peluda que le saliera de su obscuro pasado. Recordó el sueño trágico.

Clorinda se asombró de ver a su amante tan dócil con los agentes. Fue hasta la puerta. ¡Qué vergüenza! ¡Menos mal que pocos transitaban a esa hora! Vio la muralla ulcerosa del frente, con el fúnebre reflejo del farol; vio las rayas familiares de carbón y tiza, largas y monótonas como la misma calle, cuando no pueriles palabras obscenas. ¿Sería verdad que no se llamaba Fernando Videla? Ya decía ella que no era nombre de pobre. Le miró otra vez. Una angustia mortal la invadía de verle tan apocado, con la vista baja. Hasta su voz era otra. Más le quería así, privado de todo, hasta de su flamante nombre. Se iba como una sombra, como llegó. Le vio siguiendo a los agentes, en medio de ellos y le pareció que se despedía con una mirada, al volver la esquina donde estaba el coche fatídico de los criminales.

Clorinda no pudo más; de su pecho brotó largo grito histérico; sus ojos quedaron fijos en el coche que empezó a moverse. Corrió largo trecho. *El Pescante* la devolvió a la casa cuando ya la calle estaba al cabo de todo. Las puertas se entreabrían con cautela, brillando los ojos maliciosos entre las sombras. Quedó sentada un rato en el cajón sollozando como Dolorosa popular en cuyo corazón revolvieron las siete dagas de la vida. La llevaron a su cama y cerró los ojos. Apareció más grande su cara, afeada por el llanto, marchitada en eterna espera: su lozanía se fue poco a poco en los espejos torcidos de los días; ya era una ruina. Con un gesto de desprecio impresionante, sin esperanzas, rechazaba las pócimas que las niñas ponían en la mesita de noche.

—¡Déjenme no más! ¡Que nadien lo haya defendío! ¡Por qué me humilla tanto Virgen Santa!

—¡Si él mesmo no quiso! —dijo *El Pescante.*

—¡Cierto!

De pronto se puso de pie y trató de llegar hasta la puerta como para detener todavía el carruaje de la fatalidad. La calle respondió con su impasibilidad, su silencio nocturno jaspeado débilmente por rumores de remolienda próximas y lejanas. Ya no habría misericordia para ella. Inútilmente las

niñas y María se le acercaron con mimos para aplacar su dolor; nada consiguieron, y el prostíbulo vio animarse otra vez los rostros de pesadilla. La Julia se había puesto una cinta negra en el cuello; pero ya no era su cara abotagada la atracción irresistible de la virilidad apresurada que por allá llegaba, sino las pantorrillas juguetonas y regordetas, de líneas derecha, con gracia pueril de patas de muñeca de trapo, realzadas por el coturno versallesco de los tacones. "La Julia se lleva los hombres con las piernas y la Etelvina con las caderas", solía decir la patrona con su sabiduría popular de *meica*. "¿Y yo con qué me los llevaré?", preguntaba la Rosalinda. "¡Pa mí que vos tenís *choco!*", exclamaba la gorda.

XXV

LOS DIARIOS DE LA capital publicaban como a escondidas, abreviadamente, las noticias referentes al crimen. Era que la familia Martí había pedido silencio. *La Unión* publicaba la noticia de manera solapada, quitándole importancia. Estas conspiraciones feas son comunes en Santiago y acusan la existencia de esa familia dirigente todopoderosa: la oligarquía. Hay noticias trágicas que vienen a conocerse meses más tarde por dicha causa. Algunas veces interviene el prefecto para poner un manto de cinismo y astucia encima de un hecho escandaloso en que intervienen potentados. Así, a raíz de un asesinato famoso, hizo aparecer bombas en casa de obreros y un plano para volar la catedral y el teatro Municipal. Dichas bombas y planos siniestros los tenía, entre otras curiosidades, de unos rusos que hizo matar a palos en una remolienda. De tal manera desvió la atención pública: *La Unión,* publicó a grandes caracteres: *Los anarquistas en Santiago; bombas y planos para volar teatros e iglesias; vasto plan revolucionario.* Así pudo el asesino huir a Europa.

En la época del asesinato de Martí pocas ideas de regeneración social o administrativa habían entrado en Santiago. Por eso fue tomado como caso de desequilibrio mental el periodista Lux que dio en defender a Esmeraldo. "¿Creerás que

ha salido un defensor de ese roteque, dijo a su marido la señora Martí, después de leer el primer artículo.

En efecto, Lux hizo una campaña en favor de los pobres, basándose en el llamado "asunto Esmeraldo". Declaraba que debe imperar la previsión antes que la caridad de los reformatorios. Señalaba la diferenciación total, de castas, entre ricas y pobres. Aseguraba que un pueblo acorralado en hediondos pesebres de arrabales, acosado por el hambre, no puede conceder enorme importancia a la virginidad de las niñas. Señalaba a la caridad chilena como histérica y presuntuosa, sin base científica, impresionada por los efectos y no por las causas. El mal popular era aprovechado por inconscientes santurronas que sentían atracción morbosa por los resultados sexuales del desorden social. "Viejas beatas lujuriosas buscaban Violetas recién violadas para oler en sus ánforas silvestres el acre semen de la plebe".

El escándalo fue grande, pero Esmeraldo continuó preso, y Fernando asimismo. Clorinda enferma, como leona a la que robaran los cachorros. Violeta en la calle, atisbada por las prisiones y el vicio. ¡He ahí el saldo de *La Gloria!*

Lux aseguraba que Esmeraldo era inocente y, aunque nada era capaz de sostener, sus sospechas recaían en Fernando, el jugador expulsado del club en los días precedentes al crimen. Prometió al público que tomaría por su cuenta al hijo de la tocadora en cuanto le pusieran en libertad. La vida de la desgraciada familia, inclusive el caso de Violeta, había hecho crujir a las prensas y era ya un guiñapo en las cloacas de la curiosidad. "El asunto Esmeraldo" fue muy apropiado para desatar las plumas de la afición periodística; entraron en la lucha los médicos, los estudiantes, los profesores, los enciclopédicos pedantes y discutidores de toda categoría. En pocos días las mesas de redacción de los diarios juntaban balumbas de artículos sobre el crimen de la Estación, entreverados con sesudas consideraciones acerca del deber de la ciencia en tales casos, con numerosas citas y comentarios. En Chile hay pocos especialistas y el hombre de verdadero talento naufraga en la turba. Los asuntos que despiertan interés general caen en la confusión: se apodera de ellos la declamación y la retórica estéril de las calles. Los diarios publican

esos artículos hinchados y fofos, dictados por la vanidad, por compromisos. El compadraje es general. Al "asunto Esmeraldo" le pasó lo que al de Tacna y Arica, al puerto de Valparaíso y la cuestión monetaria. Alrededor del chiquillo Llanahue surgió una torre de Babel de escritos y teorías. No hubo dos personas de acuerdo. Los parodiadores del talento entraron en masa a ese concurso extraordinario. Pero mejor que todos estuvo el doctor alienista encargado de analizar a Esmeraldo. Vamos a copiar parte de sus comentarios y análisis publicados en *El Mercurio:*

"El delito pasional, interpretado sin sujeción a las normas científicas trazadas por la moderna criminología, ofrece campo ilimitado a la expansión de los prejuicios. Si la responsabilidad criminal arraiga en el libre albedrío, no cabe suponer la presencia de ese *fiat* maravilloso en la determinación de aquel que, con su delito, traduce el imperio tiránico de una pasión. Este criterio, el único que acusaría lógica en los principios sustentados por el clasicismo empírico, no se aviene, sin embargo, con la necesidad de proveer a la seguridad colectiva... Esmeraldo Llanahue, de cuyo delito nos ocupamos, revela una presuntuosidad casi delirante y un amor propio rayano en la egolatría. Es en suma un neurópata *per se* y por su familia neuropática. No debe considerársele, sin embargo, como alienado según nuestro parecer, a pesar de que ha vivido en estado de inadaptación como todos los de su barrio. Según Kraf Ebbing, ese estado es propio de los alienados. Esta teoría es más bien aplicable a los grandes inadaptados que tienen la manía de reformas sociales como los antiguos profetas; el caso típico es Tolstoy. Esmeraldo Llanahue no es alienado; no es el impulsivo irresistible que nos representa la epilepsia; ni el nervioso irritable, ni el histérico propenso a las crisis convulsivas; no es el alcoholista, paralítico general, hipocondríaco; ni el delirante emotivo. No es, en fin, el perezoso, el disipado, el hipócrita, el decrépito con sueños y alucinaciones extrañas o monstruosas concepciones. Descartada la hipótesis de alienación veamos el análisis físico: cráneo de dimensiones ligeramente anormales, índice cefálico 78,3 braquicéfalo; leve asimetría cráneo-facial. Pabellones auriculares desiguales y de lóbulos adherentes, paladar

excavado y asimétrico. Constitución física fuerte. El examen de los diferentes órganos revela taras hereditarias. Pupilas iguales, reaccionan con dificultad. Ligera exaltación de la sensibilidad en los miembros inferiores. Reflejo patelar exagerado, plantar casi abolido al contacto, acentuado y convulsivo al pinchazo. Su audición es inculta: en la celda suele silbar aires populares de manera especial, desafinada, discordante y violenta, tamboreando con los talones. Gusto y olfato normales. Lo más notable que revela el examen de este muchacho es la hipertrofia de la glándula tiroidea con trastornos cardiovasculares, taquicardia, temblores constantes, etc., que a pesar de la ausencia de exoftalmia, forman un conjunto de síntomas que encuadran en el síndrome conocido con el nombre de Bocio exoftálmico o enfermedad de Basedow".

Este informe, comentado en *El Ilustrado,* concluyó por poner de moda el "asunto Esmeraldo". No pocos quisieron contribuir con su talento a hacer luz a la usanza nacional: mandando a los diarios inmensos artículos que aparentaban sólida erudición.

Un diario se puso a discutir por partes el artículo que copiamos, demorando quince días en el análisis metódico. Otro doctor aseguraba haber visto a Esmeraldo reflexionando tranquilamente en su celda y negó la existencia del Bocio exoftálmico, cuya característica son los ojos saltones. El autor del estudio famoso replicó, a remitidos, diciendo que puede haber Bocio exoftálmico sin exoftalmia. Reconocía que Esmeraldo tenía la mirada bovina o serena.

Esta polémica, con términos estrafalarios y teorías nuevas, arrastró en su corriente a los doctores cesantes, los cientistas fracasados, los usurpadores de literatura científica alemana, los simuladores de talento. Los que permanecen a la expectativa fingiendo elaborar cosas profundas cayeron en la discusión cuando ésta pareció cosa de genios por rara e incomprensible. La anarquía llegó a su apogeo. A los dos meses no se sabía nada de nada; algunos hasta ignoraban por qué estaba preso Esmeraldo. Al *Pata de jaiva,* lo imaginaba el público como un ser monstruoso, fenómeno de la naturaleza. La médula espinal del caso, que era el abandono en que vive

el niño pobre, naufragó en la fraseología huera. Nadie recordaba el origen del asunto ni podía decir qué solución tendría. El diario amigo de la familia Martí aprovechó dichas circunstancias para echarlo todo a la broma; se burló del interés nacional despertado por "un criminal precoz". Poco a poco se apagó el entusiasmo de las gentes.

Un día pusieron al chiquillo en libertad. Había estado encerrado siete meses. Lux se hizo cargo de él. Nadie recordaba el caso. Lo único que había quedado bien claro es que no tenía los ojos saltones.

La policía secreta encontró la cartera del asesinado oculta en la casa de Clorinda y acusó como culpable a Fernando. Acto seguido, la Intendencia autorizó para demoler los prostíbulos. Los padres del muerto dieron las gracias al jefe de la pesquisa y al director del diario moderado y partieron a Europa.

XXVI EL PERIODISTA EVANGÉLICO

llevó a Esmeraldo a su casa.

La pensión en que habitaba era modesta. Los huéspedes miraron al chiquillo con recelo; la patrona manifestó antipatía por el nuevo parroquiano. El periodista esperaba que Esmeraldo ganara fuerzas para hacer con él algo de provecho. Quería educarle, pero el muchacho permanecía reservado, esquivo, salvaje. No pensaba sino en ver su barrio, su madre... "Estás débil; espera; yo mismo te llevaré" le decía Lux con tristeza. El chiquillo desmejoraba visiblemente; algunas noches le encontró delirando. Lux miraba con miedo esa imagen de un barrio podrido; oía con miedo esas exclamaciones en su propia casa, separado de su cama por un tabique modesto. Algunas noches se pasaba horas sin dormir, esperando, inquieto. Una de esas noches sintió que el chiquillo se movía, se levantaba; oyó cómo se vestía y echaba escaleras abajo... Nada hizo por detenerle... Un miedo supersticioso le amarró a la cama . . . . . .

. . . . . .

Esmeraldo se escapó. La calle estaba sola y triste, obscura; noche de julio, con el aire mojado y un frío de la cordillera. Caminó de prisa y dobló la esquina, temeroso de que le persiguiesen. Lanzó un gran suspiro. Era la primera vez que se veía libre, solo. Avanzaba con ansias. Las calles eran cada vez más obscuras; no se distinguía nada a dos metros; la niebla se transformaba en llovizna menuda y persistente que hacía resbaladizas las baldosas y convertía en barro la tierra de la calzada. El invierno se adelantaba triste y monótono. Algún tranvía se escapaba por los rieles vacíos, como queriendo huir de la noche y de la humedad; el ruido ronco de su rodar se oía como desde la cama, recordaba la cama confortable y llamaba a ella. No se veía un alma. Esmeraldo caminaba como impelido por una fuerza misteriosa e irresistible. Los faroles iban haciéndose más numerosos a medida que avanzaba; al fondo se dibujaban unas luces empañadas, blancas, una, dos, tres, cuatro; algunos puntos rojizos: llegaba a la estación. El chiquillo miraba adelante; los recuerdos golpeaban misteriosamente en su alma. Cuando llegó a la plaza se detuvo en la esquina de la calle viciosa. La borrachera batía en pleno. Hombres ebrios salían de las cantinas, murmurando palabras innobles. Más lejos, en el Portal, se veían las sombras cuadradas de los coches, dispuestos a hacer la vida nocturna hipócrita y violenta, entre los Clubes de la manzana central y las calles Eyzaguirre y Santa Cruz. Todos los hombres en pie a esa hora estaban borrachos por obligación.

Contempló la calle con interés profundo. Vio a lo lejos, cerrado, el puesto de las Varona, las Venus pandemus, famosas entre esos rotos de estómago férreo y cuero duro. Recordó a la gorda de ojos verdes y a la Rebeca, alta y esbelta, con su cuello derechito. Amaba aquello, le gustaba todo aquello; sentíase dispuesto a fraternizar con ese mundo dado a la lujuria y la crápula; una racha eléctrica le venía por el cuerpo al sentimiento de su libertad. Se acordó de Lux y de los días pasados con él como de una cosa triste y extraña a su temperamento. ¡Si encontrara a la Raquel! Se detuvo un momento en la puerta del puesto a la derecha del mercado; todo dormía. Entró en la cantina del hotel

Roma y pidió coñac, luego otro. Salió y la calle le pareció alegre; la llovizna era como una gasa fina tendida sobre la realidad. Bebió otras copas en otras cantinas y echó a andar frente a él sin saber donde iba. De pronto sintió que se encontraba en la calle de su niñez. Todo estaba cambiado, confuso, patas arriba, terremoteado, pero algo secreto le decía en el corazón que era su calle, la estupenda calle Borja. Se levantaba un viento frío; la bruma cedía a la llovizna, compacta ya; un telón sutil parecía subir mostrando poco a poco una decoración fantástica de barrio muerto, exangüe, plagado de sombras monstruosas... Un sentimiento de pena y rabia le inundó. Pensó que le habían llevado a la cárcel, que le habían alejado para, en su ausencia, arruinar y dispersar a los suyos. La ley había condenado la calle; había ordenado tirarla, destruirla, arrasarla para sanear las espaldas de la Estación potente y voraginosa. De la noche a la mañana una nube de obreros había despanzurrado la calle sinvergüenza, la madriguera infecta. ¡Qué fragilidad de tanto vicio! Las picotas habían vaciado esas casas, de las cuales sólo quedaba la débil muralla exterior entre cuyas grietas el viento silbaba. La muralla exterior descarnada también, ¡frágil armazón de maderas torcidas, renegridas! Era como una ruina de batalla con la viruela del *shrapnell* y el humo de la pólvora; *La Gloria,* achatada, vaciada, permanecía gesticulante y grotesca, amenazadora, insultante, con la muerte tradicional del roterío. *El Hospital* mostraba su flanco abierto, sus costillas partidas, su cuerpo seco, sin entrañas. Dos vigas habían quedado enteras, señalando hacia arriba, como patas de esa osamenta, de ese cuerpo muerto reventado y destripado que fuera el prostíbulo a tres pesos. La llovizna hacía brillar esos tabiques y esos adobes con jirones de papel descolorido y grotescos colgajos. Parecían osamentas con restos carnosos. La vida se había ido de ese barrio rápidamente, como se va el agua de un cántaro que se rompe; no quedaba nada de toda esa bulla de esos colores chillones, de esas faldas crujidoras, de esos cromos y alfombras que la animaron; el rumor de la cueca, la gritería y el tamboreo habían huido con ese mundo pintoresco y efímero, dejando la calle muerta. De vez en cuando un tren pasaba y estremecía

como antes el arrabal con estrépito de ferralla... entonces esos desperdicios de ciudad volvían a animarse un momento...

Con las primeras luces del día siguiente caería sobre esos escombros la cuadrilla de obreros demoledores, los contratistas, arquitectos, martilleros y compradores. La vida iría a repartirse el cadáver. Los fuertes, los vivos, que se alimentan de los muertos, caerían sobre esos escombros, poniendo una nota sana y vigorosa en ese desastre urbano, pálido y mudo. Todas las mañanas llegaban hombres bien vestidos, limpios y fuertes, a examinar su presa. La carroña estaba vendida, dividida, subastada, adjudicada a veinte especuladores. El arzobispado se había despojado de todo eso con horror. En la parte más alta, en el espinazo de la ruina, habían plantado un letrero: *Se venden materiales.* El sitio donde estuvo *La Gloria* quedó en manos del señor Gatti, que levantaría un almacén. *El Hospital* se lo arrebató un alemán del *Tattersall;* la parte más grande fue adquirida por la casa Wilkinson Strand. El roto se iba con la sífilis y la viruela, borracho, cojo, tuerto, trágico, arrastrando el espectro de la ramera pobre, dejando en esos escombros lo mejor de sus energías, lo más fuerte de su alma y cuerpo. Se iba para otro lado, mudo y fatalista, sin preguntar a quién dejaba todo eso, abriendo cancha al burgués, al gringo y al futre que venían en nombre de la civilización y de Darwin. En las luchas de la vida, que eran nada más que una cacería en la cual el grande se come al chico para mejoramiento y continuación de la especie, el roto, fuerte, inteligente, audaz, temerario, sucumbía irremediablemente por las condiciones en que vivía y la falta de educación. El extranjero y los nacionales que tenían más de extranjero que él, se lo iban quitando todo poco a poco. No podía ni siquiera culparles, pues generalmente le vencían con sus virtudes: su ahorro, sobriedad y organización del hogar...

Esmeraldo se retiró para contemplar a sus anchas la ruina. El cadáver túmido y vultuoso de *La Gloria* le atraía la mirada. No tenía en ese momento más que una idea confusa y torpe de su pasado. No comprendía lo abominable de su cuna, lo torcido y triste de su suerte, pero la vista

de ese desastre le sublevaba. Su madre canora, su hermana caliente y bonita... ¿dónde estaban? (Dónde *El Pescante,* la Etelvina, Julia, *La Choca?* ¿Dónde las rameras refajonas, medio huasas, medio beatas, con la aristocracia natural del indígena? ¿Y las cuecas vibrantes y las bandejas de vino? Hubiese deseado verles a todos reunidos en el patio como en los buenos tiempos, interesados con las diabluras del *Harnero,* para mostrarse de improviso y contar todo lo que él sabía, porque él había cambiado y sabía mucho... Esto era lo que dominaba en su pensamiento: el deseo de ver a su casa y los suyos tal como les conoció, para hacerse admirar. Pero sentía un odio creciente por Lux, por todos los que no eran de su casta. A pesar de su roce con burgueses él no podía execrar su rincón. Eso era todo su pasado, sus recuerdos, su niñez, su madre. No comprendía por qué habían arrasado esos tabiques. Lux no dijo nunca mal de su casa... Al pensar esto recordó ciertas frases, ciertas reticencias en las conversaciones de su protector espontáneo. ¡Lux era el causante de ese desastre! Consideraba fatal a ese periodista enclenque y blanco.

Él hubiese deseado presentarse en el prostíbulo con gestos cínicos aprendidos del *Pucho,* para que le admirasen la camisa rayada, los zapatos finos y el traje de paño gringo; para sacar billetes del bolsillo y convidar oporto. ¡No podía! Todo estaba deshecho. Aquello que le ligaba con más fuerza a la vida, que le amarraba a la tierra, había desaparecido vertiginosamente. No quedaban más que la Estación y la Alameda; la mole gris llena de estridores, envuelta en la calina, que liga pueblos y ciudades con sus venas brillantes y el paseo ancho que trae y lleva la vida santiaguina, remudando los barrios. Miró a la Estación con un suspiro; su sombra parecía agrandarse, estirarse para ampararle. Se fue lentamente.

Una silueta humana caminaba frente a él a lo lejos. Apresuró el paso y vio que era una mujer; se puso a caminar muy cerca y al llegar bajo un farol se detuvo y vio su cara... ¡Qué sorpresa! Una cara de su pasado, un rostro de su vida... Una cara redonda que la seborrea hacía brillar, inmovilizada en una expresión trágica. ¿Dónde había cono-

cido a esa mujer? ¿Qué hacía por ahí a esas horas? Llovía más y más, la calle era un barrizal; el agua se juntaba en los baches murmurando el glu-glu triste del invierno. Sus zapatos iban empapados; se sentía que el agua pasaba a los calcetines; el manto de la mujer se pegaba a su cuerpo recio, sin curvas. Él conocía esa mujer; el cuerpo macizo que caminaba, el manto, le eran familiares. Se adelantó y fue a plantarse ante otro farol para verla otra vez. La luz dio de lleno en la cara redonda, espantada y torpe. Sí, él conocía esa cara, pero ahora le pareció que la había conocido en sueños, quién sabe cuándo; haría cien años... Tenía la expresión de los muertos de frío. Quiso hablarle, pero la mujer se esquivaba. Se puso audazmente ante ella y de golpe la reconoció:

—¡Ofelia!

Era ella, la amiga de Laura, la de las costras repelentes, el mejor corazón de *La Gloria*. En ruina también como su calle; la ramera era otro desastre.

—¿No me conoces? —preguntó el chiquillo.

—Creí que sería un inspector —dijo la mujer tratando de reír—. Arrímese que le vea la cara.

Las palabras salían dificultosamente y parecían quemar sus labios. Tenía una voz de viejo disco, pero Esmeraldo encontró puro y meloso ese hablar popular, ese deje del roto que no oía en tantos meses. Además pensó que la transformación de su persona debía ser completa cuando le tomaban por inspector.

La mujer le miró atentamente, sus ojos resbalaron por la ropa hasta los zapatos. En el muchacho se había operado uno de esos cambios comunes en la edad, pero lo que más la despistaba era la buena ropa.

—Me parece que le he visto alguna vez —dijo.

Se miraron con fijeza a la luz, bajo el cielo lloroso. La mujer comprendió que tenía ante ella un niño y pensó en sus necesidades.

—¿Y qué vamos a hacer? No puedo perder tiempo con esta lluvia.

—Vamos allá, donde el paisano (el chino).

Echaron a andar. Esmeraldo quería saber, quería hablar

de los suyos, encontrarles; una curiosidad amarga le picaba. A su alrededor mariposeaban los recuerdos de todo su pasado. Atravesaron la Alameda y llegaron a la calle Esperanza. La lluvia seguía cayendo; la luz empañada de un farol bailaba en los baches. Todo estaba igual. La mujer fue derecho al primer burdel; un chino bisojo, pitañoso, entreabrió la puerta y se quedó mirándoles un segundo. Les dejó pasar y volvió a cerrar poniendo una tranca grande. Se vio un patio pequeño y una serie de habitaciones sórdidas alrededor. En el pasadizo dormían tres chiquillos, unos encima de otros. La mujer le empujaba. El chino llevaba un farolillo de latón que proyectaba en el piso largas sombras en cruz. Entraron en un aposento sucio. Sobre la cama dormía una mujer vestida, flaca, con guedejas grasientas que le tapaban media cara. El chino la empujó para despertarla y se la llevó a pesar de sus protestas. Dio unos manotones en la almohada y estiró la mano para cobrar. Hablaba apenas el castellano. Cerró y quedaron solos, alumbrados por la luz de una vela que una corriente de aire producida por invisibles intersticios hacía parpadear.

Se puso de espaldas a la luz, a dos pasos de Ofelia, sentado en la cama. La mujer pensó en el acto que el muchacho no era como los otros... Vendría para mirar, para conversar... ¡Quién sabe qué capricho! ¡Sería *comadre!*

—Mira, yo venía solamente...

—Sí, ya comprendo —dijo la mujer riendo—. Yo he conocido otro como tú. Era la familia también y tenía *descapulario.*

Esmeraldo sintió que su transformación exterior debía ser grande. Podía saber toda la verdad preguntando por los suyos como si fuese un extraño.

—¿Conociste una casa en la calle Borja, llamada *La Gloria?*

—La echaron abajo; por eso ando así, en la calle.

No osaba hacer las otras preguntas que le hormigueaban en la lengua. Tenía miedo.

Tras un silencio, la mujer dijo:

—Yo vivía en *La Gloria,* mire. Nos echaron en un día. Por la mañana llegó la orden y en la noche no quedó nadie

en la casa, ni en toda la calle. Fue por un periodista que conoció al chiquillo de la tocadora y se lo llevó a Uropa. Hace más de un año. Se habló en los diarios y en la Cámara; el chiquillo debe haber contado lo que pasa en las casas. Fue una visitación y los reportes y tiraron la calle... Mejor que hubieran tirado esta que es más sucia y está más cerca de la estación. Los ricos creen que así lo mejoran too. Estruyeron *La Gloria*. ¿Y déi? Como el alemán que vendió el sofá no má pu.

—¿Y doña Rosa?

—Tenía plata. Pero un jovencito rubio, el querío, la engañó. Le robó too. Pa un petrolio le ijo... Era bien diablo: del Clu...

—¿Estará en la cárcel?

—No. De familia... Se ejó la barba y lo mandaron pal Norte.

No osaba preguntar por lo suyo, lo interesante. Iba rodeando para llegar a la meta. Su cara la tenía en la sombra para que no le reconociese ahí tan cerca por uno de esos relámpagos de imaginación.

—¿Y *El Pescante*?

—¿Qué no sabe? Murió. De repente, en la mampara. Lo encontraron muerto. Cosía en el chaleco tenía una carta de Condelle. Era veterano.

Al mismo tiempo que hablaba, sacudía las faldas y estrujaba las puntas del manto empapado. No se veía la cara del muchacho; en plena luz el rostro aboyado, desastroso, de Ofelia brillaba como manteca. Esmeraldo sentía nacer extraño reconcomio por esa mujer fatal, como su calle, como su raza, como su familia, como él.

—Pero, ¿usted conocía *La Gloria*? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Que no es Pedrito, el de la Julia?

Esmeraldo hizo un signo negativo, acurrucándose.

—Clorinda, la tocadora, vive con *El Pucho* en la calle Riquelme.

—¿Y Violeta? —preguntó temblando.

—Con ellos.

—¿Está grande?

—Muy buena moza está —pronunció, riendo con malicia como si de golpe adivinara las intenciones del joven.

Esmeraldo se puso de pie, adosándose a la muralla.

—Me voy —dijo. Abrió la puerta y llamó. Una racha de viento frío hizo vacilar la llama rojiza de la vela. Sacó los billetes y puso sobre la palmatoria. La mujer estaba estupefacta.

—¿Y la Catita? —preguntó.

—Habla sola. Dicen que perdió la cabeza.

Había rodado la otra por los espacios infinitos de la locura. Una racha de muerte pasó por ese burdel.

Se sintieron golpes en la puerta, pero no hicieron gran caso.

—Loca la Catita.

—Desvarida —dijo Ofelia.

—¡La comisión! —gritó una mujer en la misma puerta. La vela se apagó. El viento silbaba afuera; en el techo crujían las planchas de cinc.

Esmeraldo se metió bajo la cama por la costumbre y sintió como la Ofelia le tapaba con las faldas, sentada en el colchón, como esconde a sus polluelos la gallina.

Entraron en la covacha sin golpear; eran tres hombres mojados, con gruesos zapatos; uno llevaba linterna sorda; otros se habían quedado afuera. Las ropas estilaban.

—¿Está sola?...

—Sola pu... ¿Con quién quería que estuviese?

—Levántese —dijo el hombre—. ¿Con quién hablaba?

Uno miró detrás de la cortina raída; cuando iba a mirar bajo el catre se escabulló Esmeraldo como un gato. Era el jefe policial en persona.

—¡Esmeraldo! —gritó—. ¡Que no se escape! ¡Es el mismo!— volvió a decir a un hombre delgado, con el cuello del gabán tan subido que no se veía su cara.

—¡Píllalo al tiro!

Todos echaron detrás. El Jefe alcanzó a pescarle de la solapa, pero el chiquillo se soltó brutalmente y de un salto se puso en la puerta. Se sintió fuerte chapoteo en el barro de la calle.

—¡Ahí! ¡A ese! ¡Atajen a ése! —gritaban detrás del fugi-

tivo, pero ningún eco tenían sus gritos en la calle aplastada y negra bajo la noche y la lluvia. Corrieron hasta la línea del tren, donde hay una valla, en carrera desesperada. Esmeraldo llevaba la delantera y encima se venía un tren de carga. Ya iban a alcanzarle cuando se volvió de un salto y clavó un afilado puñal en la garganta del que tenía más próximo. Se desplomó sin un grito, de boca, vaciándose la aorta en calientes borbotones.

El chiquillo cruzó la vía saltando casi la trompa de acero de la locomotora que se venía encima. Pasó rozándole, echándole en la cara su calina, su soplo potente de vida y muerte.

Los carros pasaron unos tras otros con el pesado ruido de la ferralla, poniendo una barrera entre el chiquillo y sus perseguidores atónitos. Las piedras temblaban.

—¡Maldición! ¡Es Lux! —gritó el jefe policial, que llegaba jadeante cerca del muerto.

APÉNDICE

FRANCISCO A. ENCINA
DELICIAS 1067
SANTIAGO

Sr

D. Joaquin Edwards Bello

Pte

Estimado amigo: Su cariñosa carta me sorprende leyendo por cuarta vez El Roto, honor que, antes de Ud, solo habian recibido Pascal, Goethe, Balzac, Maupassant y uno que otro autor mas en el abigarrado conjunto de mis predilecciones intelectuales. A no mediar lo que le refiero al final, habria creido en un contacto intelectual supraconsciente.

Viejo y decaido me siento; pero aun no llega mi chochez hasta tomar en serio los conocimientos y el criterio histórico de nuestro común amigo don Augusto. Pero me divierten mucho las muecas que sus patochadas provocan en nuestro ambiente, para el cual la medida y la gravedad en la forma y la vulgaridad y el vacio en el fondo, constituyen el supremo ideal del valer intelectual. Iglesias nos venga un poco, y es justo pagar la deuda manteniéndole entrenado, procurándole oportunidades para evitar que se amodorre. No se imagina Ud cuanto he gozado fantaseando la réplica. Lo veia enseñándome las reglas de la comprobación histórica como quien enseña a leer y dándome noticias de textos que contienen el silabario de la historia, pero que a él le deben parecer de una novedad sorprendente.

Pasemos ahora, al abuelo. Llevo algunos meses en su compañia. El historiador le estrajo ya su contenido cultural y político enorme; pero el abuelo no es de los que sueltan facilmente al que se le aproxima. El episodio de Cristo de Caracas se ha adentrado en mi tan hondo, que me acompaña a toda hora como una obsesión.. Veo a la cultura occidental coger a Bello en la mesa de Caracas, llevárselo a Europa, encarnarse en él y trasportarse a América para librar una lucha desesperada contra la barbarie, aguijoneada por el deseo vital de prolongar sus dias al ende los mares. Pronto hablaremos de ello.

Entre tanto, reciba, con mis agradecimientos, un cariñoso saludo de su afmo amigo

F. A. Encina

Santiago, Dic 24 de 1935

CRÓNICA BIBLIOGRÁFICA SEMANAL

EL ROTO, novela chilena por Joaquín Edwards Bello. Prólogo de Vicente Blasco Ibáñez. Santiago, Editorial Chilena, 1920. 246 páginas en 16º.

"El Mercurio", 2-VIII-1920.

"Roto es uno de esos vocablos que, a fuerza de uso cotidiano, pierden, como las monedas en el mucho circular, gran parte de su peso y valor. ¿Quién es "roto"?, o, más exactamente, ¿quién no es roto?

Recuerdo haber merecido, en años no lejanos, ese calificativo. Era entonces capellán del hospital San Vicente de Paul. Llegaron al mismo momento dos personas a pedirme fuera a visitar a un enfermo: la una era una señora muy emperifollada, cuyo hermano se medicinaba en el Pensionado, y la otra, una modesta empleada de la sección "Mujeres" de aquel establecimiento. ¿Cuál de los dos enfermos merecía primero mi atención?... La señora exigía preferencia para el suyo: la empleada me refería que la pobrecita pedía a gritos mi visita. Opté por ésta, y declaré tranquilamente a la campanilluda señora que mi deber era atender primero a los pobres. Y me fui al Hospital de Mujeres, mas no lo bastante ligero para dejar de oír tras de mí una exclamación de la señora postergada. A una niña que la acompañaba dijo ella a media voz y con verdadera rabia: "¡Qué roto!"

"J'encaissai", como dicen mis paisanos y, andando andando; púseme a cavilar sobre la extensión y comprensión de "roto". Vi, sin dificultad, que ese vocablo es de muy vago y elástico significado y recordé un dicho francés: "On est toujours l'héretique de quelqu'un..." Y me consolé advirtiendo que si, para ser roto en un hospital, basta preferir a los pobres, había en San Vicente de Paul muchos rotos y

rotas, empezando a contar por San Vicente mismo cuyo espíritu de amor al pobre reina allí, y continuando por los administradores, doctores y hermanas de la caridad...

Pero basta. ¿Qué significado tiene este vocablo para el autor del libro que tenemos entre manos?

Desde el punto de vista indumentario, la respuesta es sencilla y puede formularse matemáticamente: roto es a futre como poncho a leva. Rotos, pues, serían, según esto, aquéllos que habitualmente andan envueltos en poncho o en ropa deficiente.

Pero se inferiría luego de allí que el roto es, cuando menos en las ciudades, una especie casi extinguida. Los ponchos que tanto abundaban aún en el último decenio del siglo XIX han ido desapareciendo en los años que van corridos del presente siglo. Sólo en las fiestas de septiembre, reaparece esa prenda de vestir, pero entonces antes que vestido, es adorno de huasos que se luce en la Pampa y se guarda, pasadas aquellas fiestas, en el baúl o en la agencia.

Hay, pues, que buscar por otros lados...

En este libro hay muchos rotos: el que, primero, atrae nuestra atención es el pobre Esmeraldo, alias el Chincol, que nace y se cría en un burdel o, más exactamente, en una casa comunicada con un burdel. Su madre, durante algunos años, parece libre de todo contagio a pesar del oficio de "tocadora" que desempeña en el vecino lenocinio. El niño crece allí; allí y en la calle se cría y vence los peligros físicos de que está rodeada la niñez. "La pérdida de su virginidad mental le produjo un trastorno. Cuando su precocidad hincó el diente en el fruto venenoso de las realidades, de agresiva y exuberante que era, se tornó taciturna y miedosa. Las noches interminables pasadas en vela —nervioso—, mirando a su padre que roncaba; investigándolo... El horror de un despertar sobresaltado, por una zapatilla que azotaba su sueño como un denuesto; las rabias impotentes, por las injusticias cometidas sobre él a diario; la contracción de todo su cuerpecito cuando veía a su madre golpeada, indefensa, lamentándose con clamores agudos, donde asomaban indicios de histeria. Esa pesadilla constante e implacable del alcohol y del vicio, le enfermó".

Pero Esmeraldo, en un cuerpo menudo posee un alma grande capaz de vencer la enfermedad. "Solito, abandonado, pasó el trance por milagro..." Y salió de la crisis "apto para trabar la gran batalla que adivinaba tan cruda en el ajetreo de ese rincón mísero, entre el polvo y los montones de estiércol. ¡Ya era un roto chileno! Es decir, era fuerte porque había vencido las pestes y los vicios de su cuna" (p. 38).

En esto hallamos un primer elemento de definición: para ser roto es menester criarse "peligrosamente" (como decía Nietzche), y vencer el peligro. La fuerza física obtenida desde la infancia por una victoria en el "combate de la vida", he ahí la primera característica del roto, he ahí su cualidad fundamental de donde se derivan las demás.

Fuerte con esa victoria, no es planta de conservatorio como son tantos "futres" en la infancia, en la adolescencia y hasta en la edad viril. Puede salir de casa a todas horas, comer a deshoras, o no comer, dormir a la intemperie y salir de su tierra para afrontar los peligros de la Puna, del llano salitrero y aun de los trópicos. En su cuerpo sazonado por las rudas experiencias de la niñez, lleva todos los preservativos: está asegurado contra todos los riesgos. Esmeraldo, roto en ciernes, reaparece en este libro en forma de roto hecho y derecho; es Fernando. Veámosle analizar alegremente su vida. "Se veía obrero, allá, en el norte —aventurero más que obrero; holgazán. Una intensa visión del pasado brotaba claramente en su memoria. Sus giras en Bolivia, recordábalas. Rodando tierras como todos los tipos de su raza, con ansias crecientes de ver nuevos horizontes y de lucrar; se encontraba un día ante la incaica grandiosidad de la altiplanicie. Cambiaba brillantes falsos a los indios por pieles de chinchilla; compraba una pulpería. Quebraba. Se unía a una banda de compatriotas, de parias, capitaneados por un tipo patibulario... Más tarde era San Francisco. Llegaba negro de carbón, del fondo de un barco noruego, chapurreando una lengua del Norte. Bebía; jugaba; desertaba. Iba a las prisiones. Volvía a rodar..." (pp. 62-63).

Al elemento físico de la definición que buscamos (es decir, a la fuerza, al vigor, a la resistencia), podemos ya añadir un elemento moral: la sed de aventuras, rodar, rodar.

Pero, ¿es esto todo? Si ahondamos en el suelo de esta novela descubriremos nuevas peculiaridades del roto tanto en Fernando como en Esmeraldo y hasta en el senador Madroño.

En el primero, ya llegado a cierto grado de educación práctica, adviértese, ante todo, una indiferencia, mejor diríamos, un escepticismo moral completo. Así le vemos aceptar sin el menor escrúpulo, no sólo la dirección de un garito, sino también la jefatura de una pandilla de matones. Ciertamente podría decirse en su descargo que esa aceptación es obra del influjo que sobre Fernando ejerce el senador Madroño, jefe de partido político, hombre rico y poderoso.

Pero en esta excusa descúbrese una nueva característica del roto, el cual, aunque escéptico en punto de moral, es exigente y hasta crédulo en punto de política e influjos sociales. La prosperidad de Madroño le deslumbra y despierta en su alma la ambición de ascender. ¿Por qué —piensa Fernando—, no habría yo de llegar a las alturas de Madroño?, o siquiera, ¿de compartir, a su lado y bajo sus alas, la prosperidad que disfruta?

Para ascender, necesítase dinero y Fernando, siempre inescrupuloso, lo saca de la caja del garito. De allí su ruina. En vano su "domesticidad" hacia Madroño y la complicidad de éste son títulos para que el poderoso senador, enriquecido por el garito, le preste lo suficiente para salvarse. A última hora Madroño rehúsa todo socorro y Fernando, expulsado de la casa de juego que ha estafado, cae una vez más en el abismo. El roto se halla más roto que nunca. No ha podido adaptarse. El determinismo social lo aprisiona nuevamente y por siempre en sus garras.

En el pobre "chincolito" Esmeraldo, nacido y criado a la sombra de un lenocinio, vemos cumplirse las mismas leyes. Había en él una rica materia prima susceptible de aprovechamiento. Con otra educación, en otro ambiente moral, el "Chincolito" sería un hombre, no una bestia. Pero la misma aventura que ha sido para Fernando fuente perenne de desgracias morales, reina en la pobre alma de aquel niño y el periodista Lux que lo saca de la cárcel y, con cuidados fra-

ternales, intenta educarlo, nada consigue. El roto es inmutable, ineducable. Esmeraldo, al final de esta novela, perseguido por la policía en cuyas filas aparece Lux, degüella a su protector...

¿Y Madroño? ¿Qué diremos de él? Ese "Malvy", aunque caballero en lo externo, es, a mi ver, más roto de alma que todos los rotos de esta novela.

Su escepticismo moral complicado con hipocresía viene, en línea recta, de la misma fuente de donde manan los vicios característicos de Esmeraldo y Fernando. Hace dos partes con su vida: una, visible, que dedica a la actividad política, y otra, invisible que pasa en confabulaciones con individuos de baja estofa, ladrones. matones y agentes de toda clase de ignominias provechosas. Su vida invisible proporciona alimentos para su vida visible: el garitero mantiene al político y lo corrompe más y más, lo mismo que el lenocinio corrompió a Fernando y a Esmeraldo.

Llegados a este punto podríamos tal vez intentar una definición del roto tal cual se nos presenta en esta novela.

El roto sería un individuo físicamente fuerte y moralmente débil. Su fuerza física deberíase a selección casual operada en medio de condiciones higiénicas abominables. Vencidas éstas, el roto sería una especie de superhombre capaz de todos los esfuerzos, un héroe de la fuerza en el que "no entra bala".

Pero ese superhombre sería, al mismo tiempo, un "subniño", en lo moral. Su alma, criada en ambiente amoral cuando no inmoral, se inclinaría con todo su peso y sin resistencia, a la domesticidad y a los vicios "macuquez", (celestinismo, hurto, etc.), que de la domesticidad naturalmente se derivan.

De todo esto nacería cierta inestabilidad e inconstancia que terminan en una evidente incapacidad para adaptarse a condiciones ventajosas y progresar.

He ahí la enseñanza que, para mí, se desprende de este libro.

Al dar a estas consideraciones de índole social la mayor parte del espacio que se me proporciona en estas columnas, he obedecido a criterio pragmático. Al fin y a la postre, la

literatura sería mero lujo, si de ella nada sacásemos fuera de un pasajero deleite. Vale ella poco, muy poco, cuando no contribuye al progreso moral, fuente y raíz de todos los progresos.

Este libro, si lo leen quienes deben y si se lee con la debida intención moral, será sumamente provechoso.

Los cuadros de lupanar en que el autor ha gastado un vigor, un colorido y un realismo extraordinarios, provocarán en los lectores amantes de Chile una indignación que tal vez redunde en beneficio del roto.

Los santiaguinos ricos o acomodados ("la gente bien"), viven en el mejor de los mundos, en "el centro"; sin sospechar que, en los barrios periféricos, allá, cerca de la Estación Central, y en los suburbios, críanse en un ambiente de inmoralidad e inconsciencia un sinnúmero de desdichados de cuya educación y civilización casi nadie se acuerda. El pueblo vive al lado de tabernas y prostíbulos innumerables y cría a sus niños en una atmósfera que es irrespirable a fuerza de mugre y de vicios.

Y nos admiramos cuando, de esos abandonados suburbios, salen para el centro en son de guerra individuos para cuya educación real y práctica nada hemos hecho, con excepción tal vez de un discurso o de un artículo de prensa.

¿Qué culpa tienen ellos? En los años en que Esmeraldo (y muchos son los Esmeraldos), nació y se hizo hombre en un prostíbulo, la policía toleraba su presencia en semejante pudridero. Si ahora los Esmeraldos se nos manifiestan incapaces de comprender las bellezas y obligaciones de la vida civilizada, ¿a quién culparemos sino a nosotros mismos?

Que los cuadros pintados por el señor Joaquín Edwards sean de una crudeza brutal, de un realismo más que fotográfico y de una "repulsividad", si tal puede decirse, desconocida del mismo Zola, no debe ello sorprendernos. El señor Edwards ha querido y conseguido poner a la vista de todos, hasta de los miopes voluntarios, la abominable realidad que pocos sospechan.

Su realismo, que constituye un grande esfuerzo artístico, "chocará" a muchos. Pero, ¿quién podrá con justicia repro-

charle al cirujano la libertad con que desnuda al enfermo, si lo que busca es sanarlo?

Las llagas sociales son muchas: la del "roto" es la peor porque es fruto de la incuria, de la indiferencia y de la injusticia social.

Es, además, fruto de la inconsciencia política. Ese roto, sacado del ambiente abominable en que se cría en las ciudades, posee en su alma y en su cuerpo virtualidades maravillosas. Cada uno de sus defectos podría, con la educación, tornarse virtud.

Esmeraldo, educado lejos del prostíbulo, llegaría, sin gran dificultad, a ser todo un hombre y hasta un caballero. Nació con un amor instintivo a la rectitud y a la justicia que revelaba la nobleza de su alma. Pero se perdió en el ambiente. ¡Pobre Chincolito! ... ¡Cuántos no son, los que, como él, se pudren en torno nuestro!

OMER EMETH

NOTA FINAL

LECTURA Y CULTURA SIN EGOÍSMOS
BIBLIOTECA
www.lecturasinegoismo.com

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.

DESTRUIR

"Es detestable esa avaricia que tienen los que, sabiendo algo, no procuran la transmisión de esos conocimientos".

—Miguel de Unamuno

Para otras publicaciones visite:
www.lecturasinegoismo.com
Facebook: Lectura sin Egoísmo
Twitter: @LectSinEgo
Instagram: Lectura_sin_Egoismo
o en su defecto escríbanos a:
lecturasinegoismo@gmail.com

El roto - Joaquín Edwards Bello
Referencia: 1882

LITERATURA

La chica del Crillón
Joaquín Edwards Bello

La belleza de pensar
Eduardo Anguita

Por ser vos quien sois
Armando Uribe

Trances
Alberto Rubio

La amortajada
María Luisa Bombal

Eloy
Carlos Droguett

EDITORIAL UNIVERSITARIA

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

EL ROTO

Esta novela es considerada por la crítica como la obra mayor de Joaquín Edwards Bello.

Discutida cuando se publicó, en medio de una fuerte polémica en la literatura chilena por los reproches que se hacían al "naturalismo", hoy, caducados ya aquellos cánones de clasificación retórica, *El roto* es considerada una novela moderna, libre en su forma, que perdura en la producción literaria del país como obra magistral en sí, independientemente de la fiel o subjetiva acomodación del texto a la realidad social de sus personajes.

La intriga es movida y apasionante, los caracteres están tratados con mano firme y vivaz, y en fin, el argumento entero es una ficción de valedera vigencia en la novelística hispanoamericana.

La presente edición incluye las últimas modificaciones que le hiciera su autor en vida.

Joaquín Edwards Bello (Valparaíso, 1887), periodista, cronista, ensayista y prolífico escritor, recibió el Premio Nacional de Literatura en 1943 y el Premio Nacional de Periodismo en 1955. Falleció trágicamente en Santiago en 1968.

9 789561 108547 >